



Han Ryner

LOS
PACÍFICOS

Los pacíficos, no son otros que los atlantes, es decir los habitantes de la Atlántida, continente mítico mencionado y descrito en los diálogos *Timeo* y *Critias*, de Platón, y localizado supuestamente en medio del Océano Pacífico.

La obra *Les Pacifiques* es una novela elaborada en los albores de la Primera Guerra Mundial. Se presenta como una crítica irónica de los estándares civilizatorios europeos.

La sociedad atlante, representada, es una utopía, basada en la fraternidad, en el compartir amoroso de bienes, ideas y deseos.

Ryner lleva al límite la experimentación con el género utópico, permitiendo en tiempos de guerra, nacionalismo y racismo, un extrañamiento cognitivo, una crítica radical de la realidad.

Ryner escribe una utopía antiautoritaria, que no “presenta un plan prefabricado, sino ideas audaces y heterodoxas” Una utopía coherente con su filosofía individualista de la armonía al exigir que “cada hombre sea único y no uno entre muchos”.

Camillo Berneri

Han Ryner

LOS PACÍFICOS

Digitalizado por Internet Archive en 2011 con fondos de la
Universidad de Toronto

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

I

He aquí un informe de viaje deliberadamente incompleto, impreciso y engañoso. No engañaré, como un viajero corriente, para asombrar, para interesar, para dar nostalgia del país loco al que me arrojaron circunstancias singulares. Espero evitar cualquier crimen contra mi país y contra la civilización moderna. Espero no inspirar en nadie el deseo de encontrar la isla perdida. La extraña vida que llevan allí asusta al principio, pero luego se apodera de ti como un vértigo. Ya no logro sino con gran esfuerzo comprender sus lejanas seducciones; pero, cuando estuve inmerso en ellas, les sonreí y, desde los más intelectuales hasta los más groseros, todos mis compañeros, con una excepción, se metieron en ella definitivamente. Ningún marinero leerá este libro: aquí hay un punto en el que estoy bastante tranquilo. Pero corre el riesgo de caer en manos de unos pocos soñadores. Estos desequilibrados verán aquí –y no me gustaría que salieran deslumbrados por la visión– una

inmensa paradoja experimentada durante siglos por innumerables hombres; verán aquí una utopía que ha encontrado su lugar, que se ha asentado sobre un territorio inmenso y que allí se desarrolla armónica y lógicamente como el pensamiento de un monomaniaco. ¡Que la hábil mezcla que presento de verdades y mentiras, exposición ingenua y hábiles restricciones, cure a estos lectores preocupados, en lugar de empeorar su condición! Pero no es para estos miserables enloquecidos por la libertad o la fraternidad, por estas lamentables gangrenas de lo absoluto, que escribo. Si no hubiera pensado en personas más interesantes, ciertamente me habría abstenido. Mi libro indicará a algunos físicos y a algunos horticultores direcciones útiles para sus investigaciones: es mi meta, mi esperanza y mi excusa.

* * *

El nombre de nuestro barco, su puerto de origen, el destino al que nos dirigíamos, el lugar donde estábamos: es información que debo ocultar. No soy uno de esos sinvergüenzas que, bajo el pretexto de la precisión, popularizan las fórmulas del veneno y señalan los caminos de la muerte. Estoy tentado de comenzar con la sonriente negligencia de los cuentos populares: “Había una vez un barco en el mar.” No sabrás mi nombre ni el de ninguno de mis compañeros. El capitán se llamará “el capitán”, como el barco se llamará “el barco”. Mi nombre será Jacques. El

único camarada, sin duda, del que hablaré en particular se llamará Carlos. Creo que es inútil advertir que estos dos nombres son ficticios.

* * *

Bajo la intensa luz, el mar era de una noble belleza. Las olas se deslizaban con movimientos robustos y juguetones. Carlos el Helenista y yo observamos, en silencio durante mucho tiempo, el ritmo arrullador hecho de fuerza y pereza. Pero mi amigo rompió el silencio encantado y hubo, en un océano de ensoñación vaga e imprecisa, una oleada repentina, casi brutal, de pensamiento que sube y baja.

“¡Hermoso país!” dijo.

Absurda palabra al principio, negra como una tontería y sin significado aparente, pero a través de la cual pronto me pareció adivinar el destello de no sé qué significado misterioso que convoca y huye, irritante. Mire a Carlos sospechosamente y muy estúpidamente –sabía que estaba diciendo tonterías y no pude evitar comentarlo– le pregunte a este muchacho grave, austero, ignorante de la risa y la fantasía:

–“¿Estás bromeando?”

Dolido por la suposición, dolido por la vulgaridad con que lo expresé, se apartó y soltó estas palabras desdeñosas:

– Decididamente, eres de aquellos con los que es mejor callar.

Estuve a punto de insultar a mi amigo o de insultarme a mí mismo. La ira me agitó, ¿contra quién? ¿Contra él? ¿Contra mí? ¿Contra el ritmo del agua en la luz, que ahora me parecía monótono y aburrido? Contra todo a la vez. Por falta de saber escoger el comentario, mis sarcasmos quedaron inmóviles, replegados como balas en una cartuchera.

Apoyado en la barandilla, observé el movimiento del mar, siempre en calma e igual a sí mismo. Su uniformidad sin rumbo, sin límites, repetida incesantemente, cansó mis ojos y mi mente. En mi mente inundada, las olas afirmaban, por duración como por espacio, no sé qué refrita y nauseabunda monotonía. Finalmente susurré en un bostezo:

– ¡La aburrida eternidad!...

Como un eco que contradice y se burla, Carlos respondió:

–”¡Maravillosos cambios!”

Estaba sentado en un banco y con un libro abierto en la mano grité:

–”Eres muy común si admiras una agitación repetidora que es siempre lo mismo”. Me parece que hay que ser más joven que nosotros para maravillarse todavía del ciclo de las estaciones o para maravillarse de que la ola que se levantó

cayó y que toda cumbre tiene un valle como compañero necesario. ¡Ay! ¡día y noche, el ritmo de un amplio bostezo que se cierra para volver a abrir!

El chico serio se rió entre dientes:

– Tienes unos dientes bonitos y me gusta cuando bostezas.

Iba a responder, ¿qué? ¿Qué tontería?, no me dio tiempo. Preguntó:

–”¿Sabes dónde estamos?”

–”No... Y no me importa... ¿Ves una diferencia entre cuarenta y cinco o cuarenta y seis grados de latitud o entre cincuenta grados de longitud este y cincuenta grados de longitud Oeste?” ¡Tienes mucha suerte!

Pero el:

–”No se trata de eso. Creo que estamos en Atlantis ahora mismo.

Comenté casualmente:

–”Atlantis”, un nombre que he escuchado o leído en alguna parte. Pero, para mí, es sólo un nombre.

Observé, con una curiosidad vaga y adormecida, el mar que cambiaba rápidamente de apariencia. Las olas,

juguetonas como niños felices, ahora eran trabajadoras afanosas. Malas hierbas innumerables y monstruosamente fuertes detuvieron su impulso. Con millones de brazos apenas temblorosos, las pesadas algas contuvieron el océano, como una raza obstinada de mujeres que detiene la marcha de un ejército. El mar, palidecido por su esfuerzo cada vez más vencido, perdía, con la gracia libre de sus gestos, la belleza de su color. Entre todas estas madejas cuya fealdad brillante, pegajosa, amarilla y chata enredaba, el agua se arrastraba lodosa, agotada, lívida.

Carlos había buscado un pasaje en su libro. Estaba leyendo griego con un énfasis dolorosamente elevado. Luego tradujo un espantoso texto:

Un poderoso ejército, partiendo del Océano Atlántico, invadió insolentemente Europa y Asia. Porque entonces podíamos cruzar este océano. Había ahí una isla situada frente al estrecho que llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que Libia y Asia juntas.

– Sí, –me burlé, –ahora lo recuerdo. Atlantis, una gran isla, de hecho, perdida por los antiguos. Pero Cristóbal Colón la encontró. Un erudito me explicó que su Atlántida ahora se llama América.

Pero él:

“Tu científico estaba equivocado.

– ¿Qué sabes?

– Los antiguos conocían tanto la Atlántida como América.

Las personas que exageran el conocimiento de la antigüedad me ofenden como aquellos que alaban demasiado a los extranjeros. El hombre bueno considera también su siglo como una patria y acepta con entusiasmo el deber de excluir de su amor las edades muertas por las que nada puede hacer. Declarar un siglo superior a nuestro siglo, proclamar un país superior a nuestro país, son hostilidades contra nosotros y formas reprobables de misantropía. El que sabe amar a los hombres sabe preferir a los más cercanos. Me encogí de hombros ante la insultante afirmación injuriosa de Carlos y yo murmuré una vaga fórmula de culpa:

“¡Vamos!...

Los enemigos de la Razón, de Francia y del Progreso son maestros en el arte de interpretar los textos. El helenista volvió a leer gloriosamente una frase griega. Luego tradujo:

Los navegantes pasaron de la Atlántida a las otras islas y de éstas al continente que bordea este mar.

Concluye, sin una sombra de vacilación:

– El continente que bordea este mar es América.

–”¿Por qué sus mayores, si conocían América, nunca fueron allí?”

Pero un sofista sistemático tiene una respuesta para todo:

– Después de la desaparición de la Atlántida –afirmó Carlos–, el océano ya no era navegable. Escucha a Platón de nuevo:

Se produjeron grandes terremotos e inundaciones. En un solo día, en una sola noche fatal, la isla de la Atlántida desapareció bajo el mar, y por eso aún hoy no se puede viajar ni explorar este mar, la navegación ha encontrado un obstáculo insalvable en la cantidad de sedimentos que la isla ha depositado al hundirse.

Continuó explicando. Todos los antiguos notaron esta imposibilidad de navegar en un océano de lodo que aún estaba defendido por gigantescos fucus, hostiles, obstinados e inextricables como una inmensa manada de pulpos. Cubierta en pocas horas con una fina capa de agua, Atlantis continuó durante mucho tiempo, tal vez aún continúa, hundiéndose lentamente. Durante decenas de siglos, fue menos un mar que una tierra acuosa llena de lodo, una interminable pradera de hierbas que flotaban en el lodo y que el reflujo, todavía destapaba en tiempos de Aristóteles. Los que intentaron la aventura sólo hablan con pavor de esta loca extensión, tierra que cedía al menor peso, mar que no cedía al esfuerzo. Cristóbal Colón no pudo llegar

antes de su tiempo. Tuvimos que esperar, para cruzar el océano, hasta que el infranqueable Mar de los Sargazos dejó de ser todo el océano.

Hice que Carlos se levantara. Le mostré el entorno singular en el que navegábamos, la red de hierba cada vez más apretada, el barro cada vez menos líquido. Él dijo:

– Entramos en lo que queda del mar de los Sargazos. Pensé que el pasaje era imposible.

– “Entonces”, le pregunté con una preocupación mal definida, “¿realmente imaginas que estamos en la antigua Atlántida?”

– “¡Estoy seguro de eso!”, afirmó.

Y resumió lo que sabemos de la isla, perdida desde hace once mil años. No mucho, en resumen. Ninguna otra fuente que dos diálogos de Platón: El *Timeo*, que contiene algunas líneas incidentales y pobres sobre la Atlántida; el *Critias*, del que sólo tenemos un breve fragmento. En esta última obra, el autor ha querido relatar, según una tradición recogida en Egipto por Solón, una gloriosa victoria de los antiguos atenienses sobre los atlantes. Comienza con información increíble sobre la noble moralidad y la generosa política de los atenienses prehistóricos. Luego pasa a sus oponentes. Nos expone, tras el origen mítico de estos hijos de Neptuno, su gran labor agrícola y guerrera, los canales que cavaron,

las murallas que levantaron, toda una vida enorme y armoniosa.

Carlos repitió con entusiasmo, en griego y francés, la fertilidad de la tierra, el ingenio de los habitantes, el poder del imperio. Él insistió en la descripción, de guerras, constitución política, tiempos de virtud y prosperidad. Luego lamentó la decadencia moral y la ira de los dioses. Finalmente, con una voz que llora como por un noble destino interrumpido demasiado pronto por la muerte:

– ¡Pobre de mí! –se lamentó el grotesco erudito, –ahí termina el diálogo inacabado o perdido en tres cuartas partes...

En toda esta historia absurda e incierta, un detalle me había llamado la atención por su singularidad precisa. Los atlantes tenían en abundancia un metal que sólo se encontraba en su tierra natal y desapareció con su isla. Era, con la excepción del oro, el más precioso de los metales. Platón nos lo da a conocer con un nombre que ya no corresponde a nada y con un epíteto homérico. A esta riqueza desvanecida, la llama “el orichalcum de reflejos de fuego”. Era tan común en el país que se cubrieron con él muchos monumentos e incluso murallas.

Interrumpí a mi amigo para señalarle de nuevo el aspecto cada vez más aterrador del mar, que ahora era, pesado, espeso y quieto como una pradera. Sin una gota de agua, al

parecer. Sólo un lodo casi sólido y pegajoso, aglutinando a toda la inmensa y densa zona de los sargazos. El barco se arrastraba, aminoraba la marcha, un arado fatigado abriendo un surco doloroso. Contra el borde se elevaba, temblando, un remolino de barro y hierba. Detrás del arado, el surco caía como un doble paño y el mar cerrado se convertía de nuevo en algo feo, pesado, tristemente llano, obstinado e inmóvil.

En ese momento el capitán pasó cerca de nosotros.

– 'Capitán', le pregunté, '¿no le parece que vamos rápido?'

– ¡En nombre de Dios, no! –dijo el marinero, riendo. El barco es como una pobre guadaña mal hecha, sin mango, que se aferra y se enreda en medio de una pradera demasiado tupida.

“¡El Mar de los Sargazos!” –dijo Carlos.

– Sí, me he desviado un poco del camino ordinario. Daré nuevas órdenes. El atajo que había imaginado realmente nos retrasaría demasiado.

“¿Todavía es grande, Capitán, este Mar de los Sargazos?”

– ¡Pooh! diez veces Francia, como mucho.

–¿Y ningún barco lo cruza jamás?,

–”¡Ciertamente!... Yo mismo estaba lejos de este reclamo. Una pequeñísima secante de unas cincuenta leguas parecía haberme arreglado. Me equivoqué; renuncié a ello.

Él se marchó.

– ¡Diablo! –refunfuñó– tendremos mal tiempo esta noche. Sin embargo, no quisiera que la borrasca nos sorprendiera en estos malditos bajíos.

No había dado tres pasos cuando ocurrió un fenómeno aterrador. El barco, golpeado, se inclinó hacia adelante, se inclinó hacia atrás, balanceado por alguna fuerza misteriosa.

–”¿Qué es esto?” dijo el capitán.

–”Un maremoto”, respondió Carlos.

El mismo extraño temblor se produjo dos veces más; entonces hubo un tremendo burbujeo a nuestro alrededor. El agua, con grandes gorgoteos, subía y bajaba, no al ritmo de las olas, sino en enormes saltos verticales. Por lo que podíamos ver, el cieno estaba hirviendo y el sargazo, ahora vivo y verde, ahora marchito y cocido, se agitaba en el vasto burbujeo. Estábamos como perdidos en una olla enorme llena de malas hierbas.

Y nunca tanto calor me había hecho sufrir con tanta ansiedad.

Carlos dijo casualmente:

– El Mar de los Sargazos siempre ha tenido un régimen volcánico.

II

Mientras el capitán corría a dar órdenes que se habían vuelto urgentes, en medio de las aguas, ahora tan tranquilas, ahora hirvientes, brotó un ramo, un inmenso chorro de lodo y hierba, un géiser improvisado, de una altura y una masa prodigiosa. Asfixiados por el calor redoblado, vimos caer el enorme peso en nuestra dirección. Golpeó el barco como una roca que, después del impacto, se desmorona y rueda en mil pedazos de escombros. Afortunadamente, estaba lo más lejos posible del golpe, que me habría aplastado. Pero la metralla me quemó gravemente.

Bajo la tremenda colisión, la nave crujió con mil crujidos. Sonaba como los gritos discordantes de un ejército sorprendido y aplastado. La marea volvió a caer al mar, arrastrando con ella, madera y aparejos, quizás una cuarta

parte del barco. La ruina que quedaba comenzó a hundirse lentamente en el barro. Con un pánico lúgubre, miramos a nuestros pies a nuestro frágil soporte que se empantanaba. De repente, entre un terrible movimiento, se levantó un gran ruido: la caldera acababa de estallar.

Estábamos, Carlos y yo, en el punto menos expuesto. El capitán y los demás supervivientes huían hacia nosotros. El fragmento de barco que nos transportaba se hundió, ya no en un vaivén lento y regular, sino en sacudidas repentinas, repetidas y desgarradoras. No se dio ninguna orden; no hubo maniobra establecida. Todos corrimos hacia las lanchas y, con un esfuerzo conjunto, las arrojamos al mar.

El calor intolerable se redujo un poco y el gran burbujeo se calmó. A riesgo de sus vidas, valientes y hábiles marineros lograron salvar armas y un poco de comida. El capitán no alentó su esfuerzo. Repitió con la persistencia de un loco:

–“¡Haced lo que queráis, hijos míos, estamos perdidos!”

Pero Carlos dijo:

–“Un hombre vivo siempre debe tener esperanza.

“¿Esperanza de qué?” –preguntó alguien. Nunca saldremos de este lodo... Aunque saliéramos de él, estamos tan lejos de cualquier tierra, tan lejos de la ruta de los

barcos, tan lejos de toda ayuda posible... Y no tenemos provisiones ni para dos días.

“Creo que estamos muy cerca de una tierra desconocida.

La mayoría miraba a Carlos como se mira a un loco; dos o tres volvieron hacia él ojos de oración y confianza.

Pero la oscuridad nos rodeaba, hecha de noche y niebla.

Y hubo, durante mucho tiempo trágicas, horas de inmovilidad y silencio.

III

El día amaneció, cruelmente radiante. No soplaba brisa. Alrededor de nuestra agonía se extendía la inmensa paz de la muerte. Carlos indicó, impasible, la dirección de su esperanza. Luego agarró un remo y, dando ejemplo, golpeó con fuerza en el pesado lodo.

Algunos lo imitaron, sin entusiasmo. A mi pesar, con una mueca, dije:

– ¡Cadáveres tratando de mover sus ataúdes!...

Pero Carlos gritó:

– Mientras sea posible un esfuerzo, la resignación se llama cobardía.

Mientras me encogía de hombros, añadió:

–”¡El cadáver eres tú!”

Sus palabras no me conmueven. No fui lo suficientemente ingenuo como para detenerme en su apariencia insultante. Por una extraña transposición de los sentidos, me pareció ver estas palabras, en lugar de oírlas; y lo que vi fueron gestos violentos que tratan de levantar el coraje del vecino. Además, ¿qué le importan los gestos o las palabras a las personas que están a punto de morir? Dejé caer una mirada de superioridad indulgente sobre esta agitación vana, este esfuerzo loco, ¡y cobarde, en una palabra!, para escapar de lo inevitable. Entonces puse los ojos en blanco con orgullosa indiferencia. Pensé: “Tu azul irreflexivo no es más tranquilo que mi pensamiento”.

Pero lancé un grito de asombro. Dos extraños pájaros, en realidad parecían hombres, se deslizaban por el azul. Se dirigían hacia nosotros.

Al mismo tiempo que yo había gritado, Carlos había gritado. Seguí la dirección de su mirada. No había visto lo mismo que yo. De pie, con los brazos extendidos hacia adelante como entusiasmado, señaló destellos brillantes; no sé qué fuego lejano. Allí resplandecía una inmensa curva, de la que podíamos ver un fragmento convexo y que, a ambos lados, parecía extenderse hasta el infinito. Y Carlos gritó estas palabras que solo yo entendí:

– ¡El orichalcum con reflejos de fuego!... Estamos salvados... ¡El orichalcum con reflejos de fuego!...

Todos miraban lo que mostraba Carlos. Pero todos lo hacían con sordo asombro. ¿Podría haber una conexión entre la salvación y las amenazas de este mar en llamas?

El vuelo de los dos seres que había visto antes se acercaba. Me acerqué a Carlos y, tocándole el hombro:

–“¡Pájaros raros!” –dije.

Pero él, después de una sola mirada:

–“¿Pájaros?... Ya ves que son hombres.”

Volviéndose hacia nuestros compañeros, a quienes la imprevista y caprichosamente cambiante novedad de los espectáculos volvía estúpidos, prosiguió su fatigosa cantilena de esperanza:

– Alegrémonos; alegrémonos... ¡Mirad! los atlantes vienen en nuestra ayuda.

Luego, armado con un trapo blanco, comenzó a hacer señas de apelación. Y, como si los seres extraños y aéreos pudieran entender francés, el pobre loco gritó:

– ¡Atlantes generosos, salvadnos!

Los seres aterradores eran demasiado distintos ahora: a pesar de las negaciones de la mente, el ojo se vio obligado a reconocerlos como hombres. Con las extremidades inmóviles, se deslizaban por las alturas. Armoniosos e increíbles, reían, venían, llevados por quién sabe qué soplo de misterio o de voluntad. Sus cuerpos estaban desnudos. Sólo un cinturón apretaba sus cinturas. En vano busqué sus alas; en vano busqué qué artilugio les permitía sostenerse en el aire: no vi nada.

Descendieron casi al nivel del agua, se detuvieron a tres pasos de las lanchas. Carlos les habló y uno de ellos respondió.

“No temáis más”, aconsejó. “Lo diré a algunos amigos y en menos de una hora seréis rescatados”.

Me eché a reír, disparada por el desconcierto, una risa loca, y le grité a Carlos:

– ¡He aquí!... ¡tus pájaros atlantes, hablan francés!...

Resistente al asombro como un bruto, concedió, muy vagamente:

– Es singular, en efecto... Lo sabremos luego... Por el momento, demos la bienvenida al benigno destino sin preocuparnos por su nombre.

Uno de los dos hombres voladores se había ido a paso rápido. El otro flotaba en el aire, a nuestro alrededor; y nos habló de manera amistosa.

“De hecho, somos atlantes”, declaró a Carlos.

Luego, dirigiéndose a mí:

No se sorprenda de que sepa francés. Sé quince lenguas crueles.

No estaba en condiciones de pedir explicaciones. Pero Carlos, medio afirmando, medio cuestionando:

–¿Dices cruel como los griegos decían bárbaro?

–“Sí”, confesó el atlante. “Pero tendrás tiempo para entender estas cosas.

Su compañero se había arrojado al lejano horno que, frente a nosotros, todavía encendía el horizonte. Pronto, surgiendo del fuego, aparecieron las canoas.

Sus extremos curvos los hacían similares a los barcos funerarios de los antiguos egipcios. Pero entendimos que el fondo era plano. Llegaron a nosotros, rápidos y preocupantes, como un vértigo. Estaban volando hacia nosotros... ¿Estaban realmente volando? A veces me parecía ver que no tocaban el agua, que se deslizaban por el

aire como los hombres de hace un momento. Le señalé esto a Carlos. Carlos me dijo, encogiéndose de hombros:

–“Siempre te sorprendes de todo”...

IV

Singulares, las lanchas que nos recogieron. Sin velas, sin remos, sin caldera, no tenían ninguno de los medios de propulsión que yo conocía. Cada una estaba operada por un solo hombre. ¡Y la extraña maniobra!...

Sentado hacia adelante, el marinero colocó sus manos sobre una especie de piano. Según la tecla que pulsara, una larga púa de metal, un extraño espolón, giraba a la derecha o a la izquierda, arrastrando tras de sí a la dócil nave.

Podía concebir vagamente lo que estaba pasando. Era lo desconocido, un invento que los Crueles –los atlantes tenían que llamarnos así– podrían hacer mañana. Pero la mayor o menor velocidad de nuestra marcha también parecía depender de los gestos del piloto.

Los diez botes que nos llevaban se deslizaban en dos filas. Mientras examinaba los más cercanos, vi que estaban rodeados por una tira de tela. “Les ponen cinturones atlantes”, pensé.

En el montón de asombro de ese día, muchos detalles, incluso los más sorprendentes, pasaron desapercibidos, unidades silenciosas perdidas en una multitud, hasta el momento en que con la conmoción de otro detalle hizo aparecer el sonido. Aquí la comparación se impuso de inmediato. Los cinturones de los hombres –de repente lo recordé y mis ojos lo notaron– estaban equipados con la misma punta móvil, solo que más pequeña que los cinturones de los barcos. Creí recordar que, en su marcha, los atlantes llevaban a veces hacia este punto metálico una mano que dirigía.

Me pareció que el material a veces apretaba el bote con fuerza, a veces se alejaba un poco. Mis observaciones siempre conservaron cierta incertidumbre y una especie de sueño flotante. Pero casi hubiera dicho que la nave embridada volaba a toda velocidad: era necesario, en esos momentos, dar media vuelta para no ahogarse. La tela se separó levemente de la madera, la marcha se hizo más lenta. Estudié el cinturón del marinero que maniobraba detrás de nosotros, a unos metros de distancia. Llevaba once botones. El ojal inferior se abría directamente sobre la tela. Los otros colgaban de cintas cada vez más largas. Sólo, en este

momento, se usó el botón superior, y el dispositivo parecía, muy flojo, apenas se sostenía. Y el hombre era como un pájaro en equilibrio, estable, pero los gestos eran libres, realizados con ligereza y facilidad. Creí recordar que, para detenerse, los atlantes voladores habían soltado varios botones. El que, a unos centímetros por encima del agua, había permanecido inmóvil durante mucho tiempo, ¿no había desabrochado todos los ojales excepto los dos superiores?...

Pertenecí enteramente atento a estos comentarios, a estas comparaciones, a estas inducciones, cuando me sentía arrastrado como en una pesadilla. La primera línea de botes, me pareció, con el corazón fallando, verla volar. Pronto la segunda fila también estaba en el aire, una tropa de pájaros veloces y temblorosos».

– ¿Qué está pasando? –pregunté.

Mis compañeros, agarrados al borde, agarrados a sus vecinos, se tambalearon y gritaron.

–“No tenáis miedo”, dijo nuestro piloto, mientras el bote volvía a descender para rozar el agua, “acabamos de rodear un arrecife”.

El mar ahora era una sonrisa azul, como el Mediterráneo en sus mejores días. Pero bueno, pronto entramos en los

reflejos del fuego que cerraba el cercano horizonte ante nosotros.

Llegamos a este océano de fuego. A pocos metros de nosotros, había un anillo de rocas, sin brecha, infranqueable para los barcos ordinarios. Los remates de color rojo fuego adornaban y anunciaban la peligrosa corona en toda su extensión.

“El orichalcum que brilla como fuego les sirve de faro”, dijo Carlos.

Instintivamente me agarré al borde del bote. Para pasar “las rocas orichálcicas” –como las llamaba Carlos, que sentía la necesidad de imponer a todas las cosas la familiaridad de un nombre, incluso temporal e inarmónico–, volamos a una altura de treinta o cuarenta metros.

Y se nos apareció la tierra vecina. La primera mirada reveló su asombrosa fertilidad. Pero, por encima de los árboles gigantes, se podía distinguir aquí y allá, un grito de piedra blanca que cortaba la vegetación enmarañada, la punta de una altiva pirámide.

Carlos desvió mi atención.

“¿Ha notado”, preguntó, “que su piloto es una mujer?”

– Sí. Y hay varias mujeres entre los marineros que conducen los otros barcos.

Añadí con desdén:

–“Estos salvajes perezosos imponen las tareas de los hombres a sus esposas”.

Mi amigo me miró con un desconcierto que me hizo estallar en carcajadas.

–“¡Ustedes los llaman salvajes!”, exclamó.

–Señor, si sabe algún otro nombre para las personas que andan desnudas... Su cinturón no es una prenda, ni siquiera la hoja de parra de las estatuas civilizadas. Es un aparato, un órgano de vuelo, y tienen la desvergüenza de ponerlo demasiado alto...

–“¿No sientes la abrumadora superioridad de estos hombres que?...

Me di la vuelta, molesto. Y, medio en broma, como cuando se quiere evitar una discusión dije obstinado:

–“Yo, en primer lugar, llamo salvaje a cualquier hombre que no se parezca a mí”.

–La piloto había oído. Ella se volvió a medias y comentó con una sonrisa:

–Nosotros decimos que son crueles... Pero tenemos razones.

Respondí con un saludo vago, bastante irónico.

¿Podría charlar con esta persona que parecía conocernos y de la que yo no sabía nada? Y luego los pilotos que parloteaban, podrían volverse peligrosos para los pasajeros. Mi mal humor se expresó interiormente, dije así:

–¿Con qué derecho hablan francés?

Todo me irritaba. Estaba resentido con los atlantes por salvarnos. Los odiaba por ser tan sabios, por mostrarse tan hábiles navegantes, por haber conquistado el aire. Los resentía por su asombrosa belleza. Su piel marrón rojiza tenía el color heroico de los leones. Me dije, sacudiendo la cabeza: “Los hombres deben ser blancos”. Sus largos cabellos oscuros formaban una cálida y audaz armonía con su tez: “¡Dios mío, qué llamativo es este cervatillo y ese negro!” Me reí, en mi mente, de estos hombres imberbes: “Se parecen tanto a sus esposas que tenían que permanecer desnudos para reconocer los sexos”. Llamé a su gracia esbelta y flexible debilidad. Sus facciones eran regulares, pero su nariz, aguileña hacia su parte superior, sólo descendía en línea recta desde su centro. “¡Oh! ¡Esas narices judías y convexas! E insulté la delicada pequeñez de sus extremidades: “Manos de monos realmente enfermos!

Cuando Carlos, saliendo de una larga contemplación, dijo en voz baja:

– Más bellas, sí, más bellas que las griegas.

...Me encogí de hombros.

Después de un silencio desdeñoso, comenté:

–“¡Qué aburrido es ver a esta gente!” Todos se parecen.

–“También nosotros”, afirmó el helenista, “debemos parecernos todavía más a nosotros mismos ante sus ojos, desacostumbrados a nuestra raza”.

Si el bote demasiado estrecho lo hubiera permitido, me habría alejado de esta irritante estupidez. Al menos les di la espalda y me encerré en el asilo del silencio.

V

Con su poderosa copa de árboles de los que sobresalía aquí y allá, como un remate desgarrado, la punta de una pirámide, la costa parecía, desde lejos, una llamada y una promesa. Vista de cerca, ofrecía un acantilado atormentado y gesticulante, una pared vertical toda resbaladiza, de vértigo, toda erizada de ángulos amenazantes, toda excavada con cuevas donde acechaba la sombra y el terror. Los botes, ahora uno detrás de otro, se deslizaban en línea recta, rápidos y ciegos, como si fueran a chocar con esta hostilidad inquebrantable. Yo estaba en la primera canoa e imaginé que al pie de la pared se levantaría, como abrupto y enorme pájaro. El acantilado tenía más de doscientos metros y estaba preocupado por el enorme salto de altura.

Precisamente, un cambio de dirección nos arrojó en medio de las rocas en un canal que, a dos pasos de distancia, seguía siendo invisible. La estrecha trinchera, de mil meandros, desembocaba en el puerto.

Aguardaba una multitud que, con besos enviados con las manos, saludaron extrañamente nuestra llegada. Hombres y mujeres estaban desnudos como nuestros salvadores. Incluso algunos, probablemente viviendo cerca, no tenían cinturones.

Todas las miradas eran curiosas y amistosas. De vez en cuando algún nativo, como atraído por una particular simpatía, tomaba la mano de uno de nosotros y decía:

“Ven conmigo, hermano...

... O, más extrañamente:

“Hermano-amigo-hombre, ven conmigo.

Al ver partir a mis compañeros en las direcciones más diversas, sentí una inquietud creciente. ¿Por qué separarnos así? ¿Qué traición se escondía bajo los modales sonrientes y las palabras fraternales?

Estos reflejos deben haber hecho que mi rostro se enfurruñara. Fui el último que alguien eligió y se acercó. Me convertí en “la presa” –esa es la palabra espantosa que pensé– de un viejo sin cinturón.

La edad de mi anfitrión no me tranquilizó. Sólo la blancura de los cabellos, no sé qué aire venerable y, cuando la boca dejaba de sonreír, daba la idea de la vejez. Pero el rostro

imberbe no tenía ni una arruga; y el cuerpo nervioso y completo no mostraba signos de decrepitud.

Tomó mi mano y dijo en voz baja:

– “Joven, ¿vendrás a mi casa?”

No se me ocurrió nada amable que responder. Me contenté con expresar en voz alta mi asombro.

– ¡Ay! ¿entonces todos hablan francés aquí?...

Sin parecer notar mi mal humor, el anciano explicó:

– Los que no saben francés nos han dejado naturalmente la alegría de recibirlos.

Él Añadió:

– Vivo bastante cerca, a unos cien pasos, allí, en los altos árboles que coronan este montículo. Pero, si estás demasiado cansado, conseguiré cinturones de vuelo.

– Bueno, me gusta mucho caminar.

El sendero que seguíamos estaba sombreado por gruesos árboles. En su mayoría eran, ¡pero mucho más grandes que los que conocía!, naranjos y limoneros. En el verdor barnizado de las hojas se elevaba el verdor granuloso de los frutos jóvenes; mientras tanto flores blancas se desplegaban como promesas, y, pesadas realizaciones, esferas de oro

doblegaban el esfuerzo altivo de las ramas. Pero todo, en estos colores de un brillo casi hiriente, de las grises pirámides, que eran casas, ponía una especie de discreta sonrisa.

“¿Tienes hambre?” ¿Tienes sed? –preguntó el anciano

De una rama inclinada que de repente se enderezó, tomó una naranja, enorme, hecha para inundar la garganta de Hércules. Al pasar junto a un racimo de plátanos, asombrado por sus gigantescas proporciones, también me ofreció, un plátano.

Cada vez más, sospechaba que su amabilidad ocultaba algún malvado designio. Sentí que debería haber fingido como él; pero la fatiga y el peligro me habían irritado demasiado, me habían hecho incapaz de contenerme.

– “Gracias”, dije, rechazando la fruta,

– Preferiría algo más sustancial.

– Encontrarás tortas, miel, huevos, leche y quesos en mi casa.

“¿Y ni un solo bistec?” –demandé.

La sonrisa desapareció de los labios del anciano, que declamó con energía absurda:

– No somos asesinos.

Me preguntaba:

–”¿Asesinos?... no te pido alemán; Pido comer carne de res.

Pero el viejo expresó:

–”¿Entonces la existencia del buey no te parece una vida?”
¿No os parece muerte su muerte, ni dolor su dolor?...

No respondí La desconfianza en mí creció, torturándome. Esta aparente leve locura debe haber ocultado una moral muy terrible. Quizás esta gente respetaba la carne de los herbívoros porque sus bocas amaban el sabor de la carne humana. Mi anfitrión sin duda esperaba mi primer sueño para matarme y devorar mi pobre cuerpo.

Sin embargo, el espectáculo causó un noble apaciguamiento. La tierra se erigió y desplegó su fecundidad como una mezcla inaudita de confianza y gloria. Detrás del verdor reluciente de los naranjos, detrás de las inmensas hojas de los plataneros, los cocoteros y las palmeras datileras agitaban sus penachos azules muy alto a la luz. Más allá, entre toda clase de árboles que se alzaban a alturas vertiginosas, hojas grandes como manteles y frutos rollizos como cestas de comida, entre helechos de veinte metros de altura, gigantes desconocidos extendían como brazos sus

ramas animadas al viento o las retorcían como serpientes. Las lianas corrían de una a otra con el temblor de quién sabe qué ligeras pasarelas o con la caída vacilante de quién sabe qué pesados tapices. Por todas partes cantaban los pájaros, por todas partes los monos retozaban. Guacamayos de colores deslumbrantes como trompetas, aves del paraíso, pavos reales, pájaros lira en todo el verdor, junto al oro y el rojo de los frutos, la viva belleza de sus plumajes. Y los colibríes se veían estremecerse con colores y curvas armoniosas. Pero las innumerables pirámides se sentían habitadas por hombres. Pero los hombres en todas las alturas nadaban en el cielo, un océano de luz, o, revoloteaban a pocos metros del suelo, comiendo frutas, charlando, riendo; especialmente aquellos que nos saludaron con sus manitas apoyadas en los labios y luego dirigidas hacia nosotros en un movimiento de gracia inefable, completaron la opulenta belleza de la naturaleza con una belleza conmovedora y fraterna. Parecían, estos hombres liberados de los grilletes de la gravedad, hechos de amor, alegría y libertad. Y, con sonrisas que descubren y que velan el pensamiento del universo, sus movimientos, de una belleza más allá de las palabras, flotaban sobre la maravillosa y pacífica faz de la tierra.

Al igual que el resto del paisaje, el sendero estaba poblado de pájaros y monos. Ninguna bestia huyó cuando nos acercamos. A menudo nos llegaban cantos y gritos como

saludos. Con labios y ojos, mi compañero sonrió a los animales encontrados.

Un gran simio rubio, dejándose caer a nuestro lado, empezó, con semblante serio, a imitar mi andar de cansancio y hastío. El anciano acarició al indiscreto, que se dejó llevar.

“¿Está domesticado?” –Pregunté.

“No lastimamos a ninguna persona y no necesitamos domesticar a nadie.

Me sorprendió la palabra “persona”. ¿Fue el error de un hombre que habla un idioma insuficientemente conocido? ¿O el anciano se estaba burlando de mí, comparándome con ese mono mascota?

Ahora el anciano añadió, con una risa equívoca:

“Él tampoco necesitaba domesticarme. Somos dos animales inocentes, y mis muecas le divierten como me divierten sus muecas.

Luego, dirigiéndose al mono ridículamente:

–“Eres como yo un gesto y una vaga conciencia de la Tierra, ¿no es así, primo?...”

Me mordí el labio para no reírme y, con voz profunda, expresé un deseo:

–”Me encantaría escuchar a tu primo responderte.

El anciano se ríe a carcajadas.

–”Desafortunadamente”, dijo, “el primo no ha aprendido francés”.

Se volvió hacia el animal, pronunció algunas sílabas extrañas: el mono se alejó con aire de celo.

–”¿Le hablas en su idioma?”

– No: soy más ignorante que él. Es él el que entiende un poco el mío.

–”¿Sería indiscreto preguntarte qué le dijiste?”

“Le dije: “Soy un pobre hombre sin cinturón. Ve a buscarme algunos dátiles”.

El mono volvió con un manojo de dátiles colgando y temblando, del tamaño de peras.

–”Es un sirviente”, comenté con asombro.

Pero el anciano defendió el honor del mono:

–”¡Ni en lo más mínimo! Él sabe que yo me molesto por él como él se molesta por mí. Fíjate bien, además, le expliqué que yo mismo no podía hacer lo que le pedía.

Asentí con convicción:

–”Lo que has hecho es correcto y natural. Le pagaste al mono con dinero de mono.

Me reí, feliz con mi espíritu y tranquilizado sin saber por qué. El anciano también se rió. Sentí más malicia en su risa que en la mía cuando respondió:

– Disculpe, hermano, si no entiendo todas las sutilezas de su lenguaje.

VI

La belleza del espectáculo ocupaba cada vez más mi mente, ahuyentando mi desconfianza y mi mal humor. Tranquilizado y sonriente, llegué a la pequeña pirámide que servía de casa al anciano. Un corredor cruzaba la planta baja. Mi compañero me hizo pasar a una habitación grande a la derecha.

“Estás en casa”, me dijo.

Todo parecía preparado para recibirme. Cargada con todo tipo de frutas, quesos y pasteles de formas extrañas, esperaba una gran mesa. También había un jarrón grande lleno de agua y otro lleno de leche. Unas sencillas sillas, una librería y una cama completaban el mobiliario.

Mi anfitrión continuó:

– No hay duda de que quieres que te dejen en paz. Si me necesitas o quieres verme, solo llámame a través de esta ventana. Voy a la huerta que ves. Mi nombre es Makima.

En la puerta entreabierta preguntó:

– “Y tú, ¿cómo debo llamarte?”

– Mis amigos me llaman Jacques.

Cuando el anciano se fue, hice honor a su comida. No toqué los quesos, ni los pasteles, ni los líquidos poco atractivos. Me dejé atraer con preferencia a frutos desconocidos. Algunos me deleitaron. Luego supe que eran el dulce savinte y la exquisita palta. Descubrí uno aún más valioso. Se nombra a partir de una palabra compuesta que se puede traducir como “el blancmange” (comer blanco). Su delicadeza fundente perfuma y refresca la boca mejor que los mejores helados, pero hace circular una fuerza gozosa por todo el cuerpo.

– “Tú”, dije agradecido, “¡casi vales un bistec!”

Satisfecho, me estiré en la cama. Pero demasiadas novedades agitaban mi mente que, desde que mordí el manjar blanco, se sentían vibrantes y felices como la luz misma. Pronto me levanté y caminé, encogiéndome de hombros, hacia la biblioteca. Seguramente, en este país sin relaciones con el universo civilizado, no había libro que yo

pudiera entender. “Sin embargo”, objeté con una especie de esperanza inquieta, “¿cómo saben francés tantos de estos isleños?... Estoy perdido en un sueño que este fruto desconocido ha hecho gozoso y que ignora lo imposible. Por un momento le di la espalda a los libros y mi corazón latía con locura. Dudé ante la probable decepción; temblé quizás más al pensar en la aterradora, la imposible satisfacción.

Creo que el movimiento repentino que me llevó a la biblioteca fue verdaderamente un acto de valentía... Contenía, la asombrosa biblioteca, sólo libros en francés. Todas las bellas obras de los últimos tres siglos, desde los Ensayos hasta los Destinos y los Cuentos Crueles. Y también las raras obras interesantes de nuestra generación. Aquí, igual que en casa, en un sublime temblor de eternidad la savia de antaño con las fuerzas de hoy, las formas antiguas y los aspectos actuales de la aspiración y la servidumbre humanas, la última novela de J.-H. Rosny. Perfecta en forma y cargada de todas nuestras esperanzas y todos nuestros desánimos, aquí, al pie del heroico Cáucaso, se encuentra *La Nave d'Elémir Bourges*. Entonces descubro títulos de libros y nombres de autores que no conozco. Los límpidos versos de Emile Boissier reflejan, a lo largo del *Chemin de l'irréel*, entre bosques de niebla en movimiento, las formas inclinadas y susurrantes de la Noche, del Placer de la muerte. *Le Cabaret des Larmes* y *Le Précurseur* de Jacques Fréhel levantan ante mis ojos toda una Bretaña de misterio y de pasión, un maridaje amargo y delicioso de los perfumes

dorados del páramo y el olor glauco del mar. Con qué sonrisa de desprecio, en presencia de estos libros desconocidos y admirables, pensé en los éxitos de la publicidad, en los escritos deslavazados durante una temporada que, el público siguiente proclama obras maestras, ¡después de los periódicos mercenarios y de los imbéciles que se dicen críticos!

La noche me exilió de estas bellezas recién descubiertas. Señalé con una mezcla de despecho y orgullo patriótico:

– “Estos atlantes pueden volar como pájaros; pero, no más que pájaros, no pudieron darme una vela o un fósforo».

VII

Estaba despertando de un sueño lleno de sueños. En una inmovilidad temerosa, me preguntaba: “¿Lo soñé todo? A mi lado, sobre la cama, encontré libros, libros en francés, uno de los cuales estaba fechado en el mismo año. Casi me aseguré que estaba en Francia. Me sorprendió afirmarme a mí mismo a medias. “¿Me arrepentiría de la pesadilla donde el viejo caníbal respetaba la carne por amor exclusivo a la carne que soy?” No pude evitar reírme. “¡Dios mío! ¡Qué tonto se es en los sueños! Sin duda era el más gentil de los hombres este anciano desnudo que no podía volar por falta de un cinturón, y que tenía un mono por sirviente. En mis recuerdos filtrados del sueño, el país extraño me parecía hermoso y deseable. “No sería un resorte ordinario. Tomaría prestado un cinturón de vuelo y pensaría que era un pájaro. De las ramas de los árboles picotearía este fruto que me parecía delicioso y reconfortante. Viviría en un nuevo

paisaje de colores, formas y proporciones y que, sin duda, el vuelo multiplica y renueva continuamente. El viejo me contaría, creo, historias bonitas y tranquilas... Pero tendríamos que encontrar a Carlos y hablar de estas cosas con alguien que tenga casi el mismo punto de vista que yo”.

Ahora me interesaron las facciones aguileñas y los cuerpos ágiles de esta raza. Una emoción juvenil agitó mis sentidos y dije entre risas: “Si vuelvo a tener el mismo sueño, le pediré a la piloto que me abroche un cinturón”.

Me levanté. Mis ojos buscaban con creciente preocupación los instrumentos de tocador más sencillos. Fui a la mesa; probé la fruta que me había dejado mejor recuerdo. El sentimiento fue renovado, profundamente y en gran parte delicioso. ¡Qué suerte! Viviré el hermoso sueño».

Corrí a la ventana. Llamé, casi más incrédulo:

– “¡Makima!”

Apareció el anciano, etéreo. Me pidió mis noticias. Me sorprendió un poco su continua familiaridad... Pronto lo acepté con indiferencia.

Es un hábito general entre los salvajes, y no son malos por ello.

– “¿Dónde está el baño?” – Pregunté.

Makima sonrió –sonrió mucho, Makima– y, señalando un arroyo que fluía a diez pasos de la casa piramidal, –sí, piramidal, mi viejo Maspero dijo:

- “Ahí tienes, amigo mío.
- Faltan algunas toallas...

Pero el anciano, señalando un árbol agradablemente bajo cuyas hojas grandes, pálidas y flexibles caían como sábanas:

- ¡Si se puede decir!...

Esta idiotez me hizo gracia. “Tú, viejo, cuando pretendes ignorar ciertos matices de mi lenguaje, estás fanfarroneando. Pero, si te presiono, apuesto a que también hablas jerga”.

Mi baño terminó, me tumbé en la hierba y bostecé.

“¿Estás aburrido?” –preguntó Makima que, sostenido en el aire por el precioso cinturón, comía enormes cerezas, –¿estás aburrido, incluso en este huerto europeo?

Árboles, hojas, flores, frutos, todo tenía proporciones asombrosas. Pero pasado el primer asombro, creí, en efecto, reconocer las formas magnificadas. Aquí, poderosos como nuestros robles, había melocotoneros cuya hoja cubriría mi cabeza, cuyo fruto alimentaría a un hombre. Aquí, altos como eucaliptos, había perales cuyas peras cuelgan

pesadamente como calabazas capaces de saciar un día entero de viaje. Estos enormes globos verdes y rojos que hacen una luz divertida en el espeso follaje son sin duda manzanas. Abulones gigantes sostienen, a la manera virgiliana, enredaderas del tamaño de mi cuerpo, y cada grano de sus largos racimos se expande como un melocotón francés. Cerca de mí, las fresas caen al suelo, pesadas como peras ordinarias. Pienso: “Es demasiado grande, no debería valer nada”. Pruebo una con un diente desdeñoso: como diez con avidez. Más fragantes que las fresitas de nuestros bosques, se derriten en mi boca feliz: “Estas no son fresas; son fondant, sorbetes, no sé qué síntesis arrebatadora de lo conocido y lo desconocido”.

Al otro lado del arroyo, las flores, mecidas por el viento, me envían el júbilo de sus mil perfumes. Las miro: a pesar de su enormidad que se despliega, reconozco las rosas armoniosas. Otras me preocupan y me atraen por no sé qué mezcla de familiaridad y extrañeza. Parecen, sonrisas amistosas bajo máscaras. No, expreso mi impresión demasiado mal. Es así, más bien: he vivido muchos años lejos de mi pueblo natal y por aquí pasan, saludándome, mujeres jóvenes a las que sin duda dejé de niñas, pero no puedo poner nombres a los rostros sombreados. ¡Ay! ¡la emoción hecha de dulzura y amargura! “¿Hasta ahora no he vivido en el exilio?...”

–Oh, viejo –dije–, si estás saciado de estas cerezas demasiado grandes, que quizás son manzanas demasiado rojas, dime el nombre de las flores traviesas que parecen burlarse: “Nos conoces, pero no nos reconocerás!”

– “Estas son todas flores de tu país”.

– “Sí, ya veo que las rosas son rosas silvestres”.

–“Lo dijiste bien, hijo mío. A pesar del poco tiempo que te dejan tus guerras, tus competencias, tus locas luchas contra otros hombres, a pesar de tus extrañas preocupaciones, de tus pueriles industrias, de tus aburridos e invasores placeres, has creado una de las flores que la naturaleza pide al hombre y al cual ella proporciona el vago diseño.

Nosotros, los más felices, tenemos mil flores, sin duda tenemos casi todas las flores. Por todas partes escuchamos el llamado de la tierra: “Estoy dibujando”, nos dice, “ven y termina”. Necesito tu fiel colaboración para convertirme en mí misma. Yo soy la que aspira, y tú, eres la gran conciencia de mis mil anhelos, la única adivinación posible de mis millones de medios. Soy el bloque que quiere convertirse en estatua y no tengo otras manos para esculpir que las tuyas. No me niegues tu ayuda. Te recompensaré como una reina a un niño. Come esta baya silvestre: ¿no saboreas, en su demacrada y dura sequedad, el presentimiento de una fruta deliciosa? Toma esta pobre semilla y cultívala para que se convierta en rico trigo. Cuida esta eglantina, esta violeta,

esta nomeolvides, y hazme mil flores. Realizad en mí todos los deseos con que os he penetrado, todos los sueños que os inspiro. Sólo os tengo a vosotros para ayudar a mis sueños –nuestros sueños– a eclosionar, a esclarecer mis vacilantes esfuerzos, a hacer elocuencia de mis balbuceos, a librarme de las mil aspiraciones que me atormentan y me coronan con mil realizaciones. Nunca te apartes de mí, oh mi amado hijo, sino perfeccióname constantemente. Para que yo te perfeccione constantemente”.

– ¡Eres elocuente, Makima, hasta en francés!

– No, hijo mío, es esta rosa la que es elocuente, esta eglantina se dio cuenta. Es esta violeta realizada, este nomeolvides conseguido, este lirio realizado.

Su dedo señaló flores, cada una de las cuales destacaba, formas, colores y perfumes, un ramillete de armonías, una opulencia sin pesadez... ¡Ah! ¡el hermoso jarrón griego que eras, lirio, te diste cuenta! Tus nobles curvas blancas, acunadas en las caricias de la brisa, sembradas, con el oro de tu múltiple corazón, cálidos y voluptuosos aromas. Soñaste ser, cáliz radiante, de sensuales comuniones. Tu pulpa, más delicada que una fruta sabrosa o la piel de una rubia, me hizo temblar con vagos deseos de comidas ligeras, despertó en mí deseos precisos de besos. Pero tú, realizada violeta, levantas en la luz un penacho malva o dejas que los cabellos sueltos floten en los vientos. Rico nomeolvides, esparces ante mis ojos felices un lecho de estrellas.

¡Vuelve a consolar mi exilio incurable, sueño vivido, sueño de una patria, sueño de un lugar donde todo sea bello y generoso, donde el hombre haya permanecido fiel a la naturaleza, donde la naturaleza esté imbuida de humanidad! Devuélveme tus perfumes desvanecidos; revive tus colores desvaídos de extrañamiento; restaurar vuestras formas ya degradadas por el olvido, vuestras formas que ya no son mías, ¡ay! armonías completas y equilibrios tranquilizadores, pero ruinas que se vuelven imprecisas e invadidas por la hierba triste del pesar. Devuélveme tus frutos, más nutritivos que nuestras carnes, más refrescantes que nuestros helados, más fundentes que las obras maestras de nuestros pasteleros. Devuélveme tus mil flores de las que nuestro campo me ofrece sólo una lejana esperanza, tus flores que son diez siglos de evolución de los pobres abortos a los que damos sus gloriosos nombres. Y otra vez, sobre mi ociosidad encantada que mira, que aspira y que escucha, suspende en tu luz gozosa, entre la danza de los rayos y los colibríes, al anciano de palabras sabias y entusiastas.

VIII

En el capítulo anterior me entregué a un estallido de entusiasmo que, en otra situación, me escandalizaría. Ahora les debo a los buenos franceses una rápida disculpa y una rápida explicación.

De los cuarenta náufragos, soy yo –lo declaro gloriosamente– el que mejor resistió la seducción atlante. Nadie permaneció más fiel a las costumbres civilizadas. Detalle significativo, soy el único que, en ningún momento, renunció a la ropa. Pero tengo que hacer, junto con estas orgullosas observaciones, algunas confesiones dolorosas y útiles. La rica novedad de los paisajes, la penetrante succulencia de los frutos, la regia belleza de las flores, los modales suavemente encantadores, la libertad absoluta que disfruté entre libertades absolutas, cierto progreso material también del que hablaré más adelante, a veces me llenaba

de alegría y amor. No sería suficientemente consciente del peligro de las utopías con que sueñan algunos de nuestros compatriotas si no mencionara toda la perversa seducción de la utopía que experimenté, toda la deliciosa locura que invade al ser en un ambiente como la Atlántida, esa paradoja de quinientas mil leguas cuadradas y ochocientos millones de habitantes. ¿No estoy obligado, además, a expresar un período de mi vida, a reconstituir mis pensamientos de este período, a embriagarme con el recuerdo de viejas embriagueces? Es probable que deje escapar otras exclamaciones entusiastas. El lector sabrá que estos ecos gozosos resuenan en mi presente en la tristeza y la vergüenza. Sentiré que estoy confesando mis faltas. Es mejor negar lo que digo sobre este pasado sacrílego. He vuelto a la razón y a los nobles sentimientos. ¡Oh Francia, eres mi madre y te amo, y desprecio como pobreza cualquier riqueza que no sea francesa! Uno no elige su madre o su país; aceptas con todo tu amor las que te da el destino. No se comparan con otras madres y otros países con ojos imparciales. Un buen patriota y un buen hijo repiten, a pesar de todo lo visto, estas certezas que vienen más allá de los ojos: “Mi madre es la mejor de las madres; mi Francia es la mejor y la más hermosa de las patrias. Además, la vida de los atlantes, considerada fríamente, no tiene nada de deseable. Se entenderá, leyéndome, que la disciplina social es el bien por excelencia. Un ser organizado como nosotros, un espíritu formado por las tradiciones francesas y la educación francesa puede disfrutar de la

libertad en unas cortas vacaciones. Pero pronto todo en él protesta contra el desorden; todo en él clama por el embriagador gozo de mandar, el tranquilizador gozo de obedecer. ¡La libertad, los sueños y la diversión de los niños! Pero la verdadera felicidad varonil es el cumplimiento de un deber social fijo y determinado; es la sensación de que uno es, en una máquina complicada, un engranaje cuyo lugar no se puede cambiar y que funciona porque otros engranajes lo hacen funcionar y que, en cuanto funciona, también hace funcionar a otros engranajes. Oh solidaridad nacional, eres mi único amor, y cuando pienso en ti, estoy, tanto como Spinoza ante el abismo de la sustancia, ebrio de divinidad.

IX

Deambulé así:

“Makima, este jardín es un paraíso. Pero toda alegría tranquila desea acariciarse en el conocimiento de las pruebas vecinas. Mi felicidad permanece difusa; Me gustaría especificarlo por comparaciones. La tierra es más bella cuando el azul del mar la define y le da forma; y el mar, que durante mucho tiempo rodeó al marinero de imprecisión y hastío, vuelve a ser placentero en cuanto se avista la tierra. Quisiera dibujar mi alegría, ¿entiendes? Me gustaría sentir su límite, sentir algo más que ella, para sentirla mejor. Lo dijo Lucrecio, Oh Makima: *Suave mari makno...* ¿Pero acaso no sabes latín?”

“No, hijo mío. La ciencia de las flores y las frutas fascinaba demasiado mi vida. Con excepción del francés, ignoro todas las lenguas crueles.

“Acabo de decir algunas locuras, Makima.

El anciano sonrío:

“Sólo dijiste que querías leer un periódico.

– Me entendiste mejor que yo mismo, sutil Makima, y tu traducción es más clara que mi texto. ¿Estás suscrito al *City Monitor*? ¿Porque estamos en una isla, creo?

– “Estamos en una isla donde la gente desdeña hacer periódicos”.

Feliz de descubrir una superioridad en mí mismo, digo, sacudiendo la cabeza:

– “En este momento, Makima, pareces el zorro de una fábula que soy demasiado educado para recitarte. Desprecias lo que no puedes alcanzar y, sin duda, tú y tus compatriotas ignoran el sublime arte de la imprenta.

El salvaje preguntó suavemente:

– “¿No miraste la biblioteca en tu habitación?”

– “Bueno, solo vi libros en francés allí”.

–¿Y supusiste que habían venido en barco de vapor?

– Tienes razón. ¿Cómo diablos están aquí?

Pero el viejo travieso, preguntó en lugar de responder:

– “¿Qué periódico quieres?”

– Lo más fresco que me puedas ofrecer.

– “Oh, el más desconfiado de los invitados, ¿me crees capaz de hacerte leer el periódico de ayer?”

No quería entender mi pregunta.

– ¿Te doy el *Petit Journal*, el *Figaro*, o si no?...

– Me importa poco. Ya no tengo la ingenuidad de una preferencia entre tales mentiras y tonterías iguales.

Makima se abrochó un botón del cinturón, se levantó, entró por la ventana del piso superior de la pirámide.

Diez minutos después, reapareció y me dio la *Pequeña República*, el *Tiempo* y el *Libertad de Expresión*.

Tratando de disimular mi asombro, ojeaba las noticias de la guerra o las actas de las Cámaras con mirada distraída. Los ejércitos ruso y japonés, reunidos, finalmente estaban a punto de comenzar la lucha decisiva. El hábil Kuropatkin había recibido suficientes refuerzos y se preparaba para

aplantar a los japoneses bajo el peso del “puño ruso”. Jaurès había pronunciado un discurso, cantado una canción que tal vez pensó que era nueva en honor a “la noble disciplina reflexiva que debe ser la de una democracia”. Había leído todo esto la mañana de mi embarque. Sonreí antes de estallar en carcajadas: porque, cada vez estaba más seguro, Makima me había regalado unos periódicos viejos. Sin embargo, la fecha... Por un momento dudé, preguntándome si mis ojos me estaban engañando. Releo con más atención. Noté que el puño ruso se cerraba más al norte que el otro día. Y Jaurès defendía la misma ley que cuando me fui; pero esta vez regresaba del Senado. Estas diferencias me parecieron conmovedoras.

Dejé caer las hojas y mi boca se abrió en un bostezo.

- Makima, los periódicos se están volviendo cada vez más aburridos.
- “Los periódicos siguen siendo los mismos, hijo mío. Tú eres el que se vuelve difícil.
- “Makima, ¿lees muchos periódicos?”
- Esa curiosidad se apodera de mí una o dos veces al año.
- “Makima, eres un sabio.
- No, Jacques, soy atlante.

La palabra me sacudió.

– “Un atlante... Entonces, ¿es realmente cierto?... ¿Es esto realmente la Atlántida?” Un amigo me contó la vieja historia de su país. Pero afirmó que, desde hace once mil años, la isla había desaparecido... ¡Ah! Entiendo: después de siglos, volvió a surgir y gente de raza roja volvió a poblarla. ¿Vienes de Perú, Makima, eres de México, o si no?...

– “Nosotros no venimos de ningún lado. Los atlantes son indígenas.

– ¡Por ejemplo!...

– La isla nunca desapareció por completo. El último deshielo polar sumergió, con Gadirique, la provincia más cercana a Europa, las tierras bajas de las otras costas.

– ¿De dónde viene el error de los sacerdotes de Egipto y de Platón?

– “Habiendo dejado el océano de ser navegable y habiendo desaparecido de vuestra vista la empedregada isla, pensasteis que estábamos aniquilados”.

– “¿Pero desde?...

– “El Mar de los Sargazos nos protege de vuestras peligrosas curiosidades.

– “¡El hecho es que tu Mar de los Sargazos no es fácil!... Pero ¿cuánto tiempo habéis vivido en este espantoso aislamiento, miserablemente separados del resto del mundo, tristemente desterrados de todo comercio con las naciones?

– “Estamos”, dijo el anciano, y su voz se tornó a la vez alegre y grave, tomando algo profundo y religioso, “estamos en el año once mil ciento cincuenta y siete de la Feliz Separación”.

X

Una sombra múltiple y graciosa pasó sobre mi cabeza, como una bandada de grandes pájaros; luego, entre risas frescas y balbuceos argentinos, una bandada de niños descendió sobre nosotros. Jóvenes y viejos, niñas y niños, estaban bien entrados en la treintena.

- “¿Qué es esto, Makima?”
- Son mis alumnos, Jacques.
- “¿Eres un maestro?”
- “Como todos los demás.
- ¡Cómo! ¿Como todo el mundo?
- Hay dos alegrías, Jacques: dar y recibir.
- Es posible, pero ¿qué conexión?...

– Las cosas materiales son de todos. Quien tenga hambre puede comer los frutos que son en parte obra mía y en gran medida obra de la tierra. Si necesito un cinturón nuevo, no me importa quién lo tejió con algodón y caucho y lo imbuyó de fuerza.

– “Te hice una pregunta específica, Makima.

– Las respuestas más directas no siempre son las mejores, Jacques.

– “Creo que estás bromeando.

– “Nunca me burlé de nadie, mi Lis. A veces me reía de la impaciencia de alguien.

– “Seré paciente”, le dije con una sonrisa ligeramente forzada. Dibuja los giros y vueltas de tu respuesta como deseos.

– Haces bien, hijo mío, en dejar que el arroyo siga su curso... Las cosas materiales son de quien las necesita; sólo tengo un bien para dar: yo; Sólo tengo un bien para recibir: los demás.

– “¿Cómo te das y cómo los recibes?”

– En la niñez, solo puedo recibir. La juventud se gasta en besos y trabajos que cantan. Hoy, mi ardor primario disminuido, siembro menos besos y el movimiento de mis

manos se vuelve, cada día, una armonía más lenta que produce menos. En cambio, la palabra de los viejos es inagotable, y mi saber, que con alegría se esparce, baña y fecunda a los que me rodean, como las aguas de un ancho río que refresca sus riberas.

– “¿De qué ciencia estás hablando?” ¿Es por su conocimiento de las flores y las frutas?

– Sí. Y también secretos fáciles que me enseñaron los viejos o la vida y que estos niños todavía no saben.

– “¿A quién le das estos bienes?” ¿Es para todos los que los quieren?

– ¡Sin duda! El beso y la ciencia son, como todas las alegrías, generosidades. Iba a decir invasiones. Doy, feliz, a cualquiera que me ame lo suficiente como para pedirme.

– “¿Entonces todos estos niños serán horticultores?”

– Todos estos niños aman la tierra. Pero la mayoría escucha múltiples llamadas dentro de sí. Hay pocos atlantes apasionados como yo por un solo trabajo. Soy de mente estrecha, Jacques. Pero no me arrepiento de nada: ¡La parte que he elegido, de un amor quizás demasiado exclusivo, es tan hermosa! Imagínate, Jacques: hay una fruta que perfeccioné y, dado que el manjar blanco es un poco obra de Makima, los amigos afirman que es la mejor fruta.

– “Has alcanzado la gloria, feliz Makima, y las carreras futuras mantendrán el reconocimiento del vientre para ti.

– “Ríete de tu apetito, hijo mío. La risa sin malicia es un fruto superior incluso al manjar blanco.

Makima comenzó la lección. Estaba sentado en un árbol. Frente a él, los niños, sobre una rama flexible que su peso aéreo doblaba y balanceaba, dibujaban, más bella y más viva que todas las demás, una maravillosa guirnalda leonada. Era la sonrisa suprema y conmovedora de la naturaleza en celebración. A veces el anciano me traducía lo que acababa de decir; por lo general, observaba a la graciosa tropa y escuchaba el canto incomprendido como habría observado y escuchado a los pájaros pelirrojos con cantos ligeros y formas elegantes. Pronto, sin embargo, me sobrevino una vergüenza: los niños se volvían hacia mí con demasiada frecuencia, me parecía, una cara de lástima.

– “¿Les hablas de mí, Makima?”

– Aprovecho tu presencia para decirles lo pobre que es tu país en flores y frutos. También les cuento un poco las razones de vuestra persistente pobreza.

– “¿Y cuáles son, en su opinión, estas razones?”

– Los entristezco –pero hay penas saludables –diciéndoles que habéis caído por debajo de los animales. Me gustaría

hacerlos comprender –pero tales locuras son realmente difíciles de explicar– qué es una organización social, qué es una nación, qué es un gobierno. Les cuento lo que es una guerra y que os pasáis ciertas temporadas matándoos unos a otros. Les digo lo que es un ejército y que tus años de orgullo, de iniciativa, de apertura mental, los pierdes aprendiendo el arte de matar a tus semejantes y el arte de obedecer a tus superiores. No quieren entender lo que es un soldado. Tampoco quieren entender lo que es un trabajador. En vano busco los términos más claros para decirles cómo se reparten los bienes entre vosotros, no según las necesidades y la ley del amor y de la civilización, ni según el esfuerzo puesto y la regla de la justicia, sino siguiendo recetas complicadas como el fraude y la locura. No quieren creer que los frutos del trabajo no pertenecen ni a quienes los necesitan ni a quienes los producen, sino a los enemigos del trabajador, a no sé qué parásitos orgullosos y derrochadores. Mueven la cabeza como si me burlara de ellos cuando digo que al que cultiva el trigo le falta a veces el pan, y que después de haber construido toda su vida, el albañil puede encontrarse sin refugio en su vejez, no puedo explicarles cómo vuestra loca codicia de riquezas os empobrece y cómo, en vez de luchar como hermanos contra la naturaleza hostil o ayudar a la naturaleza amiga en un gozo común, pensáis sólo robaros mutuamente y combatir por uno y mil medios, muchos de los cuales llevan nombres pacíficos en vuestra lengua... Mira cómo

mueven la cabeza: oyen francés, y mis palabras les asombran. Responde, Jacques, ¿estoy diciendo la verdad?

Quién dirá el poder enloquecedor del presente; ¿Quién dirá cómo las realidades que nos rodean y las palabras que les dan voz nos perturban con embriaguez y distorsionan nuestros pensamientos y nuestros sentimientos? El entorno me invadió por todos los sentidos, me convirtió en una especie de atlante. Sin discutir, ¡ah! mientras me sonrojaba mientras escribía esta confesión, –sin discusión, declaré:

- “Makima solo dice la verdad.
- “¡Pobre Jacques!” gritaron los niños.

Con un delicioso movimiento, todos me rodearon, varios se acercaron a acariciarme. Parecían querer que olvidara una vida infeliz.

Una niña se arrodilló frente a mí y dijo, casi llorando:

- ¡Perdón, Jacques, perdón!...
- “¿Qué estás haciendo, hija mía?”

Ella se levantó con una emoción acentuada. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Sin embargo, reflexionó por un momento, asombrada ella misma por su acción. Finalmente explicó, con voz entristecida, vacilando un poco:

– “Me parece que los hombres no pueden ser infelices sin que sea culpa de todos”.

– “¿Nuestra también, Telo?” –inquirió Makima.

– “¡Sin duda!” ¿Por qué no les enseñamos la verdad?

– “No nos escucharían, sino que nos perseguirían y nos matarían”.

– “Estas no son razones”, dijo la niña, sacudiendo la cabeza. –El deber no deja de ser deber porque se vuelva peligroso.

– ¡Ay! Telo, nuestras palabras serían más peligrosas para ellos que para nosotros. Algunos fingirían que les gustan y los repetirían sin entender. Nuestros llamados de paz y amor, los traducirían en gritos de guerra. No. Tendríamos éxito sólo para añadir a todas sus causas de discordia una nueva causa de discordia.

– Los desprecias demasiado, Makima: hablas de ellos como si estuvieran locos.

– ¡Ay! Telo, exclamé, Makima tiene razón; somos pobres tontos.

Me miró con singular ternura; sonrió entre sus lágrimas y dijo:

– “Si estuvieras loco, no lo sabrías.

Lo sé aquí, generosa Telo. Lo sé en medio de vosotros, cuando me dejo penetrar por la sencilla sabiduría que emana de lo que decís y de lo que hacéis. De vuelta en mi país, tal vez lo sabría alguna vez, al anochecer, en el silencio y la soledad. Pero, durante el día, haría como los demás, y su locura contagiosa es lo que llamaría sabiduría. Si mi corazón, por un momento, se acordara de ti y me gritara tus palabras como remordimiento, le impondría el silencio. 'Cállate, corazón mío', diría con fuerza, 'ser bueno entre los malos es querer perecer. Calla mi Corazón; la adaptación al medio es la primera necesidad vital. Calla, corazón mío, déjame seguir siendo un hombre como los demás; no me conviertas en un apóstol que habla en el desierto de una multitud desatenta, burlón u hostil; no me hagáis uno de esos mártires, al fin y al cabo huraños y criminales, pues su obstinación sólo logra imponer un crimen más a sus hermanos. Cállate, corazón mío, no estás aquí en tu país; estás en el país de mi mente fría que calcula, en el país de mis manos crueles y sabias que no retroceden ante lo inevitable”.

Agité los gestos, sin duda incoherentes, de quien quisiera expresar al mismo tiempo los dos hombres que hay en él. Los niños se alejaron, asustados, quizás asustados. Uno de ellos exclamó:

– Pero están completamente locos, los Cruels.

Telo, también asustada por mis palabras, lloró aparte. Ella dibujó, con la cabeza gacha, en actitud derrotada. Pero pronto levantó el rostro con amor y obstinación.

– “Y sin embargo”, insistió, “diciéndoles así, siempre, siempre, y amándolos mucho, mucho...”

XI

– “Jacques, mis hijos llegarán pronto: tengo algo que prepararles; os dejo, un cuarto de hora.

Makima desapareció por la ventana superior de la pirámide, entró en la habitación de la que ayer me había traído tres periódicos. Me quedé, con la cabeza erguida, mirando esta abertura como hubiera mirado una puerta del Misterio.

Cuando el anciano volvió, con un librito en la mano, le pregunté:

– El lugar de donde vienes me atrae y me inquieta. Si no soy indiscreto, dime qué hay ahí arriba y qué haces ahí.

– En un país armonioso donde los hombres ya no son enemigos, ninguna pregunta es indiscreta. No tienes nada

que saber contra mí; No tengo nada que esconder contra ti. El lugar del que salgo se llama pantoscopio.

Repetí, asombrado:

– ¿El pantoscopio?... ¿También tienes palabras que vienen del griego? ¿Significa esto: el lugar desde donde se ve todo?

– El nombre de esta habitación tiene, en efecto, este significado ambicioso.

– “Makima, me sorprende la mezcla de salvajismo y civilización...

– “Quizás es eso que llamas salvajismo lo que es nuestra verdadera y profunda civilización.

– No importa. Mi mente está abrumada por algunas de las maravillas que estás haciendo. Pero, ¿he de creer que en realidad puedes verlo todo?

– Te confesé que el nombre del pantoscopio es ambicioso, ni siquiera nos dice, pobre aparato, si hay hombres en la luna y no ve la vida subterránea de tus mineros. Sin embargo, permite...

Los niños iban llegando. El anciano se interrumpió, no sin picardía quizás:

– “Pero eso te lo explicaré en otro momento, o mejor dicho, te lo mostraré”. En este momento, pertenezco a mis jóvenes amigos.

El cinturón casi completamente desabrochado, sin embargo todo levantado y como si flotara, Makima se sentó en una rama de un cerezo. Los niños lo imitaban, eran, en las hojas, pájaros ligeros y descansados. El magister desnudo y posado abrió su libro y comenzó la lección.

Mordía un higo enorme que una rama baja dejaba colgando como una ubre. Un mono irrespetuoso se había subido a mis hombros y estaba comiendo imitando mis manierismos. A veces lo miraba y me reía. Me miró y torció una mueca que hubiera querido ser una risa. Varios pájaros picoteaban aquí y allá. Éramos hermanos colgados de los senos de la Madre Universal.

Por encima de nosotros, la voz profunda del anciano y las voces estridentes de los niños sonaban a menudo, gracias a una peculiaridad del lenguaje atlante, como ruidos prolongados de bebida. Nos comimos realidad y fuerza; bebieron de la verdad y de la inteligencia.

En todas las ramas altas, los niños formaron un coro espontáneo de risas. Fue repentino y encantador. El aire parecía feliz. Los monos y los pájaros, inmóviles y encantados, contemplaban el suave sonido múltiple. Me sentí abrumado por la caída de una cascada de alegría.

– “¿Qué es tan divertido, Makima?”

Los niños se burlan de las cosas pequeñas, Jacques.

Les expliqué, con la ayuda del *Manual de moral cívica*, qué es una elección en Francia.

Unos meses antes, había sido elegido consejero general. Tengo la intención pronto –y esta es una de las muchas razones que me impedirán firmar estas páginas– de servir útilmente a mi país en la Cámara. Incluso si olvidara los deberes particulares que me crea la confianza de mis compatriotas, una elección me parecería, como a cualquier buen ciudadano, una cosa singularmente seria. Encuentro una belleza maravillosa y una especie de carácter religioso en estas solemnes manifestaciones pacíficas de la voluntad de un gran pueblo. Herido en mis sentimientos más profundos, digo, con una mezcla de humor y desdén:

– El sufragio universal es una institución demasiado noble para que los salvajes la entiendan.

La pequeña Telo se dejó caer de su rama y, haciendo flotar ante mí sus lindos columpios aéreos, habló con la incomprensible impertinencia de un niño mimado:

– “Cierto, Jacques, has cumplido con tu “deber cívico”, ¿no es así? Cierto, fuiste a poner el papelito en el... ¿cómo se llama otra vez?... en la jarra electoral?”

“No es una jarra, Telo”, le dije con severidad. Es una urna.

Explícame la diferencia, Jacques.

Pero, mientras yo buscaba las palabras, ella voló y, posándose de nuevo en su rama, notó:

– “¡Sin embargo, Jacques no parece tan estúpido!...”

* * *

Después de unos momentos de caminar malhumorado, la ternura de mi corazón me trajo de nuevo bajo las ramas cargadas de niños y alegría. Ya no nos reíamos allá arriba. Las caritas estaban tensas por el deseo de comprender. Makima, sintiendo que estos jóvenes cerebros se estaban cansando, cerró el libro. Luego dijo algunas palabras atlantes, traduciéndolas, sin duda, al francés:

– “Podría mostraros estas cosas bajo el pantoscopio”. Pero esas serían emociones demasiado violentas para vuestra edad y espectáculos demasiado confusos. Preguntadle a nuestro amigo Jacques en su lugar.

Los cinco o seis francófonos cayeron casi al suelo. Y, flotando como un enorme plumón rojizo, se mecían a mi alrededor, pero a cierta distancia.

La pequeña Telo, una mezcla incierta de audacia y miedo, avanzó y luego retrocedió.

– 'Jacques', dijo primero, 'deberías deshacerte de esos feos ladrillos que ocultan casi todo tu cuerpo y que huelen tan mal... ¡Pouah! huele a animal muerto.

– “Hay que ser tolerante, Telo. La ropa es un hábito muy antiguo para mí, y uno que aprecio mucho. Me parece que esta pobre ropa todavía me rodea con un poco de patria.

– “Haz lo que quieras, Jacques. Pero eso no es lo que quería decirte. Escucha. ¿Has cumplido lo que vuestro libro llama “el deber patriótico”?... ¿Has, como vuelve a decir, “pagado el impuesto de sangre”?...

– “Ciertamente, Telo. No veo qué derecho tienes a sospechar que soy un cobarde o un mal ciudadano.

– “¿Qué dice, Makima?”

– “Te lo explicaré en mi tiempo libre”. Sigue hablando con él.

– “Jacques, ¿tenías cosas en tus manos que iban a ser usadas para matar a otros hombres?” ¿Aprendiste a matar?

– “¡Sin duda!”

– “Jacques, ¿fuiste a la guerra?”

– ¡Ay! a una guerra sin importancia; una guerra de nada en absoluto, contra salvajes.

– “Makima, ¿qué son los salvajes?” ¿Es una especie de tigre, como los que hay en Tibabrin?

– No, Telo. Son hombres más débiles y menos malvados que los franceses.

– “¿Así que los matan para castigarlos por ser gentiles y débiles?...”

Le expliqué, un poco molesto:

– “Los matamos para civilizarlos”.

– “No entiendo nada.

– “Sin embargo, es simple”, afirmé. Cuando hay niños traviesos e intratables, nos vemos obligados a corregirlos.

Pero Telo sacudió la cabeza con picardía y, mientras su cabello se abría y se extendía como alas:

– En primer lugar, no hay niños traviesos. ¿Y qué es un niño “rebelde”?

– Un niño que no quiere obedecer.

Ninguna palabra devolvería el asombro del pequeño salvaje.

– ¿Cumplir? ¿Entonces es (se detuvo, como si se ahogara) que le pidamos algo?

- “Lo adivinaste, perceptiva Telo.
- “Pero está mal mandar”. Y, si un loco manda, está mal obedecer. Explícame por qué crees que los niños y los hombres débiles y gentiles deben obedecer.
- Me aburres, Telo. No quieres entender nada. En Francia, te respondería con una bofetada.
- No estamos en Francia, Jacques, y serías muy amable de responderme con una razón.
- Porque... porque los niños no son adultos.
- ¡Ay! Telo suspiró vagamente.

Se fue volando, rodeada de sus camaradas. Y ella dijo:

- “Sí, Jacques es muy estúpido... Habrá que instruirlo, Makima.
- “Si él quiere...
- Bueno, todos quieren aprender, al igual que todos quieren comer.
- “¿Pensé que tenías otras preguntas para Jacques?”
- “¡Sí, pero responde tan mal!”
- “Pruébalo un poco más, hija mía.

Los niños no bajaron. Telo, encaramada desdeñosamente, apenas girada hacia mí, se dejó caer desde lo alto:

– “Jacques, cuando eras soldado, si hubiera habido... ¿cómo se llamaba?... ¡ah! sí, si hubiera habido un “motín”, ¿le habrían ordenado disparar contra hombres de su país?

– Tal vez...

– “¿Qué hubieras hecho?”

– Habría cumplido con mi deber.

– “¿Entonces no habrías matado?...”

– “Creo que estás loca, Telo. El deber del soldado es obedecer.

– “Y si tu madre hubiera estado entre los pobres rebeldes, responde, Jacques, ¿habrías matado a tu madre?”

– “No sé... ¡Tú también me haces estas preguntas!... Entonces habría habido un conflicto enloquecedor entre mi deber y mi conciencia, y ya no sé lo que habría hecho.

– “Makima, ¿qué significa 'un conflicto entre el deber y la conciencia'?”

Makima, casi tan avergonzado como yo, tartamudeó:

– “Eso es difícil de hacer entender a la gente de cerebros bien hechos. También es difícil explicar por qué la conciencia de Jacques no le prohíbe matar a las madres de otras personas.

Sacudió la cabeza, vaciló por un momento. Finalmente:

– Nunca podría hacerlo en francés.

Empezó a hablar atlante. Me alejé, aturdido y aliviado, como saliendo de una pesadilla.

XII

Ese día, todavía era lo que llamé, con algo de humor, “clase encaramada”. Makima ya no tenía en sus manos el *Manual de Moral Cívica* sino un catecismo de la diócesis de París. Los pájaros y los monos miraban con asombro “las ramas de la escuela”. Nunca habían oído una risa tan fuerte y tan frecuente.

Estoy lejos de ser devoto. En París, donde nadie se fija en su vecino, a veces consiento en llevar a misa a mi madre y a mi hermana y, durante la ceremonia, me comporto como un hombre bien educado, es decir, tan correctamente como el mejor cristiano. Pero con más gusto acompaño a mi padre a la Logia y me río como un hombre de ingenio de las bromas, un poco jocosas a veces, del hermano orador sobre las tonterías que dicen los sacerdotes y las tonterías que hacen.

En el campo, por ejemplo, en mi distrito electoral, no hay cortesía, soy yo mismo, brutalmente y sin concesiones

“No pondría un pie en la iglesia a cualquier precio, y en las reuniones públicas repito, señalando a veces a mi adversario con un dedo indignado: “¡Clericalismo, ese es el enemigo!” Aquí el enemigo había cambiado de traje, pero mi corazón francés no dudó en reconocerlo. De todos nosotros, de mí como de los otros, se reían aquellos ingenuos salvajes, tan metafísicos como pájaros. Se burlaron, los miserables, de las convicciones y emociones de mi madre. ¡Ay! ¡Cuán profundamente sentí la verdad de este noble dicho: “El anticlericalismo no es un artículo de exportación”! En el extranjero, un francés se une a todos los franceses. A todos se nos acusa de la insensatez de unos pocos, y así como el verdadero devoto se ve obligado por los ataques a defender tartufos, el patriota debe, entre lejanas hostilidades, alabar, sin elección y sin exclusión, todo lo que viene de Francia. Ante el enemigo armado con fusiles y cañones, ya no hay radicales, oportunistas y nacionalistas, ya no hay ricos y pobres, solo hay soldados franceses. Frente al enemigo armado de risas e incomprensiones, olvido si soy librepensador o cristiano. Sólo recuerdo que, la filosofía o la religión, cualquier doctrina que florezca y dé frutos en la tierra de Francia es necesariamente superior a los pensamientos extranjeros. En tales momentos, un patriota sabe desatender sus gustos personales y sacrificar preferencias indiferentes. El melón positivista suele

satisfacerme mejor que la pera católica; pero contra los escupitajos de los extranjeros, sé proteger estos dos frutos de Francia.

Reírme con estos seres desnudos y sin delicadeza de las mismas cosas de las que me río en casa hubiera sido una verdadera traición. Sentí todo mi deber hacia la nación doblemente gloriosa que es la hija mayor de la Iglesia y que es la madre de Augusto Comte. ¡Ay! cómo la distancia restaura la verdadera perspectiva; ¡Cómo se percibe, tan pronto como se está en el extranjero, que el señor Combes y el cardenal Richard, muy superiores a todos los salvajes posibles, son dos cumbres iguales, dos luces iguales, dos faros tan nobles como poderosos! Mi amor sintético por los elementos que de cerca parecen hostiles y contradictorios, pero que de lejos constituyen la armonía y la patria, no tardó en expresarse.

– “Makima”, le dije, “¿crees que es educado lo que estás haciendo?”

– Es instructivo.

– La cortesía no es un detalle insignificante en una educación bien regulada, y debes enseñar a estos niños el respeto por tu anfitrión.

– Creo que lo que usted llama cortesía es una serie de pequeñas mentiras, un cierto número de muecas benévolas hechas sin benevolencia.

– Es mejor una mentira que acaricia que una verdad que araña.

– No te estamos arañando, Jacques. Todo el mundo aquí te quiere. Naturalmente. Toma, ríete. Nuestro lenguaje es ridículamente pobre: imagina, decir “hombre”, decir “amigo” y decir “hermano”, tiene una sola y la misma palabra. De modo que no puedo expresar en atlante que eres un hombre, sin dirigir hacia ti un acto de amor y sin que mi palabra se convierta, como nuestro ordinario saludo, en un discreto beso.

– Todo eso es muy bonito; pero eso no impide que te rías de mí y hagas reír a mi costa.

– “Solo a expensas de tu dios.

– A expensas de lo que debo amar y venerar sobre todo...
Estás agravando tu falta.

– “Vamos, Jacques, si dijeras: 'Dos y dos son cinco', ¿debería, por amistad contigo, inclinar la cabeza y pretender creerte?”

– No sé.

– ¡Cómo! no sabes... ¡Pero yo sólo tendría esta indulgencia despectiva para un loco! ¡Pero te haría los peores insultos!

– Supongamos, ¿y entonces?...

– Tengo derecho a reírme de la locura parcial de quien no es loco. Si al caminar me caigo sin lastimarme, te reirás. Pero, si cae un lisiado, espero que no te rías.

– “Oh, el más ingenioso de los salvajes, ¿qué prueba toda esta palabrería?”

– Eso prueba que tengo que reír –y ¿cómo podría contenerme de todos modos, cuando tu catecismo afirma que hay tres personas, cada una de las cuales es un dios y que, sin embargo, hacen un solo dios?

– No, no debes reírte; debes sonar respetuosamente, ya que se te advierte que es un misterio.

– “¡Me das una mirada hermosa, con tu misterio!... Voy a poner un dátil en uno de tus bolsillos y exigir que sean tres”. Si encuentro solo uno, te golpearé. Y responderé a tu asombro y a tus quejas: “Hijo mío, es un misterio”.

– “Estás diciendo tonterías, Makima.

– “Estoy feliz de decir tonterías, hijo mío. Estoy feliz de que en su país nunca nadie haya sido golpeado o asesinado por cuestiones de religión. Me alegro de que las palabras

'persecución', 'guerra religiosa', 'inquisición', 'quemada', 'verdugo', 'mártir' sean tan insignificantes como vuestros mismos misterios.

Me encogí de hombros y sonreí con superioridad.

– “¡Recuerdas cosas tan antiguas, mi pobre Makima!”
Los hombres distinguidos de hoy ya no hablan de estas cosas viejas entre ellos. Al detenerte ahí, te pones al nivel de los más groseros e ignorantes.

– Por lo que te han enseñado, sospecho que el más ignorante de tus compatriotas bien podría ser el menos loco. Me parece que tienes derecho a despreciarlos tanto como la mujer china con los pies torturados y deformados tiene derecho a despreciar a la mujer cuyos miembros han permanecido normales.

– “¿Sabes, Makima, que si vivieras en Europa, estarías encerrado en un manicomio?...”

– “¿Estás completamente seguro de que toda tu Europa, y Asia con ella, y África, América y Oceanía por encima del mercado, no constituyen un vasto manicomio?...”

– ¡Y dices que amas a todos los hombres!... Abre los ojos, Makima, y reconoce que desprecias todo lo que no es atlante.

– Porque amo a todos los hombres, odio en cada uno todo lo que deforma y disminuye su humanidad. Odio las ideas falsas e intolerantes, madres de malos sentimientos.

Hubo un largo silencio. Entonces la pequeña Telo me preguntó:

– “En serio Jacques, ¿crees que una virgen, tuvo un hijo?”

Asentí con tristeza:

– “¡Extraña pregunta de boca de una niña de doce años!...

Pero Makima:

– “Tus hijos aprenden catecismo mucho más tarde, ¿no hay duda?”

– Nuestros niños aprenden el catecismo desde muy pequeños. Pero no entienden nada de lo que repiten.

– ¡Admirable método de enseñanza!... Algunos atlantes se divierten criando papagayos.

– ¿Deberían ser enviados a profesar en vuestros seminarios mayores y vuestras escuelas normales?

– “¡Eres intolerante!...

– “Entonces, ¿a qué llamas tolerancia?... No hacemos daño a los que proclaman las ideas más absurdas”. Pero, amables, sin violencia, los invitamos a reflexionar. ¿Son intolerantes nuestros médicos porque su amor por lo febril llega a querer ahuyentar la fiebre? Pero se limitan a dar consejos y no administran quinina por la fuerza. ¡Tanto peor para el que, confundiendo su enfermedad y su cuerpo, su error y su mente, se enoja cuando le dicen el remedio!

Tomé una decisión decisiva: – ¿valiente?, no sé.

– Básicamente, no me importa si te burlas de esta antigua religión, yo no creo en ella. Pero respeto a los que creen en ella.

– “Respetamos a todos. No quemamos a nadie y no encarcelamos a nadie.

– “Respeto las creencias...

– No respetamos las tonterías y nos reímos de lo ridículo.

– ¡Oye! Déjame tranquilo. Eres la injusticia misma. Las religiones también son absurdas y, si conociera la tuya, me reiría con tanta razón como tú te ríes.

– “No tenemos religión.

– ¡Ninguna religión! ¡Pero es abominable! ¿Qué, pues, os ordena que os améis unos a otros?

- “¿Necesitas que alguien te ordene amarte a ti mismo?”
- se preguntó la pequeña Telo.

Y, con una risa a la vez tan burlona y tan tierna, preguntó:

- “¿También necesitas que tu religión te ordene comer cuando tienes hambre?”

XIII

Esa mañana me desperté muy pronto, ansioso por conocer la belleza atlante. Había soñado mucho con la entrevista piloto. Con estas mujeres desnudas que desde los doce años parecían saber cómo se hace un niño, la ceremonia nupcial debía ser sencilla. Todavía era necesario saber, para evitar grandes errores.

Dudaba en preguntarle a Makima sobre este delicado tema. Dudaba tanto más cuanto que, durante varios días, había estado de mal humor y evitando a mi anfitrión. Ciertamente, me creo tan buen compañero como cualquiera y capaz de entender un chiste. Pero más de una vez el viejo pedante había exagerado. Además, no me importa si alguien bromea conmigo: sé que tengo mis defectos como todos. Pero a un patriota le resulta difícil burlarse de Francia.

Después de todo, no fueron los atlantes quienes ganaron la batalla de Austerlitz, o construyeron la Torre Eiffel ¿o sí?.

Sin embargo, esta mañana mi corazón estaba tan tierno, tan universalmente benévolo... Mi bañera quedó atrapada en el arroyo y mi cuerpo se limpió en el árbol del baño, mientras me vestía llamé a Makima. Cuando apareció en el aire, lo saludé, por primera vez, a la manera atlante, con un beso enviado desde la punta de mis dedos.

– “¿Cómo estás?” preguntó, devolviéndome el beso.

– Bien, muy bien, mejor que nunca. ¿Y tú? ¡Pero qué pregunta más inútil! Todavía tienes una de esas caras saludables...

– “Todos los atlantes son saludables como yo. La mitad de las enfermedades Cruelas provienen de las maldades y preocupaciones. La otra mitad proviene de estar loco por comer carne.

– “Estoy de un humor curioso hoy, Makima, y me gustaría preguntarte...

– “Habla, hijo mío. Conoces el viejo pedante que soy y halagas generosamente mi manía.

– “Makima, ¿eres viudo o soltero?”

– Hay palabras, Jacques, que pierden su significado cuando las dices aquí.

– “¿La respuesta significa que estás casado?”

– En un país donde la palabra “soltero” no tiene ningún significado, la palabra “casado” difícilmente puede tener más.

– He recorrido un largo camino, viejo astuto. ¿No hay atlantes que viven con una mujer y otros que, como tú, viven solos?

– “¡Pero voy a la reunión estrellada todas las noches!”

– “El reencuentro estrellado... ¿Qué es eso de nuevo?”

– “Te llevaré allí, y lo verás por ti mismo”.

Comprendí que estaba consiguiendo lo que quería. Y dije, a modo de adulación y agradecimiento:

– “¿Sabéis que aquí sois verdaderos poetas?... y tenéis encantadores nombres para designar las cosas”. “El encuentro estrellado”, ¡maldita sea!...

– ¿Es justo que se designe poéticamente lo que toca al amor...? o: «Subir contigo hacia las estrellas es mi único deseo. O mejor aún: “Una hora contigo hacia las estrellas sería para mí más preciosa que mil noches en el onirógeno”.

– “¿Qué dices?...”

– Onirógeno. Aún no sabes qué es. Mas, me temo que pronto lo sabrás.

Y los ojos del anciano brillaron con picardía.

– “Oneirógeno”? Susurré. Todavía viene del griego, ese nombre raro. ¡Y sé tan poco griego! Si Carlos estuviera aquí...

Soñaba. Porque me repugnaba cuestionar a Makima sobre ese “oneirogen” con el que me amenazó entre risas. ¿Era terrible o ridículo? Sin embargo, la fórmula que prefería la ascensión a las estrellas a mil noches en el “oneirogen” parecía presentarlo como un bien relativo.

La oscura malicia del anciano me irritó un poco. No quise dejar que lo viera y le dije, bromeando a mi vez:

– “No repetiré ninguna de las declaraciones que me dictas”. Conozco uno mejor.

– “¿Cuál?”

– Diré: 'Subir contigo a las estrellas deleitaría mi corazón más de lo que el manjar blanco deleita mi boca'“.

– Y la mujer te responderá: 'Tus palabras dicen que eres huésped de Makima'. Ve a pedirle a ese viejo loco que te lleve al onirógeno”.

– “¿Tú crees...

– Me río un poco, como tú. El elegido seguramente te concederá, esta noche, si no la ascensión a las estrellas, al menos una entrevista en lo alto de los árboles.

– Usas fórmulas extrañas...

– Para besar, se sube muy alto. Para hablar sólo de amor, nos detenemos...

– “¿Y crees que solo voy a hablar?”

Pero el anciano, en lugar de responder:

– ¡Perezoso! aún no has practicado la maniobra del cinturón de seguridad. ¿No tienes miedo de ser torpe esta noche?

– “¿De verdad, será necesario que esté en el aire?...”

– Ciertamente. Abajo, ¿mantendría el amor toda su poesía?

– Sacrificaría sin remordimientos un poco de poesía por un poco de seguridad.

- “Mira las hormigas, hijo mío. Pasan la mayor parte de su vida bajo tierra. Pero tienen alas para estas ocasiones.
- “Me das celos de las hormigas. Preferiría tener alas que tu dispositivo.
- “Perderías en el intercambio”.

Makima fue a buscar un cinturón.

- “Deberías quitarte la ropa”, dijo. “La cosa es que, en el aire, la ropa puede no ser muy cómoda.

Pero la idea de que solo me concederían una entrevista en las copas de los árboles me fastidiaba muchísimo. Para quedarme así en la porción mínima, sería humillante consentir en un baño especial e incivilizado. Tomé una decisión:

- Me quedo vestido. Si sé hacerme querer, haré que la gente se aleje conmigo en la maleza. Una maleza a la luz de la luna también es poética.

- “¡Como quieras!” –dijo Makima, encogiéndose de hombros.

Me mostró las maniobras básicas y me ató un cinturón alrededor de la cintura. No se parecía mucho al suyo. Se complicaba por un tubo largo y flexible unido a un costado y cuyo extremo Makima sostenía en su mano. Obviamente

era un dispositivo de seguridad, algo que iba a ser utilizado para las primeras pruebas como con niños muy pequeños.

– “Una hora de ejercicio”, prometió el anciano, “y no necesitarás más orillos”. ¿Es eso lo que dicen en casa?...

Una hora más tarde, de hecho, estaba parado en el vuelo más libre y más rápido que un pájaro. ¡Con qué alegría singular me embriagaba mi ligero deslizamiento, mis paradas flotantes, mis súbitos saltos en el azul, mis caídas lentas y armoniosas! Por un momento, en la locura creada por la velocidad, me eché a reír:

– ¡Ay! ¡los miserables deportes de Europa! ¡Ay! los pobres que van en automóvil y que ni siquiera logran dirigir sus globos direccionales.

– “No desprecies a nadie”, me dijo Makima con dureza repentina. Tú no inventaste el cinturón.

XIV

Íbamos ebrios de velocidad y libertad. A veces jugábamos un juego familiar para todos los atlantes y todas las aves de la isla. Lanzamos un grito singular: “¡Mara!” lo que significa, parece: “¡Huir!” Inmediatamente, frente a nosotros, a nuestro alrededor, arriba, abajo, los pájaros volaban. ¡Pero el cinturón, rigurosamente apretado, nos daba tal superioridad!... Un impulso de unos segundos, y tomamos a un fugitivo en nuestras manos. Depositamos un beso en las finas plumas de su cabeza y lo dejamos ir. Mientras se iba con un salto salvaje o lento, dándose la vuelta como un niño al que le gustaría que lo persiguieran de nuevo, Makima gritó: “¡Ricmac, nasca!, que debería traducirse: “¡Hola, primo!” Porque así como en la pobre lengua de los atlantes *nelti* significa todos juntos, hombre, hermano y amigo, *nasca* es la única palabra que tienen estos pueblos para decir “animal” y para decir “primo”.

A veces nos deslizamos, rápido, en un silencio alegre; a veces, hablábamos lentos y flotantes. El viejo me hizo admirar los paisajes, o bien me instruyó en las costumbres y la geografía del país.

“¿Qué es eso, Makima, esa casa singular, tan larga y tan baja, que tan pequeña atlante y piramidal me parece?”

– Es la hermandad del papel.

– ¿Cómo se dice?

– “Usted lo llamaría, creo, la fábrica de papel”.

– ¡Ay! ¿Aquí una fábrica se convierte en una fraternidad?...

– Esta palabra “fraternidad” –quizás sería mejor traducirla “amistad” o “humanidad”– tiene muchos significados, pero no muy alejados entre sí. Nombramos así a todas las personas que gustan del mismo oficio, y decimos, por ejemplo: “Makima, de la fraternidad de los horticultores”. Sin embargo, la palabra designa más bien a un grupo de amigos que trabajan juntos. Porque ciertas tareas requieren ser puntuadas por un coro de voces, mejor que por un canto solitario. La fabricación de papel es una de esas músicas que desea ser tocada por muchas manos. Finalmente le damos este mismo nombre de *neltial* al lugar de donde provienen las canciones y los productos. Así, entre vosotros, si no me equivoco, la palabra iglesia designa tanto

el cuerpo de los creyentes como el lugar donde se reúnen para creer.

– Entonces, –dije, y mi ironía aún estaba velada, –¿hay hermanos de papel?...

– “Aquel con quien subo a las estrellas es parte de esta fraternidad. Si tuviera tanta pasión por la jardinería como yo, viviría en la querida pirámide.

– “¿Y te cambian el papel por tu fruta?”

– ¡Cómo se empeñan estos Crueles en no comprender las cosas simples!... Ya te lo he dicho, hace mucho que pasamos de la barbarie del cambio a la Justicia. Cuando un hermano fabricante de papel, cinturón o físico quiere fruta, toma algunas de los árboles sin preocuparse de qué hermano jardinero los ayudó a crecer y madurar. Así como dejo la fruta a disposición de todos, meten el papel en el cobertizo grande que veis a la derecha. Cuando quiero papel, me tomo la molestia de tomarlo.

– “¿Y siempre encuentras algo?”

– “¡Ciertamente!” Como siempre encuentran fruta. Los hermanos papeleros trazan, a diferentes alturas, reforzado, a lo largo de las paredes del cobertizo, dos líneas paralelas. Cuando el papel cubre la línea superior, suspenden la

fabricación. Cuando desciende a la línea inferior, se vuelve a escuchar el canto de voces y máquinas.

– “Pero, ¿qué razón tienen para trabajar?”

– Para entender un poco tu pregunta, necesito transportarme en el pensamiento a países crueles, para algunos parásitos que son enemigos de todos, puede suceder que los instintos de virtud, independencia, justicia, todo lo que en ellos hay de noble, tomen la forma de abstención y pereza. Aquí no tenemos ninguna razón para desobedecer a la naturaleza. ¿No tienes necesidades alternativas de actividad y descanso? ¿No tenéis deportes fatigosos que difieren del trabajo sólo en su improductividad? Pero, si dedicáramos a la producción de bienes materiales toda la actividad que nos es necesaria, la isla quedaría desagradablemente saturada y no sabríamos derrochar tanta riqueza inútil. Afortunadamente, hay juegos, hay arte, hay ciencia, hay idiomas, hay pantoscopio, y vuelo, y navegación, y el amor, la enseñanza y otros mil placeres activos.

– Muchas veces me he preguntado, sin poder darme una respuesta razonable, por qué estáis aprendiendo nuestros idiomas. Los naufragos deben ser raros aquí...

– “Hacía ciento cuarenta y tres años que no había uno”.

– “Bueno, ¿entonces?...”

- ¿Y tus libros, tus poemas, tus novelas, tus filosofías?...
- “¿Estás privado de todas estas bagatelas?”
- Producimos muchos de ellos, por el contrario, y de una belleza superior.
- “¿Por qué no despreciáis a los nuestros?”
- Son interesantes, ya que son diferentes. ¿Qué podría ser más conmovedor, además, que los actos y costumbres de las naciones? Estas cosas sólo pueden ser penetradas por el conocimiento de las lenguas. Para los que saben mirar, cada idioma contiene la historia de las personas que lo hablan. Y luego sus idiomas son esenciales para nosotros...
- Ah...
- Algunas fórmulas arcaicas que parecen traducidas componen el lenguaje de cortesía. Como este “Ricmac, nasca” que dirijo a los animales que encuentro o este “Ricmac, nelti” que a veces sustituye al beso enviado con la yema de los dedos. Estas formas, las únicas que habéis conservado, son, en realidad, ajenas al genio de nuestra lengua. El atlante es sintético. El atlante es incluso un lenguaje aglutinante.
- “¡Como los modismos de los salvajes de América!”

– Esos salvajes son, en efecto, de la raza roja y su lenguaje se parece al nuestro como la eglantina se parece a la rosa, o como la pobre eclosión de un lirio campestre se parece al glorioso lirio realizado.

– “Si tu lenguaje es de una belleza tan admirable, ¿de qué te pueden servir los otros?”

– “Te iba a decir... El corazón tiene dos movimientos, que creo que llamas sístole y diástole. Aspiras el aire y lo expulsas. La tierra tiene las alternativas del día y la noche. ¿Crees que tu corazón puede estar satisfecho con un solo movimiento suyo? ¿Crees que la aspiración de aire sería suficiente para tu vida, o su expiración? ¿No se volvería la tierra árida bajo una luz eterna y no se entristecería, se esterilizaría, en una noche interminable?...

– “¿De dónde viene?”

– Del mismo modo, la inteligencia reclama alternativamente el movimiento de análisis y el movimiento de síntesis. Y todos conocemos, además del atlante, una maravilla de síntesis, al menos un lenguaje analítico. Cada vez que un pensamiento nos parece valioso, lo expresamos en ambas formas. Él emerge de la prueba enriquecido y fortalecido. El pensamiento que exige imperiosamente una de las dos formas y rechaza obstinadamente la otra, sólo tiene un interés local o histórico y permanece alejado en las profundidades. Pero aquello que, siempre bello y

equilibrado, pasa gozosamente del análisis a la síntesis, de la síntesis al análisis, ese es un pensamiento verdaderamente humano.

Estaba tratando de seguir esta inquietante disertación. El anciano se entusiasmó:

– ¡Ay! el pensamiento que satisface nuestro doble deseo, que permanece armonioso en todo su ensanchamiento hacia la circunferencia, en todo su retorno hacia el centro, es demasiado poco para llamarlo pensamiento humano. Él es el pensamiento natural. Él canta no solo las profundidades del hombre, sino las profundidades de la naturaleza. Es el único que nuestros científicos verifican objetivamente, el único que nuestros inventores...

Interrumpí el aburrido himno sibilino:

– Te entiendo casi, pero explícame cómo un escritor atlante se dedica a publicar un libro.

– “¿Ves temblar, sobre esa pirámide lejana, estas grandes letras de fuego?”

– Sí.

– Anuncian que el poeta Marquina acaba de terminar una colección lírica. Marquina es uno de mis poetas favoritos.

Volvamos a la más amigable de las pirámides¹. Entremos en el pantoscopio. En diez minutos tendré una fotografía de los nuevos poemas, pues he obtenido, estos últimos días, la reproducción de tres periódicos, del *Manual de Moral Cívica* y del *Catecismo*.

Apenas hablamos durante el regreso rápido. Sin embargo, cuando volvíamos a la “hermandad de papel”, tuve un repentino estallido de risa y dije:

– “Hermano fabricante de papel”, “hermana fabricante de papel”, es realmente demasiado divertido.

– Leí en alguna parte, –dijo Makima–, que hay “hermanos masones” entre ustedes.

Me sonrojé un poco, pero pronto objeté triunfalmente:

– “Sin duda, pero ellos no son los que construyen las casas.

Makima negó con la cabeza con aprobación, y con una voz agradablemente ingenua:

– Tienes razón, Jacques; eso es lo que evita que su título sea ridículo.

1 Makima traduce literalmente la expresión con la que el atlante suele designar la casa en la que vive.

XV

Como dos palomas entran en el palomar a la ligera, entramos en el pantoscopio. El viejo me recomendó:

- No bajes. No pongas los pies en el “suelo de vidrio”.
- “¿Vas a imprimir un libro en el aire, levantado por el cinturón?”
- “Podría. Pero habrás notado, quizás, que nuestras pausas más tranquilas no son del todo inmovilidad. Y el lenguaje atlante los llama aleteos.
- Esa es la palabra en la que he pensado muchas veces.

Miré con curiosidad hacia dónde estábamos. Era un poliedro irregular. Sobre los muchos costados, todos cubiertos de hielo, se deslizaba una luz misteriosa, uniforme

y suave. Los seres y las cosas, multiplicados y deformados, adquirirían en este lugar aspectos fantásticos. Sobre el suelo de cristal descansaba una cámara bastante parecida a nuestras cámaras. Makima sostenía un objeto indefinido, plano y redondo, algo parecido, excepto que el color era verdoso, a una moneda de cinco francos. Apretó ligeramente y el objeto se convirtió, a derecha e izquierda, en un chorro que caía, una especie de cuerda de unos tres metros de largo. Él, todavía sujetando este asunto de formas cambiantes por la mitad, tiró con ambas manos, como para ensancharlo. Se ensanchó, de hecho, y al mismo tiempo se levantaron los dos costados colgantes. Cuando la tela tenía alrededor de un metro de ancho, se puso horizontal y parecía rígida. Makima dejó de sostenerla y, por arte de magia, el objeto quedó suspendido en el aire.

– “Vamos a sentarnos”, dijo el anciano, “en el banco aéreo”.

Obedecí, no sin desconfianza. Bajo nuestro peso, el banco sin patas permaneció inmóvil, imperturbable, firme como el mismo suelo.

– “Dije banco aéreo”, comentó mi anfitrión. Quizá lo hubiera traducido mejor por “cama de aire” o “cama del azur”.

– “¿Este mueble”, le pregunté con una risa preocupada, “lo usarías cuando hayas escalado bastante alto hacia las estrellas?”

– “Sin duda, y llevarás, esta noche, una cama del azur en el bolsillo que está a la izquierda de tu cinturón.

Delante de cada una de las cuatro ventanas, Makima dibujó una pantalla que parecía estar formada, como todas las paredes, por láminas de vidrio. La luz que, hasta entonces, fluía monótonamente a nuestro alrededor, se irritó, entró en pánico. Se condensó en lugares inesperados, brotó en destellos brillantes o se encendió en rosetas que se arremolinaban. Nuestras imágenes ardían, no en los espejos, sino sobre los espejos, y cada uno de nuestros gestos agitaba chispas o fuegos en cincuenta superficies. Makima, indiferente a estas fantasmagorías, giraba la cámara, calculando, con la ayuda de la brújula que la coronaba, las direcciones favorables. Abrió una especie de cajón en el medio y deslizó en él un cuaderno grueso. El cajón se cerró, presionó un botón. Se escuchó un clic.

Pero no vi estas cosas como precisiones naturales y únicas. Veía, múltiples y parpadeantes, a veces fríos y casi imperceptibles, a veces ostentosos, amenazantes y deslumbrantes, sólo movimientos de luz.

– Dentro de cinco minutos –declaró no sé cuál de los cincuenta viejos ardientes que me rodeaban– tendré el libro de Marquina.

– “Atlantis ofrece algunas comodidades únicas”, comenté.

Y me asusté por lo que escuché de pavor en mi acento.

– “¿Hay algún objeto distante que desees ver?” –preguntó Makima.

Sobre todo, quería escapar del espectáculo cercano. Declaré con voz de amor:

– “¡Estaría tan feliz de ver a mis padres!”

– ¿Tus padres viven?...

– París, rue des Deux-Ponts, 34.

Makima lanzó un velo negro sobre mi rostro. Lo sentí salir del banquillo/aire. Escuché el crepitar de las chispas, luego el rugido del fuego, ruidos que me paralizaron de terror.

De repente, estaba lejos de la Atlántida. Yo estaba, también en un silencio aterrador, en París, en nuestra calle pobre, frente a nuestra casa. Las lámparas de gas encendidas iluminaron la escena, con la precisión de la realidad, y unos cuantos transeúntes le dieron vida. Mi

preocupación, sin embargo, enloquecía por el silencio que rodeaba, como con una negación infinita, los gestos más necesariamente ruidosos.

– “¡Extraño sueño!” – Susurré.

Sin ruido, un ómnibus corría penosamente por la carretera. Mi padre salió. Llamé:

– “¡Padre!” ¡padre!

– “Él no puede oírte,” dijo la voz de Makima, extrañamente distante.

– “Creo que me estoy volviendo loco.

Con un gesto mecánico, quise pasarme la mano por la frente. Moví un poco la tela: la visión desapareció; Estaba en una espesa oscuridad.

– “¡No toques el velo de Isis!” –recomendó la voz de Makima.

Cercana y brusca como un comienzo, esta palabra fue acompañada por una risa molesta.

Sentí una mano empujar el velo de regreso a su lugar y la visión reapareció. La voz, ahora apagada desde lejos, susurró:

– “¿Qué piso? ¿Que ventana?”

Tartamudeé la información y me encontré, entre la luz amiga de las lámparas, en nuestra sala, en la sala donde escribo a esta hora.

Mi padre y mi madre, sentados en dos sillones, parecían personas escuchando. Mi hermana, en el taburete giratorio, tocaba el piano. Vi el movimiento de los dedos; Vi las teclas bajar y subir. Podía leer la partitura. Pero mi alma se estiraba enteramente hacia el deseo, hacia la necesidad de oír. Y los gestos sonoros quedaron siempre mudos para mí como moviendo labios vanidosos.

– “¡Quiero escuchar!” –grité.

– ¡Eres demasiado exigente o al menos demasiado apresurado! –gimió una voz que parecía subterránea. El físico Urimarca lleva ya diez años estudiando la cuestión y no se atreve a prometer nada hasta dentro de siete u ocho años.

Mi hermana dejó de tocar. Giró el taburete y, frente a los labios en movimiento de mi padre, movió los suyos. La boca de mi madre también se abrió para no sé qué palabras mudas. La angustia, estrangulándome con sus garras, surgió de la precisión de las cosas vistas, surgió del misterio de este silencio hablado.

Entonces, he aquí, mi alma era una sonrisa cargada de emoción:

– Makima, Maikma, tienen, estoy seguro, una vaga impresión de mi extraña presencia. Makima, estoy seguro, están hablando de mí.

Un temblor sacudió todo mi cuerpo, un gran temblor de esperanza y de amor. Pero la voz lejana respondió, fría como la muerte:

– “Es posible, pero no lo sé.

– “¿Qué hora es?” –pregunté.

– “Donde estoy”, respondió la extraña voz, “es la una de la tarde”. Donde estás, son las once.

Tuve un fuerte grito:

– Padre, madre, hermana, estoy vivo, estoy físicamente con ustedes.

La sensación de mi presencia inexpresable, acababa de comprender, me hacía creer que estaba muerta. Estos tres seres que me amaban acababan de bajar las luces y estaban sentados, rostros tristes, velados en claroscuros y pensamientos fúnebres, alrededor de un velador de luz. Impusieron sus manos temblorosas y agrandadas sobre el mueble. Vi el mueble subir y bajar, sombra precisa en la sombra vaga. Conté los golpes. Ellos dijeron:

– Sí.

... Ellos dijeron:

– James.

... Ellos dijeron:

– Estamos contigo.

... Ellos dijeron:

– Estas ahogado.

Mi mirada se posó en la mano de mi madre y vi una lágrima caer allí.

Grité:

– ¡La espantosa pesadilla!... Quiero despertar.

Pero me llegó este consejo, apenas escuchado:

– Levantar el velo.

Al instante, estaba nuevamente sentado en el banco aéreo, en la sala mágica, rodeado de espejos sobre los que se deslizaban restos de llamas. Todas las llamas formaban un coro grotesco y aterrador, compuesto por el estremecimiento de los enanos y el estremecimiento de los gigantes. Con locas deformaciones, aquí largas y serias, allá abreviadas y ridículamente agudas, su baile era como una

mano que abre un cajón y saca un cuaderno cubierto de signos misteriosos.

Completamente inmóvil en el último minuto, pregunté:

- “¿Es un sueño que tuve, no?”
- Es una realidad que has visto.

Mis brazos se levantaron lentamente como dos desesperaciones, y en todos los espejos se alzaron extrañas llamas fúnebres.

- “Mis padres”, grité, “creen que me ahogué”.
- ¡Ay! No puedo desengañarlos. El físico Ircilo estudia formas de enviar visiones a Cruel. Pero la última vez que lo ví, solo expresó esperanzas lejanas.

Mi cara era una gran quemadura refrescada por las lágrimas. Apareció sobre el hielo una llama roja surcada por cascadas de chispas blancas.

- Makima, –dije, –estoy demasiado triste. No iré a la reunión estrellada esta noche.
- “Eres bueno, hijo mío.

Y paternalmente, el viejo me apretó contra él.

XVI

A pie, paseé un rato por los diversos huertos que rodean “la más amable de las pirámides”. Lentamente, la calma fresca de los árboles me calmó y terminé sonriendo ante mi tristeza anterior, una tristeza sin causa, sin duda. Lejos del espectáculo loco, rechacé a estas fantasmagorías toda realidad. Lamenté la decisión absurda de privarme, esta noche, del encuentro estrellado. Pero el abrazo y el elogio del anciano me impidieron retractarme de la imprudente palabra.

Llamé con todas mis fuerzas:

– “¡Makima!”

Un sonido de hojas arrugadas me anunció la presencia aérea de mi amigo.

– Makima, me gustaría visitar un pueblo.

– Ven y ponte tu cinturón de viaje.

Mientras volábamos hacia la ciudad, mi curiosidad, que había sido despertada por muchos, no dejó descansar al anciano:

– En el naufragio perdí los retratos de mis padres. ¿Podrías fotografiar su rostro tan fácilmente como un libro?

– Más rápido, si solo quieres una fotografía superficial. Para la colección de Marquina tuve que reproducir cerca de cuatrocientas superficies superpuestas y opuestas. La acción de tantos rayos X, si se presiona demasiado, no estaría exenta de algún peligro de confusión. Es prudente darle al menos cinco minutos. Un segundo es suficiente para conseguir la fotografía de una habitación y las personas que la ocupan.

“¿Incluso a esta distancia?...”

– La distancia sólo existe para el transporte de materiales pesados.

Después de un momento de silencio, el anciano prosiguió:

– A esta hora, sin duda, tus padres están dormidos. Preferirías volver a verlos en actitudes más animadas. Mañana satisfaceré tu afectuoso deseo.

Todas las cosas asombrosas que había encontrado en la isla me asaltaron a la vez; recuerdos vagos y agitados poderosamente como una multitud. En una especie de embriaguez, declaré:

– “Eres, Makima, el más glorioso y admirable de los pueblos. Me dirás, un día.

– Espero, las penurias que habéis pasado para llegar a la cumbre luminosa y pacífica. Dime ahora los principios físicos por los que triunfáis sobre tantas leyes que todavía parecen inalcanzables en otros países. ¿Es por una sola fuerza o por varias que lográis volar por los aires, más rápido y más flexibles que la golondrina, para ver lo que sucede a mil leguas de distancia, detrás de la opaca curvatura de la tierra, y captar en un segundo estas imágenes lejanas?

– Jacques, soy muy ignorante en física y energía.

– “Yo también, Makima. Te confieso que solo conozco de la electricidad, por ejemplo, su nombre y algunos de sus efectos más comunes. Sin embargo, siento no sé qué satisfacción cuando me entero de que tal o cual máquina es movida por la electricidad y no por otra fuerza. Así se regocijaba el hombre de antaño al pensar que es Júpiter quien lanza el relámpago, pero que es Venus quien agita, en primavera, nuestra savia.

Mi compañero dejó caer estas reflexiones con indiferencia. Y, señalando un edificio inmenso en las inmediaciones:

“Bajemos”, dijo, “a esta gran pirámide. Es el hogar de Nakchatra, historiador y físico. Recopiló y ordenó en orden cronológico muchos dispositivos antiguos y mecánicas obsoletas.

Desafortunadamente, Nakchatra estaba ausente. Tuve que contentarme con las explicaciones torpes y tal vez confusas de un ignorante, “de un jardinero”, dijo Makima con una modestia, ¡ay! demasiado justificada.

La planta baja ofrecía, desde la entrada, instrumentos prehistóricos, hachas de piedra, flechas armadas con una piedra afilada, armas y utensilios de bronce. Breves noticias traducidas por mi compañero enseñaban que estos objetos eran anteriores a la Feliz Separación. Los implementos de piedra eran trofeos ganados a los Crueles. Las herramientas y armas de bronce eran indígenas. Makima me señaló que estos últimos objetos estaban destinados a manos más pequeñas.

“Fuimos nosotros”, afirmó, “quienes dimos el bronce a las naciones, y fue como si diez siglos se agregaran repentinamente a su vida”.

Luego vinieron los objetos de hierro, oro, plata, oricalco. Parecían utensilios antiguos que se pueden ver en nuestros museos o incluso dispositivos que todavía se usan aquí.

– Estos extraños instrumentos, –declaró Makima, –pero creo que aún los usáis, se usaban para cocinar carne en los odiosos tiempos en que nuestros ancestros se comían a sus primos los animales.

Y el viejo declamador exhibía con ostentación la más vulgar de las ollas o el más banal de los volteadores.

Observé, en el primer piso, bicicletas y automóviles, a menudo no muy diferentes de los que nos atropellan en nuestras carreteras.

A partir del segundo, los objetos adquirieron formas inesperadas y burlonas que parecían burlarse de mi ignorancia. Los avisos indicaban, sin embargo, que en aquella época, hacia el año cuatro mil de la Feliz Separación, la gran fuerza motriz seguía siendo la electricidad. Hacia el año seis mil solamente, la electricidad fue destronada por la radiactividad. Era la época de los globos dirigibles; las cápsulas solían tener la forma de barcos; la mayoría eran pequeños y gráciles como barcas, pero algunos tenían las proporciones de nuestros grandes barcos.

La radiactividad había dado paso a una nueva energía, la fuerza solar. Cómo la capturamos, cómo la guardamos, cómo la usamos.

Makima estaba tratando de explicármelo con la ayuda de los avisos. Sus palabras eran como, en la oscuridad, torpes tanteos que no encuentran nada y cuyo crujido irrita. Me esforcé por no escuchar cuando ya estaba sufriendo de un intenso dolor de cabeza. Los aparatos que acababa de ver y los que allí estaban se mezclaron para bailar a mi alrededor no sé qué asqueroso círculo. Iban y, en su movimiento, ligeras modificaciones los transformaban en animales fantásticos y en hombres enloquecedores. Vi rotar, flotar ante mis ojos, formas muecas, obesidad derretida, delgadez quebradiza. En gestos incoherentes, miembros, redondos como ruedas, panzudos como réplicas, largos como pistones, rotos como mayales, me tocaron, me agarraron, a veces desparramaron mi ropa y mi cuerpo: como un círculo de niños se dividiría, juguetes y ramas, un árbol de navidad entero. Y, en mi cabeza enferma, estos seres de metal y niebla crujían, gritaban, frotaban, vibraban, siseaban. ¡Ay! ¡Cómo me hubiera gustado huir de las espantosas baratijas científicas! No me atreví. Tenía miedo de hacer que la gente pensara demasiado mal de mi capacidad de atención y mi inteligencia.

Rodeado por una farándula cada vez mayor, cada vez más violenta, seguí a Makima por los pasillos de la sindinamia. La

voz de mi guía se mezclaba, en un vago murmullo, con los ruidos que la locura de las cosas multiplicaba a mi alrededor, y el espectáculo presente complicaba con sus extravagancias imprevistas la extravagancia del espectáculo imaginario. Obedeciendo a una necesidad desagradable o a una moda feroz, los aparatos sindinámicos tomaban realmente formas de animales fantásticos y amenazadores. Me pareció que uno de ellos mordía la mano extendida del anciano, mientras, como en un sueño, oía una voz débil decir, entre chasquidos ensordecedores:

–Alrededor del año ocho mil de la Feliz Separación... A mis ojos más cansados, estos monstruos del apocalipsis tomaron una vida más intensa y más agresiva; dispersaron la ronda única, dieron órdenes a gritos a los monstruos anteriores o, agarrándolos con manos de locura y metal, con dedos de fuego y locura, los arrastraron a mi alrededor en mil círculos que subieron y bajaron, se separaron y se renovaron, estrecharon y se ensancharon, aplastándome a veces con un roce cada vez más apretado, a veces vaporizándome, en cierto modo, y llevándome en su vuelo inarmónico y yo no sé qué dolorosas bufandas de niebla fueron mis jirones esparcidos.

Fue con alivio que llegué al piso superior. Allí, en medio de mil objetos desconocidos, cinturones de vuelo, lechos de azur, reducciones de pantoscopios me tranquilizaban como, en tierra hostil, amigos inesperados. Mi pensamiento

náufrago se aferró tenazmente a ellos. Todo lo desconocido mezclado, poderoso y unificado, como las olas de un mar, como las convulsiones de una tormenta. Subía y bajaba en olas amenazadoras y pesadas, siempre semejantes a sí mismas; pero, en esta brutalidad indefinidamente repetida, fuisteis, queridos cinturones de vuelo, queridos lechos del azur, y vosotros, minúsculos pantoscopios, los dichosos tablones donde uno se aferra, donde uno descansa, donde uno toma aliento y esperanza.

Finalmente salimos. Entre los ruidos que se apagaban, que no eran más que un zumbido en los oídos, el anciano continuaba, implacable, explicando:

– La fuerza que usamos casi exclusivamente hoy en día se llamó por primera vez –hace dos mil años– “pandyname”, es decir, al parecer, la fuerza universal o la fuerza para aplicaciones universales. Durante diez siglos, ha hecho las otras energías físicas tan inútiles y obsoletas que ya no sentimos la necesidad de darle un nombre distintivo, y simplemente las llamamos “la fuerza”.

XVII

- “Aquí está el pueblo, bajemos”.
- Veo sólo un campo vacío de viviendas y cubierto de árboles.
- Vamos siempre hacia abajo.

Los árboles crecían en terreno irregular; aquí y allá se veía una piedra entre sus raíces.

“¿Es eso lo que llamas una ciudad?”

- Hijo mío, sé indulgente con los pobres salvajes. Te muestro lo mejor del género.

– “¿No hay, en toda la isla, una sola ciudad?... ¿un solo pueblo?... ¿una sola aldea?... ¿un solo villorrio?... ¿una sola aglomeración de casas?...”

En cada pregunta, el anciano sacudió la cabeza negativamente. Finalmente dijo:

– Estamos en la ciudad más importante y nueva. Fue abandonada hace apenas cuatro mil años.

– “Dices cosas raras.

– No. Vosotros también, cuando seáis civilizados, abandonaréis las ciudades.

– Te aseguro que me sorprendes.

– Cuando seáis civilizados, no impondréis trabajo a nadie ni por la violencia, ni por el hambre, ni por la mentira.

– “Haces mucho trabajo voluntariamente. ¿Por qué habéis descuidado las obras gloriosas que preservan la ciudad?”

– Las “obras gloriosas” que hacen habitable la ciudad nos parecen particularmente repugnantes y dañinas.

– Explícate.

– Cuando, después de las aventuras que luego les contaré, los atlantes fueron finalmente un pueblo libre,

liberado de todo gobierno, de toda disciplina impuesta, de toda jerarquía y de toda organización, primero continuaron viviendo en las ciudades. Así como hoy existen cofradías de papeleros, cinturones y físicos, hubo durante mucho tiempo cofradías de barrenderos voluntarios, vaciadores devotos y valerosos de alcantarillados. Pero un tal Abitanis, de la fraternidad de los basureros, un día empezó a predicar contra las haciendas. “Al consentir en envenenarnos más que a los demás”, dijo, aseguramos la duración del envenenamiento general, que sería tan fácil de suprimir. Huyamos de las ciudades y de su inevitable contagio y refugiémonos en el sano campo. Se objetaron mil tonterías. Llegaron a acusar a Abitanis de querer frenar el progreso de la ciencia, destruir el arte y suprimir la fraternidad humana. Todavía había, en ese momento, tontos para creer que, bajo el pisoteo de una manada, las plantas crecen más fuertes y florecen más gloriosas. Estos ciegos insultaron al precursor, llamándolo “Insociable” y “Egoísta”. Continuó valientemente su apostolado. Cuando murió, los *urbicidas* (traduzco la palabra atlante lo mejor que puedo) eran mayoría. Sin embargo, la lucha fue larga; más de un siglo, la cuestión del abandono de las ciudades fue la cuestión que conmovió a todos”. Los pueblos, sin embargo, se iban despoblando: pues, si algunos urbicidas seguían predicando a la gente del pueblo, la mayoría se contentaba con irse a vivir al campo. Pero resultó que los obstinados habitantes del pueblo eran los menos valientes de los atlantes. Se hizo cada vez más difícil reclutar fraternidades de limpieza. Los

miembros de estas asociaciones trabajaron demasiado y cayeron enfermos. Los médicos les ordenaron curas de aire; pero, junto con la salud, bebieron el amor del campo y no volvieron. Sin embargo, trescientos años después de la muerte de Abitanis, algunos hombres aún persistían en vivir en Hassipi, la ciudad venenosa cubierta por estos nobles árboles. ¡Qué difícil es abandonar el hábito más pernicioso! ¡Las ideas morales tardan tanto en adquirir verdadera fuerza plástica! Hoy proclamamos que la muerte de las ciudades fue quizás el principal beneficio de la Desorganización.

Mientras caminábamos de regreso a la más amigable de las pirámides, Makima comenzó a hablarme sobre los doce mil años de historia de su país. Resumo sus historias, que eran realmente un poco lentas e inconexas.

Sobre los tiempos que precedieron a la Feliz Separación, había poca e incierta información. El *Critias* de Platón, a pesar de sus defectos, sus imprecisiones de detalle y su absurdo colorido mitológico, dice casi todo lo que los atlantes saben de aquella lejana época. Después de un largo e indefinido período de vida pastoril y pacífica, se habían convertido en un pueblo navegante, industrial y guerrero. Trabajaban los metales con arte superior y los usaban sobre todo para fabricar armas. Las tareas agrícolas eran ligeras e indolentes en esta tierra tan naturalmente fértil que da una cosecha cada tres meses, en este clima tibio y parejo que hace de cada árbol el matrimonio eterno de una primavera

coronada de flores y un otoño coronado de frutos... Desgraciadamente, codiciosos como todos los “cruelles”, no supieron contentarse con su país y los bienes reales con que los llenaba. Corrieron a conquistar otras tierras, ventajas de opinión, gloria infame, así como riquezas inútiles y criminales. Estaban orgullosos de imponer tributo a los más pobres que ellos. Atacaron a los esclavos y cada vez más les echaron todo el trabajo encima. Se hicieron dueños de todas las islas del océano, del continente que más tarde se llamaría América, de toda África excepto Egipto, y de Europa hasta Tirrena. Pero, vencidos por una coalición a la cabeza de la cual los habitantes del país que el futuro iba a llamar Grecia, perdieron sus posesiones europeas.

Atlantis luego formó una confederación de diez reinos. Su desdén por los pueblos extranjeros y la inmensidad del botín a conquistar en un universo que se achicaba ante la audacia de sus vuelos, habrían bastado sin duda, durante varios siglos más, para unir estrechamente a estos bandoleros y evitar cualquier discordia civil entre ellos. Si la debacle polar no los hubiera separado brutalmente del resto del mundo, tal vez hubieran seguido siendo conquistadores, guerreros y mercaderes, lobos y zorros, incapaces, como todos los codiciosos, de percibir las más deslumbrantes verdades morales. Incluso su prosperidad material habría terminado por aplastar su inteligencia, se habrían convertido en aburridos buscadores de placer. Makima afirmó haber encontrado rastros de esta tendencia en los

fragmentos supervivientes de los poemas atlantes más antiguos. Pero el idioma había cambiado mucho en once mil años y admitió que estas piezas recibieron traducciones contradictorias.

Pero lo que afirmó sin vacilación es que los atlantes tienen razón al considerar la inmersión de la isla como una gran felicidad y comenzar su era en el momento de la Feliz Separación.

Los beneficios de la Separación no fueron inmediatos. La catástrofe fue seguida por un período tremendamente turbulento y sangriento. El cataclismo que, al hacer imposible toda navegación, había arrebatado de inmediato todas sus conquistas a los atlantes, había destruido también por completo tres de los diez reinos y sumergido la mayor parte de otros tres. Solo los cuatro del centro quedaron ilesos.

Por una singular fatalidad, en el momento del cataclismo, los reyes estaban reunidos para la ceremonia federal anual en el templo que Platón llama templo de Neptuno y Clito, pero que estaba dedicado igualmente al Falo de fuego y a la Matriz marina². Entonces quedaron diez reyes para unos seis reinos. Los tres soberanos que el mar había despojado

2 Es decir, sin duda, al sol y al mar, o, más abstractamente, al principio masculino y al principio femenino de las cosas que, bajo la forma de una pareja o de un dios andrógino, se encuentra en el comienzo de tantas teogonías.

por completo y los dos que más había empobrecido, exigían una nueva división. Los que no habían perdido nada se negaron altivamente. El Diaprepide, la provincia que habitó Makima después de tantos siglos, se había inundado alrededor de las dos quintas partes de su extensión. Permaneció ajena a los planes de reorganización, y su rey pudo perder interés en la disputa que condujo a largas y terribles guerras entre los otros nueve. Con varias alternativas, frecuentes cambios de alianzas, treguas bastante largas y paces muy cortas, estas guerras duraron casi tres siglos. Sin embargo, los pacíficos pueblos de Diaprepide desarrollaron su comercio y aumentaron su población. Terminaron equilibrándose en número y potencialmente a todas las demás provincias. Los países despoblados y debilitados temían y envidiaban a los diaprépides. Se unieron contra este pueblo demasiado feliz, que fue ocasión de nuevas luchas de más siglos, pero los diaprépides, habiendo matado a su rey sin sustituirlo, se gobernaron por una asamblea electiva. Esta forma política pareció al principio favorable a la multitud, y los diaprépides, entusiastas de la libertad y la igualdad, obtuvieron grandes victorias. Ayudados por el pueblo llano de otras dos regiones, depusieron a los reyes y fundaron lo que llamaron, no sin cierta pretensión, la República Universal. Los soberanos de las regiones refractarias estrecharon su alianza, mataron a sus hijos y entregaron mutuamente sus reinos al último sobreviviente. Durante dos

mil años la isla estuvo dividida en dos naciones, la Diaprepide Republicana y el Imperio Azagede.

A pesar de las primeras intenciones, azaedes y diaprépides padecían la misma dolencia. Aquí como allá, unos cuantos ricos eran dueños de todo. Hacían trabajar a los pobres para su propio beneficio y les dejaban solo una pequeña parte de los frutos del trabajo. Los desdichados que no necesitaban formaban lo que se llamaba, en el lenguaje de la época, “el exceso de población” o “la escoria de la población”. Muchos de estos seres reputados de inútiles y engorrosos murieron en la infancia. Los demás arrastraban entre privaciones una vida miserable y hosca. A veces intentaron rebelarse. Pero diaprépides y azaedes fueron valientes patriotas que mantuvieron formidables ejércitos. Estos ejércitos se utilizaron para aplastar disturbios. Si la miseria del pueblo se hacía demasiado retumbante o corría el riesgo de tomar conciencia de su causa, una guerra benéfica servía de desahogo a la furia de los desdichados, desviaba los golpes que iban a ir dirigidos hacia los ricos y disminuía un poco el exceso de población. Un escritor político de este período, el famoso Arvakova, comenzó un capítulo de su libro *Sobre el arte de reinar* con esta extraña fórmula: “La guerra es un pararrayos erigido en el Templo habitado por los ricos”.

Sin embargo, las revoluciones tuvieron éxito. Los resultados fueron precarios y más aparentes que reales. A veces veinte años de imperio interrumpieron la república de

Diaprepes o treinta años de república vegetaron entre los Azaedes. Los ricos, cualquiera que fuera la forma política, seguían siendo los amos. Los que se llamaban jefes de gobierno eran los capataces de los verdaderos jefes, sus primeros y sus más fieles servidores.

Finalmente apareció un salvador, cuyo nombre ya ni siquiera conocemos. Se hacía llamar Nelti, es decir, “hermano”³. Fue a los pueblos y ciudades de los dos pueblos, repitiendo estas palabras y otras parecidas: “¿Cómo puede la violencia destruir el principio de la violencia?” Sé gentil y sé indomable. No mates a nadie, no lastimes a nadie. Déjate lastimar, déjate matar, sin dar un paso atrás, sin un grito de dolor. Nunca ordenes y nunca obedezcas. No trabajes para alguien que no hace nada. Aprende que hay un solo trabajo y que se hace con las manos. Cuando tengas hambre, ve a llenarte del campo más cercano. Todos los campos son tuyos así como las aves del cielo. Toda la fruta es tuya y de los monos que suben a los árboles. ¿Eres menos que los monos del bosque y las aves del aire? No, sois más que pájaros y monos. Las bestias huyen cuando un cruel, que dice: “Este campo es mío, este árbol es mío”, quiere matarlos. No huyáis. Os opondréis a vuestros enemigos con coraje humano, el que no retrocede y no golpea. Un hombre afligido por la justicia, si no muestra

3 Fue después del éxito del gran Nelti que desaparecieron del lenguaje atlante las dos palabras que significaban "hombre" y "amigo". Todavía se encuentran a veces, al parecer, en ciertos poemas y en novelas históricas. Pero el autor siempre tiene la precaución de explicarlos en una nota.

ira ni miedo, ilumina a cien hombres. Pero el que fuere muerto por justicia, si no resistió ni trató de huir, habrá alumbrado a mil de sus hermanos”.

Pronto una gran multitud siguió al predicador con fuerza y amor. Primero los ricos lanzaron sus ejércitos contra este pueblo de locos pasivamente destructivos que igualmente se negaban a mandar y obedecer, a ser esclavos y tener esclavos, a explotar y ser explotados. Muchos fueron asesinados. Pero las profecías de Nelti se hacían realidad cada vez más. Desde la primera confrontación, los soldados arrojaron sus armas, se unieron a la multitud santa y, en lugar de matar, pidieron morir. No contentos con no huir, los fanáticos se precipitaron ante los golpes y gritaron: “Quiero morir para que mi hermano comprenda y que después de haberme matado me ame”. Golpea y deja que mi sangre sea la luz roja que ilumine tus ojos y encienda tu corazón. Sabiduría o locura, el pensamiento que se exalta en los sentimientos, en los gestos y en los gritos, se convierte en un poderoso contagio. Los soldados lloraban, los soldados huían. Después de dos o tres horribles carnicerías, los más brutales se detenían paralizados de asombro e impotencia. “No podemos matar a todos estos locos”, dijeron. No podemos matar a estas personas que no se defienden, que nos ofrecen sus pechos, que caen sonriendo y bendiciéndonos. ¿Por qué hacerlo, de todos modos? Son demasiados, y la muerte los multiplica aún más. Después de veinte años, no había más soldados, no había más esclavos,

no había más asalariados. Había, entre las multitudes errantes que comían los frutos de la tierra, algunos ricos obstinados y miserables que trabajaban solos, trataban de producir la inutilidad que se había hecho necesaria a sus pobres corazones serviles y que veían con desanimada rabia seres mansos invadir sus jardines y sus casas, para tomar, entre palabras amistosas y risas, todo lo que era útil y demasiado abundante. A menudo huían a un rincón solitario a llorar y a roerse el corazón con el ácido de los recuerdos y de los pesares.

Finalmente, ya no había ni un solo hombre rico. Casi todos se habían fundido en la gran Hermandad Humana.

Los más tenaces habían muerto de ira o de melancolía. Entonces los hombres, libres, volvieron al trabajo y al juego en la tierra purificada. El gran Nelti no vivió estos días. Llevaba mucho tiempo muerto. Si hubiera vivido, tal vez hubiera impedido la locura que era mejor soportada sin duda, pero tan absurda e inútil, que prolongó la miseria durante varios siglos todavía. Quizá habría conseguido que estos seres gentiles y valerosos, iguales y fraternales, comprendieran finalmente y se envenenasen por otros mil años en las fétidas ciudades. “Tomad el ejemplo de las aves del cielo”, les habría dicho. Tienen cuidado de no juntar sus nidos porque que hacen montones de estiércol. Pero cada uno tiende sobre una rama feliz la morada donde nacerán y crecerán sus pequeños”.

El amor libre es un gran conquistador. Incluso antes de la destrucción de las ciudades, los hermanos atlantes habían sentido el parentesco que une al hombre con las bestias inocentes. Habían dejado de matar la vida y de comer carne.

Estos seres abiertos a todos los amores y refractarios a todo servilismo habían realizado un progreso moral que podemos concebir. Envueltos en la dulzura y la luz de una felicidad igual, se iban enriqueciendo y embelleciendo sus mentes, enriqueciendo y embelleciendo su vasta morada. En un inmenso y paradisíaco jardín, vivían entre las grandes flores realizadas; las más grandes y nobles flores realizadas, cuyo perfume llevaba dos nombres: pensamiento y amor.

– Oh paisaje, –exclamó Makima, mientras su ademán arrebatador y entusiasta abarcaba toda la tierra visible, –oh paisaje, naciste y vives, pues tienes la isla por madre y la isla por padre.

Dijo de nuevo, con gloriosa certeza:

– Ahora bien, ningún progreso científico, ninguna multiplicación de riquezas, ninguna carga material puede aplastarnos ni hacernos el menor daño. Somos irreductiblemente y para la eternidad seres que prefieren la armonía al poder, la belleza a la riqueza, el ritmo a la cantidad. Sabríamos prescindir de todo lo que no es libertad y amor.

No necesitamos nada de afuera, ni siquiera lo que no tenemos.

No necesitamos nada, ni siquiera comida y vida.

Irreductiblemente y para la eternidad, somos los únicos ricos, los pobres de espíritu.

XVIII

– Oh Makima, cuando te haces heraldo de la eternidad de tu felicidad, te entregas a una ilusión común. Cada una de las cosas que son se afirma y se despliega hasta el punto de invadir y negar las otras cosas. El sentimiento de ser florece gloriosamente, repeliendo, suprimiendo el sentimiento de límite. Nuestra gran movilidad en todas las direcciones del espacio nos ha instruido. Sabemos responder a las muchas voces que nos rodean: “No sois los únicos verbos de la naturaleza, y el horizonte no es la frontera de la Nada. Pero el Tiempo nos arrastra en una niebla que nunca brilla delante y su voz es infinitamente más ensordecedora que la del Lugar. Se nos ocurre repetir la loca afirmación del momento que grita: “¡Mi nombre es Eternidad!” Amores o entusiasmos, todas nuestras estrechas alegrías de una hora se embriagan por sí mismas y se atreven a proclamar alegrías para siempre.

“Conozco, Jacques, esta ley de los espíritus y las cosas”. Por lo general, estoy en guardia contra ella. Me equivoqué al decir a lo que llena la hora visible: “Tú llenas la eternidad”. Me equivoqué al olvidar por un segundo que la clepsidra no tiene fondo. Sin embargo, en cualquier cima del pensamiento que no ascienda, mientras mi ascensión ensancha el círculo del horizonte, me parece que permanezco siempre en un centro que irradia felicidad.

– Oh Makima, si mañana un dios curioso y traicionero flotando como una red la Atlántida en los mares atónitos, la iba a unir a uno de los tres continentes, ¿puedes prever lo que sucedería? ¿Serías levadura de felicidad suficiente para hacer crecer la pesada masa? o, aplastado bajo nuestra locura, ¿perecerías inútil? ¿O volveréis vosotros mismos a ser necios y crueles?

– Sabríamos, como en el pasado alrededor del gran Nelti, morir sin retroceder y sin matar.

– Tal vez. Pero no creo que los países de los que vengo estén maduros para la conversión. Serían los mártires lamentables que mueren, y con ellos la verdad de la que dan testimonio.

“Durante otros sesenta siglos, ningún dios inquisitivo nos acercará al Cruel.

“¿Qué estás diciendo?” ¿Sabes la fecha donde?...

- Nuestras tierras sumergidas se elevan lentamente.

Dentro de ochenta siglos, la Atlántida tendrá sus mayores dimensiones. En setenta siglos, todo el Mar de los Sargazos será navegable para barcos que no pueden volar, y los puertos aún hoy inundados se volverán accesibles para ustedes.

“Entonces, ¿qué pasará entonces?”

“Me preguntas más de lo que sé. Aprended, sin embargo, que este plazo fatal preocupa a nuestros estudiosos y a nuestros filósofos. Por complicado que parezca un problema, cuando tienes siete mil años para resolverlo y todo el poder del amor, sería prematuro desesperarse.

- “¿Quién hizo estos cálculos, Makima?”

- Varios de nuestros eruditos. Y sus conjeturas parecen probables, ya que los números que dan difieren solo en unos pocos años. Un día de estos les traduciré verbalmente el hermoso libro del físico Ircilo, *L'Atlantide salvatrice*.

- “Ya me hablaste de este Ircilo, me parece”

- Sí. Es él quien busca formas de enviar visiones a los Cruales. Si pudiésemos proyectar en vuestro cielo nítidas imágenes totales de la Atlántida y en las paredes de vuestras casas escenas parciales de nuestra felicidad, ¿creéis que este espectáculo os perseguirá con su luz durante setenta

siglos y no modificaría la intelectualidad de las generaciones? Sin embargo, Urimarca para mejorar nuestro pobre pantoscopio, está a punto de hacer de él un dispositivo auditivo, tanto como un dispositivo óptico. Tal vez ya ha nacido el niño que unirá en un ingenioso beso la invención de Ircilo y el presente de Urimarca; lo que nos permitirá hacer oír voces benéficas y orientadoras a vuestros pobres, al mismo tiempo que sus ojos deslumbrados admirarán y amarán la meta a alcanzar.

Sonrío y digo:

- “Consideras al tiempo como tu aliado. Pero ese dios tiene dos caras. Él también es tu enemigo. Los Cruels pueden descubrir el barco volador mañana.
- El que juega siempre tiene posibilidades de perder.
- “¿No crees que actuarías con prudencia enviándonos apóstoles ahora?”

Makima negó con la cabeza:

- “El apóstol”, dijo, “es todavía una flor estéril entre vosotros”. Matasteis a Sócrates, a Jesús y a muchos otros sin sacar provecho de sus enseñanzas.
- Estás equivocado. Repetimos con reverencia las palabras de Sócrates, y el mundo, a través de la muerte de Jesús y de los mártires, se ha vuelto cristiano.

– Te enorgulleces de repetir en tus labios palabras que no tienen sentido ya que no las conviertes en los principios de tu vida. Si Sócrates volviera entre vosotros, ¿lo mataríais de nuevo o, más locos que los ciudadanos de Atenas, lo encerraríais en algún manicomio? En cuanto a vuestro cristianismo clerical, ¿de qué manera esta locura recuerda la sabiduría de Jesús, enemigo de los sacerdotes y del culto organizado? Sabes muy bien que los sacerdotes de hoy matarían a Jesús como los sacerdotes de antaño. Sabéis muy bien que vuestros sacerdotes, como vuestros eruditos oficiales y los llamados artistas que pregonáis, no son más que servidores y aduladores de los ricos. Vosotros sabéis muy bien que, voluntariamente o no, falsifican la palabra de aquel a quien su adoración insulta y envenenan la fuente donde la gente va a beber. No tocan nada, sino que lo profanan; transforman en dogmas de muerte, guerra y servidumbre los verbos de vida, paz y libertad. Me equivoqué, hijo mío, cuando dije que los apóstoles son inútiles para ti: tú sabes cómo hacerlos perjudiciales para ti. Como los cadáveres abandonados después de una batalla sueltan alrededor de ellos el tifus y la peste, las grandes Palabras, que matáis con comentarios interesados, se convierten para vosotros en gérmenes de todas las enfermedades sociales. Sólo conocéis el arte de destruir. Ustedes son, tanto en el orden intelectual y moral como en el dominio material, guerreros y comerciantes. Con las ideas que os dieron los apóstoles, como con las generaciones que os dieron las madres, sólo sabéis hacer cadáveres y peste.

– “Sin embargo, un apóstol te salvó.

– “Un apóstol, no. Un pueblo de apóstoles. Cuando Nelti surgió entre nosotros, la Atlántida estaba llena de neltis temblorosos que no podían traducir sus nobles voces interiores al exterior. El Gran Hermano pudo enseñarles las palabras de amor porque conocían el amor. Fue el primer cristal que un agua saturada espera y llama y que determina todo el ejército de cristales. Vuestros países no están saturados de amor, anhelo de justicia, dignidad individual y voluntad fraterna. Por muy estremecedor que sea el vil líquido, sólo cristales de conquista guerrera o codicia comercial se forman en vosotros.

No pude evitar sonreír ante la extraña comparación. Definitivamente al más inteligente de los bárbaros siempre le faltará gusto.

Makima ya no se dirigía a mí. Parecía estar pensando en voz alta:

– El apóstol que tiene no sólo una superioridad de palabra, sino también una superioridad de pensamiento y de sentimiento, sigue siendo la voz que clama en el desierto. No muestra a los demás el camino hacia su propio deseo, sino una meta que sigue siendo inconcebible para ellos. No es el corifeo quien da voz al estremecimiento del coro; no dice lo que otros quieren y pueden oír. Los que creen que están repitiendo sus palabras lo traicionan. La traición de

Lucas y Marcos es peor que la de Judas. Pero es involuntario y fatal. Los discípulos traicionan al apóstol como los órganos del mono traicionarían al mono si quisiera repetir lo que digo.

Hubo un largo silencio. Entonces el anciano soñó:

– ¿Qué no puede un apóstol, un pueblo de apóstoles extranjeros? ¡Ay! el buen intento, una invasión pacífica de todos los atlantes armados sólo con la luz, un inmenso torrente de verdad ahogando y quemando la larga noche!

Pero él respondió:

– ¡Ay! ¡Qué inciertos los resultados! Nosotros no apagamos el sol, pero podemos apagar mil llamas humanas.

Sacudió la cabeza, que sus cabellos coronaban de luz blanca, y concluyó:

– Uno no corre ante pruebas tan azarosas. No asumimos la responsabilidad de cometer tantos delitos. Basta para nuestra gloria que, si la lucha viniera a nosotros, nadie llegara a golpear y nadie retrocediera...

– “¿Quieres que te muestre la forma segura de convertirnos?”, interrumpí. Un pequeño número de enviados sería suficiente.

– “Habla, hijo mío”.

– “Si algunos de sus físicos vinieran a enseñarnos la Fuerza y sus aplicaciones, dándonos el cinturón y el reino del aire, trayéndonos el pantoscopio y...

El anciano esbozó una sonrisa triste. Insistí:

– Las verdades morales proclamadas después por tan prestigiosos bienhechores, os aseguro que...,

– “¡Pobre idiota!” No pones cuchillos afilados en las manos torpes de los niños.

– Tus palabras son insultantes y oscuras.

– Todo progreso material es un mal en las personas y pueblos injustos. Los hace más incapaces de conocer la verdad moral. Multiplica el poder abrumador de unos pocos, aumenta la servidumbre de la multitud. Exaspera la codicia y las hostilidades. No, hijo mío, no arrojas el peso del oro en un barco que se hunde.

XIX

El sol se hundía en el mar, ya a la mitad, y volábamos hacia el reencuentro estrellado.

– “Entonces”, estaba diciendo, “¿con vosotros el amor es absolutamente libre?” ¿Sin ceremonias? ¿No hay promesas solemnes ante testigos? ¿No hay garantía de contrato?...

– “Tus palabras están vacías”, respondió el anciano sonriente. Evita, al menos cuando vuelas a esta altitud, los pensamientos reptantes de hombres sin corazón y sin cinturón.

– “Sin embargo, la familia...

– “Usted vio a nuestros hijos. ¿Los encontró infelices?...

– “Lamentablemente, no. Demasiado precoces, sí.

– “Tú conoces a mi pequeña Telo”. Cuando su madre, mi amada Osaï, quedó embarazada, fui a quedarme con ella en la pirámide del futuro⁴. Me quedé allí hasta que la niña cumplió tres años y pudo volar sólo. Después volví a mi huerta. Pero, todos los días, cuando me levanto, voy a besar a Osaï y a Telo. Mi hija pasa las tardes en el jardín, cerca de los árboles que he plantado y que a veces llama sus hermanos. Cada tarde, encuentro a Osaï en el encuentro estrellado. Estos encuentros no bastan en nuestros ojos y en nuestros corazones: si un libro me conmueve, si de análisis a síntesis y de síntesis a análisis mis pensamientos suscitan una luz particularmente sonriente, si una flor me parece más bella o un fruto más sabroso, corro a leerle la página a Osaï, cantarle el pensamiento, llevarle la fruta o llevarla a la flor. A menudo es ella la que viene corriendo, diciendo: “Comparte la alegría que me ha dado el cinturón”. ¡Cuántas mañanas, después de una noche pasada en las estrellas, nos encuentran incapaces de separarnos! Vamos a ver a Telo, y nuestro día, a veces entre el aire poblado de pájaros y de colores, a veces en una canoa mecedora, se convierte en una fiesta viajera; pero a menudo posa, cargada de felicidad, sobre los árboles generosos, a la orilla de arroyos cantores o cerca del mar que se eleva hacia la luz en miríadas de sonrisas.

4 Es decir simplemente a la casa de Osaï, donde iba a nacer un niño. Estos atlantes son solemnes...

– “Pero, ¿y si un padre y una madre no amaban a su hijo?...

– “Si la miel se convirtiera en aloe o si el pájaro nadara mudo en las profundidades del océano...

– “Tu risa es absurda. A menudo tengo...

– Sí , en vuestro país, donde la Organización convierte a cada hombre en enemigo de todos los demás hombres; sí, en casa, donde el hijo es una carga y donde, por amor al dinero, el hijo desea la muerte del padre, y el hermano la desaparición de la hermana...

– “Hay monstruos por todas partes.

– La moneda, la desigualdad y otras matrices de monstruos se han roto durante mucho tiempo en la Atlántida.

– “Si hubiera uno...

– “¿Crees que el amor es algo que se puede mandar?”
¿Crees que basta, para crear un ser vivo, decirle al cadáver: “Levántate y anda”?...

Pero, en medio de estas amplias declamaciones, el anciano comenzó a contar una historia infantil:

– Hace cien años, una madre abofeteó a su hija. La niña desapareció. Pasaron años, largos, sin que la madre supiera qué había sido de la hija ofendida.

– ¡Malvada!... ¡Por un gesto tan natural!...

– ¿Las mejillas infantiles, con su delicadeza sabrosa y conmovedora, te parecen hechas, sin duda, para ser magulladas bajo la violencia de manos fuertes?...

– No estoy diciendo eso. De igual manera...

– “Esta madre es el último ejemplo de atlante infeliz que conocemos. Su desgracia, además, no fue perpetua. Después de cinco años, la niña regresó. Sin una palabra, se arrojó llorando a los brazos de su madre. No hubo explicación. La vida, como después de borrada una pesadilla, recobró su dulzura y gracia cotidianas... El punto de partida de esta aventura te parece banal. A los ojos de nuestros escritores, es singular. Sobre esto se han construido más de veinte novelas que, me temo, le parecerán sosas.

– El caso es que, mi viejo Makima... Me dijiste que aquí nadie podía ser indiscreto. ¿Has conocido a otras mujeres además de Osai, y Osai ha conocido a otros hombres además de ti?...

– Nos amamos desde nuestro primer encuentro... Más de cincuenta años han corrido en nuestro amor como un río risueño entre orillas de alegría. Todavía casi todas las tardes –porque, al envejecer juntos, hemos permanecido jóvenes el uno para el otro– saltamos hacia las estrellas. Osaï era muy hermosa y despertaba muchos deseos; algunas mujeres tenían fantasías menos explicables para mí. De ordinario, negligentemente repelíamos estas importunidades y sólo concedíamos charlas hacia las copas de los árboles. A veces, el deseo rechazado se vuelve doloroso. Así que le decía a Osaï: “Sube con él a las estrellas. O si no, Osaï me diría: “Eres demasiado cruel para no subir a las estrellas con ella”.

– “Generosidad peligrosa”, comenté, sacudiendo la cabeza con diversión. Si tu hermano hubiera tratado de quitarte el corazón de Osaï; si tu hermana se hubiera encargado de arrancarte del corazón a Osaï...

“¿Has visto a personas intentar lo que saben que es imposible?” Tal vez en otro lugar. No hay tontos aquí. Nos liberamos, además, de todos los sentimientos de envidia y celos. No complicamos el amor de no sé qué tontas vanidades conquistadoras, ni del odio feroz de los vencidos, ni de la amarga necesidad de venganza.

– ¿Todas las parejas son tan fieles como la pareja Osaï–Makima?

– El amor no es un país plano y uniforme. Muchos se adhieren al primer cuerpo hacia el que son atraídos por un presentimiento gozoso y que les hace conocer la voluptuosidad. Las causas de la discordia que despedazan vuestras casas no existen aquí. ¡Pero cuántos hombres y cuántas mujeres aman el cambio! ¡cuántos creen siempre que ven una felicidad mayor al lado del lugar donde están!... Algunos atlantes se desvían poco de la más amistosa de las pirámides y sacian casi todos sus sed en la misma corriente. Otros pasan gran parte de su vida volando en todas direcciones, descansando en todas las ramas, saboreando todos los frutos, bebiendo todas las aguas, durmiendo enrollados en todos los prados. El amor también conoce a las personas sedentarias y viajeras.

– “¡Cómo debes despreciar a estas criaturas inconstantes!”...

– “¿Por qué hemos de despreciar a las personas que obedecen, como nosotros, a un instinto tan inocente como el nuestro?...”

– ¿Tú encuentras inocentes, a estos seres que van sembrando dolor por todos los caminos?...

– “¿Qué dolor dices?” No hay mentirosos en la Atlántida. Desde las primeras palabras, la misma que acude por primera vez al encuentro estrellado conoce el carácter de su interlocutor. Ella ya ha cuestionado sus propios instintos y

sabiamente concede o rechaza. Además, ¿qué importaría un error?

- “Un error de este tipo a veces tiene consecuencias...”
- “¿Qué consecuencias?”
- “¡Eres irritante!... Te niegas a entender a medias las mismas cosas que no se pueden decir”.
- Se puede decir cualquier cosa.
- Si el inconstante hace hijo del ser de la fidelidad y luego lo abandona...
- Un niño es una enfermedad antes de nacer; después, es una felicidad. Pero el Atlante nunca tuvo un hijo sin el consentimiento de la mujer.
- “¿Tú dices?...”
- “¿Creías que había entre nosotros hombres tan malvados como para imponer a una mujer que no lo pedía nueve meses de dificultad para moverse, y minutos, tal vez horas, de intenso dolor?”
- Me sorprendes.
- “He leído en tus libros que a veces contigo el beso es no sé qué herida que deja no sé qué veneno... Si una mujer te hubiera hecho mal a pesar tuyo...”

No pude evitar estallar en carcajadas.

- “¡Solo podría ser a mi pesar!” –Declaré.
- “¿Qué pensarías de ella?... ¿No respondes?... Si obligas a dar a luz a una mujer que no te lo pidió, debes, hijo mío, pensar lo mismo de ti”.

XX

Alrededor de un inmenso claro, artistas invisibles hacían bailar sonidos en los árboles nocturnos temblorosos. Una extraña fórmula cruzó por mi mente: “Aquí damos una fiesta al oído veneciano”.

No había más luz que el vasto y tranquilo brillo de la luna y los destellos en movimiento de las estrellas. Dividida en mil círculos, una multitud innumerable giraba en un solo ritmo lento. A veces, la música cobraba vida y parecía elevarse hacia el cielo. Entonces, deshaciéndose los círculos de repente, las parejas se elevaban en un movimiento de vals, como engullidas por un torbellino cuya base giraría apoyada en una estrella. La mayoría se dejó caer hacia atrás, indolente; algunos trepaban rectos, como alondras gemelas, mientras la música, imperiosa e irritante como un bache, multiplicaba sus saltos. Las parejas caídas esperaron unos instantes, intercambiando charlas, risas cosquillitas, miradas fosforescentes. Pronto, en un círculo de melodía

susurrantes y lentas al principio, apenas perceptibles y más soñadoras que escuchadas, las rondas comenzaron de nuevo.

Era un espectáculo embriagador, todos estos cuerpos armoniosos y flexibles que, en conjunto, parecían prometer difusamente su desnudez a todos, que en el vals ascendente se comprometían particularmente, que finalmente se perdían en nupcias ocultas en el manto azul de la lejanía. Estrella, me bañastes con tu luz y tus besos. Después de cada vuelo numeroso, sentía una inmensa cascada de caricias que caían desde las alturas sobre mi rostro, sobre mis hombros, sobre todo mi cuerpo, y cuyo deslizamiento me vestía de alegría.

La emoción era demasiado intensa. Me lancé en círculo, y el ser singular que se atrevió a venir vestido a esta fiesta de la desnudez recibió una fraternal bienvenida. Cuando la ronda se dispersó, me sentí avergonzado de no parecerme lo suficiente a mis vecinos y me abstuve de agarrar la cintura de una joven y saltar hacia el vals donde los cuerpos leonados se convirtieron en llamas que subían y giraban. Muchos atlantes también se demoraron, más apasionados por el baile o menos apurados que los demás. Observé una pareja que, a veinte metros del suelo, dejó de elevarse, se alejó horizontalmente, llevada por una brisa cansada e indiferente. Esos solo querían hablar con las copas de los árboles. Verlos de repente me entristeció.

La segunda vez que terminó la ronda, tomé a una joven de la mano. No la conduje por el aire cargado de perfumes, melodías y caricias: al pensar en una posible negativa, había sentido que mi rostro enrojecía, como bajo una afrenta, de ira o de locura. Aparté al ser hacia el cual se perfilaba mi deseo y dije susurrando y entusiasmado:

– ¡Oh! subir contigo a las estrellas...

La mujer hizo señas de que no entendía mi idioma. Luego, su gesto me pidió que esperara su regreso y se alejó. Sin embargo, la música ardiente, como si fuera rívida, me animó por completo.

“¡Esa tonta ha ido a buscar un intérprete!” irritó mi impaciencia. ¡Como si la fiesta, el baile, los aires tiernos o pasionales, las parejas entrelazadas que beben el cielo y la alegría no hablaran con una elocuencia bastante clara!... ¡Como si mis gestos no bastaran para traducir mis palabras!...

Concluyo: “Es tonta o coqueta”. También pensé que una mujer que entendiera francés sería más agradable para mí. Y me prometí, que si ella hubiera tenido la imprudencia de tomar por interprete una joven bastante bonita, preferiría a la intérprete.

En efecto, dos mujeres jóvenes regresaban. La que mis ojos aún no conocían me pareció con mucho la más

hermosa. Era ella a quien saludaba mi sonrisa y a quien envolvía mi deseo. Ella habló, y su francés al principio me pareció extraño:

– Hermano –hombre–amigo', me dijo, –mi hermana–amiga–mujer Nékua me pidió que viniera a escucharte. Así que repite lo que le dijiste antes.

–Oh hermana mía –lloré–, te había visto de lejos y le rogué a Nekua que me dijera tu nombre, y le canté mi admiración por tu singular belleza. Pero hay una cosa que quería decirte solo a ti y te digo: “Desde que vi tu cuerpo armonioso, no puedo concebir otra felicidad que mi vuelo hacia las estrellas unido con tu vuelo hacia las estrellas”.

Le dijo una palabra a Nekua, quien se alejó sonriendo. Entonces la que tenía los ojos ebrios se volvió hacia mí, amable y seria:

– Hermano–amigo–hombre, –declaró, –a Méloé le disgustaría entristecerte. Pero durante mucho tiempo ella sólo puede concederte charlas en las copas de los árboles.

– “¡Vamos, oh Meloe!” Llévame a los lugares que quieras, al destino que quieras. Viniendo de ti, las crueldades me serán aún más preciosas que los besos entusiastas si vienen de otra.

- “Tus palabras me afligirían, hermano–amigo–hombre, si recibiera todo su contenido. Solo quiero escuchar que tienes mucho que aprender de los atlantes.
- Solo de ti, es solo de ti que quiero aprender.
- El loco, hermano–amigo–hombre, mira la fuente de donde brota el conocimiento; el sabio mira sólo la calidad del conocimiento.
- El buen árbol sólo da buenos frutos, y Meloe es el más hermoso y el mejor de los árboles.
- Perdido en la locura y en la mentira acariciadora, hay en ti no sé qué sabiduría incoherente.

Exacerbando mi deseo como el viento que irrita un fuego, sopló dentro de mí una ira, una impaciencia y un odio contra la terrible pedante. Ya no era solo placer físico lo que quería, era la alegría de la dominación y la victoria. El cuerpo hacia el que me precipitaba parecía alejarse, escapar tras los arbustos de las palabras espinosas. ¿No pisotearía las espinas insensatas y, con un gesto que triunfa y detiene, no me apoderaría de la alegría fugaz? Por su coquetería voluntaria o inconsciente, Méloé se convirtió en la única mujer que yo quería. ¡Ay! ¡Con qué fuerza quise ablandar y humillar sus ojos orgullosos, morder su boca sabrosa, entreabierta como una fruta, beber sus pechos, copas puras que apelan a los labios! ¡Ay! ¡Cómo mi juventud, amor y

odio, se precipitaron hacia el esbelto cuerpo que ya se tambaleaba desde el próximo vuelo!...

– Subamos primero a las copas de los árboles, preciosa Méloé. Que esta hora sea la hora de nuestro compromiso. Pero, si la mañana nos sorprende antes de que haya desplegado el lecho del azur en las alturas, entiende, demasiado amable amiga, que mis ojos llorarán.

“¿De verdad quieres que piense que estás loco?...”

– ¡Oye! ¿Quién no se volvería loco al verte?...

Estas palabras, tan banales para mí y para el lector, asombraron a Méloé:

– “¿Por qué me insultas?” –preguntó ella con un acento doloroso.

– ¿Yo, te insulto?... No entiendo ese reproche.

– “¿No me acusaste de sembrar el mal y la locura?”

– ¡Oh Méloé, perdóname! Pero solo puedo decir la verdad, solo puedo gritar mi amor y mi sufrimiento. Eres el espejismo que enciende una sed intolerable, pero retrocede esquivamente ante la carrera frenética que se vuelve cada vez más desesperada. ¡Oh! convertirse en el agua que calma y da vida. Tu eres la que da la fiebre y te niegas...

– ¿Convertirse en quinina?...

– ¡Oh burladora!... Pero, por favor, subámonos a las copas de los árboles: mi corazón jadeante creerá que se ha acercado a su deseo.

– “Vamos a subir”, dijo ella.

Me tomó de la mano y me llevó a un bosque solitario. Me hizo sentar en una rama, aterrizó ella misma, un pájaro cauteloso, en el árbol vecino, y nuestra conversación se reanudó, más extrañamente.

XXI

– Busco con toda mi alma la oración que te toque, insensible Méloé.

– ¡Oye! qué, aceptarías lo que se concedería a la importunidad de las oraciones. El amor, hermano–amigo–hombre, es un impulso recíproco, el encuentro de un doble deseo. En tu país, ¿ocurre que uno de los amantes cree que le está haciendo un favor al otro? ¿Ocurre entonces que uno de los amantes es sólo el instrumento del otro?

– ¡Ay! Todo pasa en mi país.

– Ojalá hayas ignorado siempre esos amores cojos que deben ser a la vez dolor y repugnancia.

– ¡Ay! He conocido muchas apariciones de amor.

– “Esas horas debieron dejarte terribles recuerdos...”

– Recuerdos mixtos. Mi cuerpo a veces estaba feliz hasta el punto de la exasperación. El placer es un poema, quizás menos profundo, pero quizás más elocuente que el amor.

– Tus palabras son oscuras para mí y sin embargo me disgustan. Son como una bestia que se arrastra invisible bajo la espesura, pero de la que sale un olor fétido.

Lancé un grito triunfante:

– ¡Atlantes, orgullosos atlantes, vosotros también sois esclavos de los prejuicios! El cuerpo de una mujer hermosa es una fruta fragante para un hombre: ¿por qué no he de recoger la fruta sin esperar a que caiga?

– ¡Oh loco! ¡Oh Cruel! ¿Así que tratas al ser vivo como algo sin vida? ¿Entonces tratas lo que puede gozar y sufrir como lo que es insensible?...

– Cuando deseo y la mujer se niega, si lo tomo por la fuerza, es la mujer la culpable de mi violencia.

– “Sin embargo, si ella no quiere?...”

– “¿No puede mostrar un poco de complacencia, evitar lastimar a su hermano?”

– “Tus palabras son espantosas. ¿No es la desdeñosa concesión lo que te haría daño?... ¿No sufrirías si, bajo tu emoción, la mujer se quedara sin emoción?...”

– Sería mejor que nada. “Lais no te quiere”, le dijeron a un griego. “No les pregunto a los higos que como si les gusto”, respondió. “Me basta con que me gusten los higos”.

– El encuentro de dos actividades humanas no se parece en nada al encuentro de la actividad humana y la pasividad material.

– “Te aseguro...

– No, quiero creer lo que usted dice ahora con palabras ingeniosamente absurdas, pero que sabe lo que son y que se ríe.

– “Nunca he sido más serio.

– “Entonces te compadezco, porque eres vil: tienes el alma de un tirano y un esclavo”. Dices: “Si no puedo tener la misma caricia, ¡oh! que por lo menos doy o recibo el fuelle.”

– Extiende tu mano, te la beso.

Pero ella, en un movimiento de retroceso que hizo temblar las hojas:

– “Tus labios no tocarán ninguna parte de mi cuerpo esta noche.

– “¡Oh malvada, oh coqueta!...

– “Escucha, hermano–amigo–hombre. Si sigues deseando a Méloé, Méloé después será feliz bajo tu extraño cuerpo. Méloé es atlante y sincera. Se siente atraída por la extrañeza de tu cuerpo. Sin duda, tus formas son pesadas. Pero tú eres una luz desconocida y, al mirarte, Méloé se conmueve. Tu cabello de luz dorada, tus manos y tu rostro de luz blanca parecen prometer no sé qué alegría nueva. A pesar de la torpeza que soporta tu dibujo, eres un placer para mis ojos. Pero tu beso, ahora mismo, sería intolerable para mí.

“¿Por qué, amiga?”

– Hermano–amigo–hombre, tú eres, espero, mi corazón por venir; pero necesitas un gran baño.

– “Me bañé tres veces hoy”, dije, sonrojándome.

– Necesitas un largo baño de Atlántida, un baño de seis meses, un año tal vez.

No entendía. Aún así, bajé la cabeza, avergonzado e irritado. La niña continuó:

– Emanas un olor odioso, el olor cruel, lo que los poetas llaman arcaicamente “el olor del tigre”.

¡Ay! ¡Qué humillado y odioso me sentí! Pero ella, sin darse cuenta de mi emoción:

– “Primero quítate esas ropas que huelen a bestia y a muerte”. Poco a poco te curaras de tu olor. Los alimentos inocentes y los pensamientos nobles te entregarán lentamente y los aromas de la humanidad fluirán a través de ti.

Estaba demasiado herido para responder.

– “¿No le dices nada a tu futura amada?” –ella preguntó.

Su voz era suave y cálida como una caricia.

– “Si quieres”, prosiguió, “nos encontraremos todas las noches en la reunión estrellada, y, desde la primera vuelta, el cinturón nos llevará, rebosantes de futuro, a los árboles de la memoria, a los árboles agradables de la primera entrevista y la primera soledad... ¿Lo harás, mi querido futuro corazón?”

Me sacudí todo, en no sé qué feroz balanceo, y, entre dientes, gruñí más que decir:

– “Todavía no sé lo que quiero”

Su acento se volvió exasperante con dulzura condescendiente, exasperante como una hipocresía inclinada sobre mi dolor y derramó vanos consuelos.

– “¿Estás molesto?” Siento cosas extrañas y perversas en ti, toda una agitación inexplicable. Me gustaría encontrar

palabras para apaciguar tu burbujeo absurdo. Quisiera saber qué palabra-sonrisa calmaría tu presente, qué palabra-promesa disiparía tus nubes e iluminaría tu horizonte interior.

– “Ya nada me puede hacer ningún bien.

– “Escucha, querida *nelti*, una promesa que asombraría a un atlante y lo lastimaría. Pero ella responde, parece, a las cosas que están en vosotros; tal vez suelte no sé qué celosas garras que agarran y desgarran tu extraño corazón. ¡Escucha, *nelti*! Méloé te promete, mientras dure tu baño, no subir con nadie a las estrellas. Méloé, insensible a las palabras estrelladas que saldrán de otras bocas, esperará que tu cuerpo de blanca luz sea para ella una alegría como tu rostro y tus manos de blanca luz son una alegría para sus ojos.

Mi herida era demasiado profunda: cualquier remedio se convertía en veneno para ella.

– “No te estoy pidiendo nada”, le dije con orgullo agresivo.

– ¡Ay! *nelti*, me asustas. Porque tus palabras son razonables, pero tu acento es una locura.

– “No tenemos nada más que decirnos”. No quiero verte más. Tú despiertas en mí no sé qué loca mezcla de amor y

odio, no sé qué deseos monstruosos que me hacen sufrir y de los que debo huir... ¡Ah! si hiciera caso a lo que en mí surge, te mataría, y tu carne aún estaría tibia pero ya insensible...

Me detuve, tartamudeando, temblando, con la garganta seca. Méloé sonrió, inaccesible al miedo. Pero su sonrisa se convirtió en un puchero de disgusto, y ella comentó:

– Tus palabras también huelen a tigre.

¡Pobres seres inciertos que somos! ¡Cómo necesitamos ser guiados, incluso en nuestros sentimientos, por leyes, costumbres, tradiciones, por la sabiduría de nuestros antepasados! ¡Cómo, tan pronto como nos perdemos fuera de las convenciones protectoras, nos sentimos perturbados y sacudidos! Mi ira anterior se fundió en ternura. Las lágrimas cayeron de mis ojos y grité con un sollozo:

– ¡Ay! ¡Qué infeliz soy!

– “No tienes por qué estar triste”, dijo la joven en voz baja. Serás amado en el futuro, y por el momento le pedirás a tu anfitrión que te guíe hacia el onirógeno.

Sin saber cuál era la etiqueta, odié esa última palabra. Gemí, con una sacudida desanimada de la cabeza:

– ¡Ay! el onirógeno...

– “¿Por qué no, *nelti*?” Allí podrás, sin tiranía, someterte a Méloé y su beso. Allí podrás hacer realidad tu sueño presente con el futuro.

Otra vez mi tristeza se agitó, trató de disiparse en ira. Y lloré exasperado:

– “¡No me importa el futuro ni el presente!” Me siento capaz de toda locura y clamo amargamente por una ocasión de locura activa... ¡Ah! si hubiera allí un hombre, qué alivio sentiría al pelear con él, al golpearlo, al matarlo...

– De verdad, tus palabras huelen peor que tu cuerpo.

Y, tras un momento de vacilante reflexión:

– “¿Quizás eres incurable?” ¿Quizás eres uno de esos miserables que ni siquiera la Atlántida puede limpiar?...

Hubo un nuevo silencio, largo, pesado, doloroso. Entonces, como si hiciera un esfuerzo, Méloé preguntó bruscamente:

– “¿Mataste?”

– “Una vez, en una batalla.

– “Estás condenado de por vida. El olor cruel siempre te seguirá. ¡Vete, asesino!

Estas palabras fueron pronunciadas con melancolía, no con dureza. La joven parecía exiliarse de una esperanza ya acariciada y de un sueño ya acariciado.

Protesté:

– “No soy un asesino. Yo estaba corriendo un peligro. Obedecía órdenes, tenía sentimientos nobles y patrióticos y una necesidad.

– ¡Cobarde! –dijo Méloé con un acento decidido.

Y ella comenzó a elevarse en el aire.

Allí, en el claro, fue el último impulso después de la última ronda. La música mandaba, cada vez más imperiosa, el beso y excitaba, cada vez más irritante, la rutina. Pero el movimiento de Méloé la desplegó toda en el aire ebrio. La noche clara envolvía su cuerpo moreno en una caricia infinita. Fina estatuilla de delicadas formas, se alejaba lentamente como una llamada de alegría o de locura. El ritmo y la gracia de sus resbaladizas curvas combinaban la música violentamente seductora con la seducción de una dulzura inefable.

Obedezco la orden de la música brutal, la orden susurrada de la noche, la orden conmovedora de la belleza. Obedezco el orden también de mi vergüenza y de mi furor. ¿Podría dejar ir indómita a la mujer que se había atrevido a

ofenderme? Un movimiento irresistible me precipitó hacia ella. Y sin embargo, grité:

– “¡Te amo y te deseo!” ¡Te odio y te quiero!

No entendía nada de lo que estaba pasando. El impulso no me llevó. Yo era como un pájaro al que se le marchitan las alas. Sólo había visto, a través de no sé qué nube roja que me envolvía, a Méloé, sonriendo con desprecio, tocándose el cinturón de manera anormal. Ahora estaba pesado como si mis lomos hubieran sido despojados del poder del vuelo. La rama donde estaba sentado se rompió bajo mi peso. Me sentí caer. Con los brazos en alto, los ojos llenos de terror y muerte, caí pesadamente...

A dos metros del suelo, mi caída se detuvo. Por encima de mí, el vuelo de Meloe describía círculos rápidamente. Todavía estaba tocando su cinturón de una manera desconocida. Era ella, sin duda, la que me había hecho caer, la que ahora suspendía mi caída, me hacía bailar como al final de un hilo elástico invisible. La Fuerza tenía propiedades que aún no conocía. En vano mis dedos, temblando de prisa, me abrocharon con fuerza el cinturón; en vano agitaron la punta en la dirección del mayor poder y la dirección más ascendente. Descendí lentamente. Mis pies finalmente tocaron el suelo. Vi a Méloé levantarse en la noche. Bella y luminosa como una aparición, irónica como esos finales de sueños que son reanudaciones de la viudez

eterna, se elevó por encima de las copas de los árboles, se desvaneció lentamente en el cielo vacío.

Grité entre risas locas:

– ¡Sí, sube sola hacia las estrellas de Onan y Lesbos!

Mi risa continuó, tratando de ser un insulto; mi risa persistió voluntariamente, sabiendo que era mentira; mi risa persistía, y sin embargo sentía que la inocente atlante no podía comprender mi pobre risa absurda, dolorosa y falsa, que la perseguía.

XXII

La mañana me encontró desesperado. Perdido en un bosque, a unas veinte leguas de la pirámide de Makima, no conseguí, pobre bestia reptante, orientarme entre la oscura indiferencia de la maleza. Estaba desgarrado, además, por tantos pensamientos contradictorios. Hubiera querido volver pronto, encerrar mi tristeza entre muros conocidos. Sin saber si estaba en la dirección correcta, me apresuré. Pero pronto me detuve, me tiré al suelo y, con fuertes gritos o murmullos ahogados, llamé a la muerte. Yo era el animal herido que a veces suaviza su sufrimiento, a veces asusta e irrita: quiere ayuda, y quiere soledad; quisiera llegar, por el remedio o por la agonía, al final de su enfermedad.

Sentado bajo un cocotero, me desabroché el cinturón inútil. Lo examiné cuidadosamente, dándole vueltas y vueltas entre mis manos desnudas, buscando minuciosamente qué podría haber causado que perdiera su eficacia. No vi nada. La tela me pareció un poco más suelta

que ayer; pero ni siquiera estaba seguro de esta observación. Durante mucho tiempo miré, estúpido, el dispositivo, muerto o dormido. ¿Por qué, poco a poco, esta vista me estaba haciendo increíble la realidad? ¿Era realmente cierto, me preguntaba, la Atlántida, los hombres voladores, yo en el aire más libre que el pájaro, y el pantoscopio, y la reunión de estrellas, y la belleza de Méloé, su pedante coquetería, luego su sangrienta negativa? Sin duda naufragué en alguna isla desierta. La charla absurda de Carlos, la fiebre, tal vez también una fruta venenosa mordida imprudentemente, eso fue lo que había creado en mí el extraño delirio... ¡Sacúdete toda esta locura, Jacques, despierta y camina valientemente en la difícil lucha por la existencia!

Un arroyo cantaba su monótona canción a mi lado. En su frescura amistosa sumergí, tras mis manos, –esas dos quemaduras–, el fuego de mi rostro. Bebí largos sorbos de alivio y coraje. Por un momento, aliviado, seguí la pendiente del agua. Ella podría llevarme a un lugar habitado...

Mi fatiga era un peso que crees que te estás quitando de encima; pero está atado a ti por una cadena corta y pronto lo sientes de nuevo, agobiado por haber sido arrastrado ahora y aferrarse a mil obstáculos. Terminé tirado en la hierba y quedándome dormido.

Me despertó la sensación de una presencia: entreabrí los ojos. ¡Sí, ciertamente, había visto en sueños, todas estas

fantasmagorías de la Atlántida y de sabios y gentiles salvajes! Un salvaje había allí, de pie, desnudo, mirándome. Pero no tenía esa piel roja que iluminaba mis sueños. Era moreno como los habitantes del sur de Europa y ciertos asiáticos.

Esperé sin moverme, preocupado, preparándome para todas las eventualidades.

Pero el salvaje dice:

– ¡En nombre de Dios, es Jacques!

Me levanté:

– “¿Es usted, capitán?”

Y sonreí:

– “¿Has renunciado al traje europeo?”

– ¡Ya lo creo!... Las malditas hembras de aquí piensan que la ropa huele mal.

– ¡Ah! ¡ya! Capitán. Fuiste a la reunión de estrellas. ¿Y, sin indiscreción, subiste hacia las estrellas para extender el lecho del azur?

– ¡Ah bueno, touché! ¡Los sucios mijaurées!... Lo había hecho en vano, con la boca en el corazón y cuidando mi lenguaje como en el Faubourg Germain... “¡Más tarde, más

tarde!” me dijeron primero. Pero cuando me dejé llevar, a la primera maniobra atrevida, a la primera palabra un poco marítima y un poco viril, la peronnelle, con su airecito de escupir: “Tú, mi vieja marsopa, eres un Cruel incorregible. ¡Nunca, oye, mi bella amiga!...» ¡Ah! cuando me vuelvan a ver allí, en su reunión repleta de estrellas...

Él dijo:

– “Solo hay una cosa buena acerca de esta basura isleña de farsantes salvajes, y son sus cinturones. Eso sí, es divertido: volar como un pájaro, navegar por los aires como un buen barco, muy flexible y muy rápido y embriagarse con su velocidad y su flexibilidad. Hay un maldito poeta francés que hizo una máquina llamada Le Bateau ivre (El barco borracho). No sé lo que es. Pero, cuando estoy girando a mis cien nudos por minuto allá arriba, me digo a mí mismo: “Soy el bote borracho. ¡Y estoy feliz, más feliz que con champán!

Sugirió, con la boca húmeda de placer:

– “¿Una pequeña fiesta voladora, Jacques?”

Suspiré:

– No sé qué pasó con mi dispositivo.

– Ya no funciona. Mira... Está triste como un globo desinflado.

El capitán se quitó su cinturón y se abrochó el mío. Multiplicó las pruebas y las maniobras. Finalmente:

– Bueno, amigo, si estoy atrapado en el aire con esta cosa me dejaría caer igualmente a mil metros de altura. ¡Menuda caída!

– Imagínate, dije lastimosamente, que me perdí. ¿Podrías decirme dónde estamos?

– Estamos en un barrio al que llaman Azaide.

– “¿Esta Azaide lejos de la costa de Diaprepide?”

– Cuarenta leguas por el Sur-Sur-Oeste.

– ¡Diablo! me molestaría caminar el camino.

– ¡Escucha! Si todavía tienes un poco de confianza en esta hechicería del cinturón, toma el mío y, salvo accidente, en menos de una hora...

– Si está cerca de su casa, no se rechaza.

Mientras me preparaba para irme, mi compatriota encontrado me detuvo abruptamente:

– “¡Algunas palabras más, Jacques!”

– “Hable, capitán.

- “¿Sientes mucha simpatía por esos malditos atlantes?”
- “¿Yo?” Yo los odio.

Me tomó la mano y, bajando la voz:

- Entonces, tengo un proyecto en marcha, que te complacerá. Pasado mañana por la noche, mientras estos couyons están en la reunión estrellada, como la llaman, ven a nuestra reunión.

Con gestos de discreción y un acento misterioso, me dio la información necesaria sobre el lugar de la reunión. Era en una mina de oricalco abandonada.

- 'Tú entiendes', murmuró, 'con esos cerdos tienes que esconderte. De lo contrario, su pantoscopio sagrado nos encontraría rápidamente... De todos modos, todo esto solo llevará un tiempo... ¡Nos vemos pasado mañana!

- Me elevé en el aire. Me di la vuelta, tratando de reconocermé. En el lejano horizonte, enormes letras de fuego me llamaron la atención. El cielo a menudo se incendiaba con tales proyecciones. Solían decir, en un alfabeto indescifrable, cosas desconocidas. Pero estas hablaban un francés claro y amistoso:

Pirámide de Jacques y Makima.

Era una precaución del anciano para ayudarme a encontrarle de nuevo, un llamamiento radiante enviado por todo el país al niño perdido.

XXIII

No había andado diez leguas hacia la pirámide de Makima cuando se me apareció el anciano hendiendo el cielo como un relámpago. Corrió hacia mí, me besó con emoción.

– Mi querido hijo, –decía, –¡cuántas preocupaciones me has causado! Toda la noche estuve en silencio. “La entrevista, pensé, se extiende hasta las copas de los árboles: ¡tanto mejor! El corazón y la mente de mi amigo solo pueden ganar con esto. Quizás también mis pronósticos se equivocaron y él, desde el primer encuentro, llevó a una mujer alegre a las estrellas”.

A mi pesar, se me escapó un suspiro.

– “Por la mañana, al no verte regresar, comencé a temer no sé qué accidente”. Y sentí remordimiento. Porque, finalmente, en lugar de perderme en las estrellas con Osaï, debería haber velado por ti, mi querido hijo.

Susurré entre dientes:

– ¡Sucio mirón!

– Me encerré en el pantoscopio y, con el velo de fuerza óptica sobre mis ojos, te busqué por toda la isla. El aparato tembló en mis manos asustadas y torpes. Solo tuve visiones confusas donde no aparecías. Entonces te descubrí en los bosques poco frecuentados, al otro lado del claro estrellado, en el corazón de Azaïde. Estabas charlando con uno de tus compatriotas, lo que explicaba tu retraso. Tranquilizado, ardía en la sed de apretarte rápidamente contra mi corazón. Ya en la pirámide amiga había encendido la llamada. Apretando el más rápido de los cinturones alrededor de mis lomos, me puse en marcha. Más de una vez me vi obligado a dar la vuelta, a volar hacia atrás durante un minuto. A pesar de mi gran hábito, mi velocidad era realmente, ¿cómo decirlo? irrespirable. A veces, creo que estaba haciendo cinco mil particas⁵ por hora.

Las palabras del anciano cayeron, dolorosamente sonoras, en mi cabeza vacía.

– “Tengo hambre”, le dije.

5 La partica atlante es la millonésima parte del meridiano terrestre. Los atlantes afirman que son falsos los cálculos de los eruditos franceses que definieron la longitud del metro. Pero nuestro error o el de ellos es prácticamente insignificante y uno puede contar el partica por cuarenta metros.

- “¡Absurdo niño!” Pero si hay comida por todas partes.
- Bajemos al área de comida.

Él mismo escogió para mí los frutos mejores. En un nido de maderas perfumadas, un pájaro enorme e inmóvil acechaba. Makima le dirigió, en tono amistoso, unas palabras atlantes de las que sólo entendí las dos sílabas nasca y prima. “Ese diablo de hombre”, me dije, “¡tiene familia en todas partes!”

Mientras hablaba, el anciano acariciaba el lomo del pájaro con la mano izquierda, y sin embargo, su mano derecha hurgaba debajo del vientre. Me trajo un huevo del tamaño de un huevo de pavo.

“Trágate esto, hijo mío. La nasca te quiere dar este huevo puesto por menos de una hora. Nada contiene tanta fuerza vital.

La golosina fue deliciosa y me devolvió todo mi vigor. Pero mi estado de ánimo siguió siendo malhumorado: los insultos pesan más obstinadamente sobre el valiente que el cansancio. Pregunté entre risas:

- “¿Qué diferencia ves en comer un huevo o la carne que sale de ese huevo?”
- “¿Qué diferencia haces entre recoger una fruta o arrancar un árbol?”

– “Desde el punto de vista moral, ninguno. El futuro es tan respetable como el presente.

– La violencia que haces a un niño es más criminal que la violencia hecha a un hombre. ¿Qué falla lógica te detiene en este camino? El huevo es más respetable que el pájaro y la semilla más respetable que el árbol.

– ¡Oh ingenioso jugador!...

– “Apelo a vuestros sentimientos de justicia e igualdad. Que cada germen tenga su parte.

Makima dijo en un tono gravemente doloroso:

– “Estás sufriendo, pobre niño, y estás enojado con la que está allí”. No es la razón la que te hace hablar con no sé qué necesidad enfermiza de contradecir, no sé con qué arrebatado beligerante. Lo que te hace hablar es, me temo, un vago principio de odio.

Y, con una sonrisa amistosa:

– “¡Créeme, no le concedas ninguna parte de vida a ese germen!”

– Me di cuenta de que tienes formas convenientes de escapar de las preguntas que te molestan”.

El anciano asintió como un médico que oye delirar.

Reanudé:

– Admitamos que no eres culpable con el huevo, eres culpable con el pájaro que lo puso.

Concluyo, con una risa burlona:

– “Le robaste a tu primo.

Pero él, dirigiéndose ridículamente al pájaro ausente:

– “Oh nasca”, dijo, “¿es cierto que le habrías negado este huevo a Makima, que plantó tantos árboles para construir tu nido y saciar tu hambre?” ¿Es cierto que le habrías negado este huevo a Jacques que lo necesitaba?... No, nasca, mi injusto *nelti* te calumnia y tú le diste un poco de fuerza con el mismo placer que yo hice que muchos dieran fruto de fuerza para ti.

Estábamos llegando a la más amigable de las pirámides.

–Los consuelos del onirógeno –dijo el anciano– no os serán inútiles.

Sólo la curiosidad me impidió negarme. Yo cuestioné:

– “¿Qué es ese onirógeno, de todos modos?”

– Ya verás. Es el árbol que da los frutos que queremos cuando queremos. Es el árbol donde la flor del deseo se

convierte en fruto de los sueños y donde el espíritu se refresca con su sed y se alimenta de su hambre.

Entramos, aéreos, en el pantoscopio. Makima hizo una jugada de primavera y, por encima de nuestras cabezas, en el techo “cristalino”, se abrió una amplia ventana.

Me tomó de la mano:

– ¡Vamos arriba! –dijo.

Nuestro vuelo entró en una cámara puntiaguda que ocupaba la parte superior de la pirámide. Por cualquier mueble visible, una cama.

– Ve a la cama. Te voy a dejar solo con tus pensamientos... Cuando quieras salir, presiona el botón que está al lado de la cama.

“¿Y qué voy a hacer aquí?”

– Expresarás en voz baja, en detalle, el sueño que deseas: llegaré.

– Dame un ejemplo.

– 'Dirás, supongo: 'Estoy en el encuentro estrellado, en un círculo lento, y estoy sosteniendo la mano de Méloé'. La mano de Méloé tiembla, enamorada, en mi mano. Entonces puedes estar en silencio y, durante tu silencio, este sueño se

hará realidad. Guiado por tu pensamiento y guiándolo, como dos ríos unidos en un río, seguirá una feliz pendiente. A veces, sin embargo, la mente errante desvía el sueño de nuestro deseo. Si ocurre este accidente, dirigirás tu pensamiento por la palabra y resumirás, por ejemplo:

– “La música se hincha como una tormenta de felicidad. Un impulso arremolinado me lleva a las alturas entrelazado con Méloé”.

Pensé maliciosamente:

“¡Haces un buen trabajo!...”

Pero el anciano sonriente:

– “No necesito seguir, ¿verdad?”

Salió, cerrando la abertura detrás de él. Me ahogué en una oscuridad desagradable.

Digo en voz baja:

– La luz de la luna inundó suavemente la habitación...

Asombrado, vi en la gruesa pared una ventana repentina. La luna flotaba, blanca y grande, en un cielo despejado.

– Es gracioso, –murmuré, –¡parece funcionar, un burdel ideal!

¡Extraño efecto de estas palabras! La sala, ampliada, amueblada con sillones, divanes y espejos, estaba poblada de mujeres fantasmales en las que reconocí a las cortesanas iniciáticas de mi adolescencia. Era bueno, infinitamente más grande, más lujoso, más cómodo y más rico en carnes venales, una sala de estar en una casa de tolerancia. Los fantasmas, cada vez más precisos y pesados, me guiñaban el ojo o hacían cobardes gestos de captura. Y, como las múltiples voces del torrente que se desborda, escuché en muchos susurros: “¿Me acompañas, rubio bonito?...”

XXIV

Había ahuyentado a los fantasmas impuros. Pronuncié:

– Es el cumpleaños de mi madre y la hora de comer. Mis padres se sientan, sonrientes pero tristes, en la mesa familiar donde un lugar, el mío, queda vacío.

Mientras hablaba, el paisaje familiar vivía ante mis ojos. Mi madre, mi padre, mi hermana se sentaron, se sonrieron y, a veces, se dieron la vuelta para secarse una lágrima. Por un momento, pensé que estaba en el pantoscopio, mis ojos se hicieron penetrantes por el velo de la fuerza óptica. No, no estaba en el pantoscopio, ya que escuché, palabras y ruidos de la vida allí.

Estaba mi madre metiendo el cucharón en la sopera humeante, cuando mis palabras dirigieron y completaron mi sueño:

– Vengo de un viaje. Llamo. Mi madre se apresura a abrir. Ella me reconoce...

Pensé que no tenía sentido continuar. El sueño ya no podía, me parecía, desplegar sino felicidad.

Mi madre me abrazó con fuerza, y mi rostro alegre estaba bañado en lágrimas de alegría. Ella tartamudeó, su voz más vacilante y más débil con cada palabra:

– ¡Hijo mío, hijo mío querido!... Es demasiada felicidad. Me parece que me voy a morir. Tu madre no es lo suficientemente fuerte para el choque inesperado de tanta alegría. La sorpresa, hijo mío, es demasiada: tenías que advertirnos.

En mis brazos temblorosos, la pobre mujer resbaló, se hundió, un bulto inerte. Mi padre, mi hermana, yo, nos apresuramos a socorrerla, torpes y atribulados. Mi corazón era un peso extraño que, por no sé qué obstáculos espinosos, cae y se desgarrar; luego, de repente, se vuelve más claro, se desvanece, se derrite. Me reproché la imprudencia de mi conducta: “Soy increíblemente estúpido... ¡increíble!” La última palabra fue, en una noche de dolorosa afirmación, el destello de la duda que rasga victoriosa el horizonte. Me imaginé que estaba soñando y que podía dirigir mi sueño. Y esta frase se precipitó, deliberadamente, de mis labios temblorosos:

– Mi madre está volviendo en sí.

Se levantó, en efecto, lentamente, en un despertar. Y su mano pasó por su frente y sus ojos, ahuyentando la última vaga somnolencia, las últimas nubes de estupor flotante y obstinado. Sus mejillas, terrosas y aburridas ahora, volvían a florecer con los colores de la alegría, los hoyuelos de una sonrisa.

Ya no necesitaba apelar a mi voluntad. El sueño desenrollado de sí en un movimiento armonioso de cuatro amores que se encuentran. Me envolvió en quién sabe qué dulzura real y cálida; me meció en una suave felicidad; finalmente me durmió como un niño entre visiones frescas y paradisíacas. Me encerró en varios círculos de sueños y felicidad. Sabía que soñaba con tales sonrisas y tales flores. Pero también sabía que otras sonrisas y otras flores rodeaban mi sueño y que despertarme no me haría perder nada.

¿Cuánto duró el estado singular en que me vi como un hombre feliz que duerme y la felicidad precisa de su vida lo envuelve en una atmósfera de felicidad soñada? No sé.

Cuando me desperté, me sentí por primera vez en un baño de amor. Pero me levanté de la cama y una preocupación superficial se deslizó junto a mi felicidad. Surgió en mí esta pregunta: “¿Hasta dónde llega el sueño?” Como una ráfaga

de viento soplando lejos, olería todos los perfumes, esta pregunta dispersó mi alegría.

He aquí, que me encontré solo en la oscuridad del sepulcro. No tengo miedo de la noche; pero el más valiente, grita desconcertado ante una caída demasiado repentina. Ahora mi grito de asombro era este: “¿Estoy muerto?” ¡Oh poder de la palabra! Me sentí rígido en un estrecho ataúd; mis brazos estaban apretados contra mi pecho. ¡Y, por mis miembros desnudos, y por todo mi pecho desnudo, sentía horribles dolores! Por toda mi cara había un enjambre suave, viscoso, excavador y roedor. “¡Oh! los gusanos del sepulcro me despojan de mi carne. ¡Ay! ¡mis ojos, mis pobres ojos!... Los gusanos devoraron, lentamente, inexorablemente, mis párpados y mis pupilas. Grité horrorizado y grupos de gusanos cayeron en mi boca abierta. Desintegraron, invadieron, numerosos blandos y activos, mis encías, mi lengua, mi paladar.

Sobre la piedra de mi tumba, mi madre, arrodillada y postrada. Todo blanco y arrugado tan profundamente viejo, ¡viejo! Nunca había visto nada tan antiguo; viejo, ¡ja! viejo como la desesperación.

Dije en voz baja:

“La muerte es una terrible pesadilla.

Ahuyentado por la palabra, la odiosa visión desapareció. Méloé, llamada, sin duda, por un recuerdo y un deseo inconscientes, me sonrío, posada en un árbol. Y dijo estas extrañas palabras: “La muerte es una terrible pesadilla... sí... para los vivos”.

“Méloé”, le ordené, “no te quiero desnuda en ese árbol”. Son los monos y los atlantes los que se posan desnudos en los árboles. Méloé, ya no eres atlante: la mujer es del país de su amo. Viste tu cuerpo. Oculta a otros ojos este cuerpo que sólo me pertenece a mí.

Mis pensamientos cubrieron a Méloé con una bata de seda, retorcieron y levantaron su cabello a la moda de París, arrojaron un elegante sombrero sobre su cabeza.

Aquí está. Méloé del brazo, caminaba por los bulevares rodeada de admiración y celos. Los periodistas de las terrazas de los cafés decían: “¡Maldita sea la mujer bonita! Daría, por acostarme con ella, el producto de mi último chantaje. Las chicas decían: “¡El chico guapo! Si quisiera ser mío, le traería todas las brasas que recogí. ¡Y lo que batiríamos para complacer a nuestro hombrecito!... Los ingenuos provincianos abrían los ojos como platos al pasar susurrando: “¡Oh! ¡Oh! la hermosa pareja! solo los ves así en París”.

Yo digo:

– ¡Mi coche!

Enjaezada por caballos de pura sangre, una magnífica Victoria llegó hasta el borde de la acera. Y subí con Méloé.

Me apreté contra ella y le pregunté:

– “¿Eres feliz, amiga mía?” ¿Te arrepientes de algo? ¿No es mejor vivir aquí, rica, honrada, superior a los demás, que perderse, pobres unidades indiferentes, en la banal multitud de tantos hermanos estúpidamente felices y tantos primos cuadrúpedos o cuadrúmanos?

– ¡Ay! – suspiró Méloé, – ¡Me arrepiento de mi cinturón y mi poder de vuelo. Extraño la libertad de mis miembros desnudos, extraño la belleza opulenta y suave del paisaje, y el sabor derretido de las frutas, y mis comidas inocentes, y la alegría que daba a mis ojos la noble desnudez de todas mis hermanas y de todos mis hermanos. ¡Ay! como me arrepiento!...

La interrumpí abruptamente:

– Te arrepientes especialmente, desgraciada, de no poder apartarme más; te arrepientes de no poder expresar más tu odio. ¡Cállate y sonríe, esclava!

La había agarrado por las muñecas. Las apreté hasta que quedaron magulladas. Pero ella se me escapó,

abruptamente, abrió la puerta, saltó a la carretera, huyó. La perseguí en un jadeo de pesadilla. Ella estaba gritando:

– ¡Ayuda! al asesino!

Y una multitud de intenciones inciertas y clamores corría detrás de mí, estaba a punto de alcanzarme.

– ¡Ay! no, eso no. ¡En la antigua Roma!... Yo soy el amo, y Méloé, la esclava... Méloé, quítate la ropa. Ofrécete desnuda al látigo del lorarius. Los golpes te domarán como a una bestia rebelde. Entonces seré dueño de tu cuerpo rayado. Como no te estremeces de alegría con mis besos, tus estremecimientos de sufrimiento, de memoria y de aprensión me serán más voluptuosos que el placer mismo. El placer se vuelve insípido, no agudizado por un dolor vecino. Sé a la vez la belleza que goza mi cuerpo, el dolor ajeno que alimenta mi espíritu y la humillación que sirve de pedestal a mi orgullo.

Durante mucho tiempo continué mis juegos de odio amoroso. Pero demasiadas veces cruzó por mi mente, inquietante, la idea de que se trataba de juegos irreales: el sufrimiento con el que yo era feliz, nadie, ¡ay! nadie sufría por él; mi victoria se evaporaba, pobre ilusión, cuando reflexioné que ella no estaba hecha para nadie.

En una irritante irritación, finalmente presioné el botón indicado por Makima: la abertura que conectaba el

onirógeno y el pantoscopio dejaba entrar una luz, aún antinatural, que sin embargo hacía huir a los fantasmas. Y el anciano se situaba a mi lado.

– “¿Eres feliz?”, preguntó, con una sonrisa suave.

Respondí con fiereza:

– Más infeliz que antes.

Y respondiendo a sus ojos, que eran dos ascuas asombradas:

– La verdadera buena fortuna es victoria y orgullo. Una buena fortuna soñada es derrota y humillación.

– ¡Ay! –dijo ingenuamente– eres hostil hasta en el amor.

Me eché a reír por este niño, y noté:

– Aunque conozcáis hoy los secretos mecánicos que conoceremos mañana, vuestra simpleza os convierte siempre en pobres salvajes desconcertados ante nuestra rica complicación.

Se encogió de hombros. Temía que el predicador el maestro comenzase un largo sermón. Solo dijo:

– “Tienes riquezas muy dolorosas.

– La alegría sin dolor apenas se siente, y una corona que no hiere la frente no tiene el peso del oro.

– ¿Pretenderías ponerme celoso de tus magulladuras y de tu rico dominio de ortigas y zarzas?

Añadió, en tono pensativo, estas extrañas palabras:

– Todo es todo; nada es nada En un sabio, todo toma la forma pacífica de la sabiduría y la alegría. En un loco, todo se vuelve locura; todo agita el caos insoportable y doloroso.

Esta filosofía incomprensible me irritó. Para detener esta charla vana, pregunté, mientras tanto atravesábamos el pantoscopio:

– “¿Te encierras a menudo en onirógeno?”

– Muy raramente: ¡la isla es un vergel de alegrías objetivas!... El onirógeno es sobre todo el refugio de los que mueren demasiado tarde. Si Osaï dejara la vida que conocemos antes que yo, a mi regreso del funeral, me encerraría en onirógeno para morir al lado de la amada... ¿Ves, allá, en esta pirámide, estas grandes letras de fuego? Dicen: “Tacmar se metió en el onirógeno”. Los amigos de Tacmar entienden esta despedida. De hora en hora, miran si se completa la eutanasia en el pantoscopio. Déjame ver, hijo mío. Se detuvo y salí. Pronto se unió a mí en la gran higuera.

– “Tacmar está muerto. ¿Vendrás conmigo a su funeral?”

XXV

Por la ventana más alta de la pirámide de Tacmar salía un lecho de azur de cinco metros de largo. Angosto en el estrecho pasadizo, inmediatamente en el espacio libre se ensanchaba por sí mismo, tornándose casi cuadrado. En el centro del piso aéreo y volador, el cadáver. En cuclillas, con las piernas debajo de los muslos, la cabeza inclinada hacia adelante, parecía estar en una especie de viaje inmóvil y pensativo. Mi asombro fue expresado por una extraña palabra en la que no había pensado.

(Sucedee que digo cosas sin saber; sucede que mi palabra, apenas pronunciada, me golpea como si viniera de otro, y entonces trato de comprenderla. Esta extraña inversión era rara antes de mi llegada a la Atlántida; desde entonces, ocurre con una frecuencia que, de pensarlo, me espanta. ¿No será esto un pródromo de locura?... Tendré que consultar a un médico... ¡Qué tonto soy! ¡Como si supieran algo, los médicos!...)

Así que me quedé asustado frente a la palabra extranjera que había pronunciado, porque había dicho, mirando el cadáver:

– “Parece una transición...”

Seguía escuchando, con el asombro de mis oídos y de mi mente, las vibraciones inesperadas que producían mis labios y no escuchaba a Makima hablándome. Fue sólo cuando se quedó en silencio que presté atención a sus palabras. (¿Por qué, ese día, varias de mis percepciones llegaron con preocupantes demoras?...)

La extraña y tardía carrera de mi mente en busca de las palabras desaparecidas sólo pudo alcanzar algunas, las últimas. ¡Qué misteriosas eran!

– Nuestra esperanza circular le ha dado a Tacmar la misma actitud que le dio la naturaleza, hace ciento veintitrés años, en el vientre de su madre.

Tal vez iba a pedir una explicación. Vi, a corta distancia, a Méloé. Empujado por no sé qué sentimiento perturbador, caminé hacia esta mujer que me despreciaba y a quien yo odiaba. Una ansiosa curiosidad me hizo decir, al acercarme a ella, la frase que, en el onirógeno, parecía haberla evocado:

– “La muerte, Méloé, es una terrible pesadilla.

¡Ay estupor! su respuesta susurró, como en un sueño:

– ¿Una terrible pesadilla?... Sí... para los vivos...

Afortunadamente para mi razón, Méloé agregó nuevas palabras:

– Para los vivos que no saben.

Las primeras palabras, un eco sonoro de palabras irreales, habían proyectado una sombra aplastante indescriptible sobre mí y a mi alrededor. El final de la frase, aboliendo la semejanza entre la vigilia y el sueño, relajó, si no deshizo, la angustia. Intenté, por la agitación de la risa, rechazarlo por completo:

– Entonces tú, –pregunté (y mi voz era una mueca que me asustó), –entonces tú, ¿sabes? Dime lo que sabes...

Y había un vago temblor de esperanza en mi ansiedad.

Pero ella, envolviéndose en un sinuoso rechazo:

– “Lo que sé, si te lo dijera, no lo sabrías todavía. Lo que yo sé, la Palabra circular de vida proclama a vuestro alrededor por billones de murmullos, voces y gritos; pero no escuchas nada, y lo que el universo te está enseñando, aún no lo sabes. Lo que sé, si un día el ser profundo y secreto que eres lo dice a la apariencia que tomas por ti mismo, lo sabrás.

Pero ella hizo una mueca dolorosa y continuó:

– Olvidé que tú mataste y que, en consecuencia, te mataste. Creemos que matamos afuera, ¡ah! ¡Ja! Matamos por dentro. El Tú interior no hablará durante lo que llamas tu vida. Está muerto hasta el despertar que llamáis vuestra muerte. ¡Ay! el pobre animal en el que la posibilidad humana, la esperanza misma de saber y de ser, está aplastada hasta mañana. ¡Ay! ¡El desgraciado que cree que busca la luz, pero antes se saca los ojos!

– Méloé, –dije, molesto por estas fórmulas pomposas y vacías, – Méloé, en el onirógeno te poseí.

– “¿Qué me importa lo que pase en el onirógeno?”

– Méloé, en el onirógeno, te golpeé, te violé, te ensucíé como una prostituta y te azoté como una esclava, te humillé de mil maneras, yo...

– En el onirógeno puntiagudo y multiforme, estabas solo. Sólo podías humillarte y degradarte a ti mismo. Solo podías lastimarte a ti mismo.

Así que peleamos con odio y sin embargo volábamos detrás del extraño carro mortuario que entre los aires altos se llevaba un cadáver semejante en actitud a un niño que aún no había nacido, un pasado empobrecido y despojado de todo en sí mismo, al que estos locos habían dado la forma

plegada del futuro cuando está por remontarse hacia la indeterminación de las riquezas y las esperanzas.

– Méloé, ya no estamos en el onirógeno, y aquí, de cara al cielo, de cara a la muerte, muy por encima de la vida de árboles y animales, te grito amargamente mi odio, te grito y rujo mis ganas de hacerte daño. La única rutina cuya vista me levanta, ¿sabes que es la rutina de torturar y matar?

– Tanto en el sueño como en la vigilia, en el espacio informe e inconmensurable como en el puntiagudo onirógeno, en todas partes tus ideas, tus sueños, tus deseos toman la horrible forma de tu mente. No me gustan las bestias y los pensamientos reptantes; No me gustan las bestias y los pensamientos apestosos; no me gustan. Bestias y pensamientos que silban y lanzan picaduras venenosas. ¡Aléjate de mí! Dirígete a los hermanos a quienes te has revelado menos claramente y están menos disgustados por tu presencia.

– “Me gusta el desprecio que te inspiro, ya que es doloroso. Amo todo el mal que puedo hacerte desde mi presencia, ¡oh alegría! Se ha vuelto doloroso para ti. Te impondré mi presencia.

– “Entonces seré yo quien se hará a un lado”, dijo.

Se elevó aproximadamente un paraca por encima de la multitud.

La seguí, declarando:

– Soy obstinado y mi cinturón vale tu cinturón.

Volvió sus ojos enojados hacia mí y sentí en todo mi ser un estallido de risa y placer. Pero casi llora:

– “¡Vete, porque no puedo soportar más tu locura y tu hedor!” ¡Vete, o mi cinturón desarmará tu cinturón! ¡Vete o, de ahora en adelante, frente a estos miles de testigos, sonrojados por la humillación, caerás, pobre bestia de lodo que un pájaro se llevó en sus garras y que de repente suelta!

Llevaba una mano irritada a su cinturón: creí sentir que el aire ya se abría bajo mi caída. Me alejé, en una huida precipitada y temblorosa, de esta mujer tan profundamente malvada y peligrosa.

XXVI

Sobre una pira de madera aromática habían colocado, encerrado en un saco de amianto, el cadáver de Tacmar. Parte de la procesión rodeó la hoguera en tres círculos singularmente dispuestos. El primero tenía un paraca de diámetro, y los atlantes que lo componían, cinturones abiertos, tocaban el suelo con los pies. El segundo flotaba, a medio paraca de altura, una circunferencia como de seis paracas. El tercero, un paraca más alto, ensanchaba una copa de por lo menos doce paracas. El coro inferior se volvió de este a oeste y entonó un canto llano aburrido y lúgubre. El círculo central permaneció inmóvil y mudo. La vasta corona giraba de Oeste a Este, cantando una música alegre, una música alada como la esperanza.

El resto de la multitud prosiguió su vuelo hacia un objetivo desconocido.

– Volvamos, –dijo Makima, –al círculo bajo; deja que el círculo vacilante flote con la muerte; que gire el gran y noble coro de las realidades superiores. Y vamos, si no te importa, al cementerio.

Mientras nos deslizábamos junto con la multitud, me explicó:

– Apenas consumido el cuerpo, la cofradía de escultores recogerá las cenizas y, amasándolas con la goma del multi, hará de ellas, a semejanza de Tacmar, una estatuilla del tamaño de un feto.

Debajo de nosotros pronto torció la grupa irregular de una montaña. Era, se sentía, un montículo inmenso levantado por la mano del hombre. Sus sinuosidades trazaron la forma de una serpiente mordeándose la cola. La cabeza del animal estaba representada por la parte superior. Entonces el cuerpo se enrolló, largo, al parecer, cuatrocientas paracas. Gradualmente, la montaña hundida y encogida disminuyó hasta convertirse en una colina. La esbelta cola de la serpiente penetró hasta el fondo de la boca abierta de par en par. Estaba lejos de llenar la extraña sonrisa; pero una gran bola parecía, incierta, querer salir rodando de la boca, querer rodar dentro del cuerpo monstruoso.

– La eternidad –dijo bruscamente Makima –se traga y rechaza el universo.

Entre el globo simbólico y las paredes, quedaron cuatro pasajes. Todos los atlantes entraron por el pasaje inferior izquierdo, y salieron por el pasaje superior derecho.

Detrás de mi guía, entré en la boca de la serpiente. En el interior, las habitaciones se multiplicaron, formando un laberinto desconcertante para los no iniciados. Las paredes portaban, a diferentes alturas, estrechos estantes. Alineadas allí, por miríadas, había estatuillas que eran otras tantas personas muertas, según las palabras de Makima sobre el futuro de Tacmar me hicieron adivinar. Debajo de cada estatuilla, una inscripción muy breve, –un nombre y dos fechas tal vez.

Pero lo que hacía el misterio del lugar era la luz. Ella no venía de afuera. Tampoco estaba cubierta por lámparas, y ninguna llama brillaba en la enorme cripta. Parecía emanar, incontablemente pálida, de las propias estatuas.

– “Makima”, le pregunté con un escalofrío, ¿Son los muertos quienes nos iluminan?

– “Sí, hijo mío.

Y el incurable charlatán filosófico añadía:

– Sólo la muerte ilumina el misterio.

XXVII

El regreso, al principio, fue silencioso. De pronto saltan mis largas reflexiones, recogidas, en un resentimiento que triunfa:

– “Hace unos días afirmaste que los atlantes estaban libres de toda religión, ¡oh engañoso Makima!

– Ese día, hijo mío, tal vez llamamos religión a los lazos artificiales con que pretendes unir a los hombres entre sí y a los hombres a la unidad de las cosas. Llamamos religión a un sistema cerrado de dogmas. Si, a vuestros ojos mejor ilustrados, la religión es hoy el sentimiento inmediato de la fraternidad humana, y no ya la loca afirmación de que descendemos todos de una sola pareja esculpida por las manos de un trabajador sin manos, entonces somos los más religioso de los hombres. O, si llamas religión al sueño

inquieto y amoroso que se estremece alrededor de las cosas y trata de penetrarlas como un aire sutil y que, sabiendo que todo se mantiene unido, ignora cómo todo se mantiene unido e imagina la unidad de mil maneras flotantes y móviles... ¡Cuán religiosos somos! Pero la palabra que expresará la vida y su fuente interior, ¿significará también un burdo mecanismo y la clave a partir de la cual se recompone?... Elige, Jacques. Si no crees que tu reloj y tu cuerpo son dos máquinas similares, no confundas tampoco la religión mecánica que repite y la religión viva que habla. No confundan al fiel, esta rueda dentada que suena todos los años en las mismas fiestas, este autómatas arrodillado y levantado por el gesto lejano del sacerdote, con el religioso, este espíritu libre que medita, que ama y que sonrío. ¿Llamaremos religión al culto obedientemente aceptado desde fuera, o a la creación interior continua y en movimiento?

Destruí, por la declaración de un hecho, toda esta palabrería:

– Tenéis, lo vi claro en el funeral de Tacmar, ritos fijos que expresan una doctrina común.

– “¡Error, hijo mío! La inscripción de fuego que anunciaba la muerte cercana de nuestro hermano también decía que murió en el sueño circular. Soñamos detrás de él sueños armoniosos con los suyos. Bailamos fraternalmente, al ritmo de su último pensamiento, un coro de pensamientos. Pero,

no más en nosotros que en él, ninguna esperanza se convirtió en fe, ninguna imaginación se convirtió en fanatismo afirmativo.

- “¿Cómo puedes vivir con tanta incertidumbre?”
- “Pero en tu caso, ¿cómo tolera tu mente la vergüenza y el cosquilleo de una actitud que no cambia?” Tu cuerpo, mientras está vivo, necesita estar de pie, a veces de pie, a veces sentado, a veces acostado. Pero vuestro espíritu acepta la inmovilidad y la parálisis en el estrecho ataúd de una doctrina. Es que en realidad no tienes una mente metafísica o un alma religiosa. Es que podéis vivir vuestra vida elemental sin soñar con la unidad y sin amarla. Pero entonces, ¿por qué pronunciáis palabras que os son inútiles y cuya fijeza las convierte en mentiras?

Estaba a punto de decir: “Estás loco”, aunque dije, más cortésmente:

- “Tu fugaz sabiduría me confunde. Pero frente a mí Méloé afirmó el círculo, y la multiplicidad de existencias, y no sé qué misterios todavía... Y afirmó insultantemente que lo que decía no lo podía oír.

- Estamos de acuerdo en que yo, hijo mío, y Méloé, flotando en palabras soñadoras el vuelo esquivo de sus pensamientos, sintió, sin duda, que no estaba agitando uno de sus pensamientos. Había notado que sólo eres capaz, en

el misterio fluido e informe, de dos o tres afirmaciones ridículamente sólidas y precisas.

- Estás equivocado. Fue Méloé quien afirmó.
- Las palabras, sobre todo en tu idioma, son de gente ingenua que siempre afirma. Esos pesados seres sin cinturones aplastan el suelo y, en cuanto intentas hacerlos volar, caen pesadamente. El que habla de cosas nobles habla más allá de las palabras. Trata de escuchar más allá de las palabras.
- Méloé afirmó que porque maté, ya no puedo saber.
- Méloé tiene razón. Una persona muerta no es una persona viva. Pero ella solo estaba afirmando, supongo, su propia vida y el impulso de su alma.
- No está tan claro.
- ¡No soy un mentiroso y un sacerdote, para ser claro cuando hablo del misterio!
- “Entonces es mejor que no digas nada.
- “¿Sé lo que es el amor?” Sin embargo, se me ocurre decir: Me gusta. Y esta palabra, a la que nuestras emociones dan sentido tan misteriosamente es, como toda palabra de sentimiento o sueño, el centro radiante de un vasto silencio. Las palabras son apariencias inmóviles, pero las realidades

son movimientos vivos. Tan pronto como mi pensamiento quiere seguir una realidad, cualquiera que sea la palabra que pronuncio, no es a él a quien escucho, es a mi alma. No es a él a quien debes oír, es a tu alma. El habla articulada es tan impotente ante las cosas profundas como el grito de un animal ante los análisis más fáciles. En la prisión de las palabras, toda sabiduría se vuelve locura. Si no eres el Liberado–Libertador que puede entenderse y oír al alma vecina, nombra las flores, nombra los frutos, nombra los árboles, regocíjate en las bellas apariencias, enorgullécete de ser superior al animal sin lenguaje. Pero no des nombres de tierra y barro con límpido misterio. El misterio es como el aire. Solidificado por química o definición, se vuelven irrespirables para el cuerpo y el alma.

Pregunté, divirtiéndome con un acento de gamberro:

– ¿Estás seguro de que tienes un alma?

Makima me miró severamente y respondió:

– Nunca he matado.

No había conexión entre la pregunta y la respuesta. Estaba irritado por estas lagunas de mala fe. Pero no mostré mi nerviosismo, y pregunté, seguro de avergonzar a mi interlocutor:

– “¿Y cómo lo defines, el alma?”

Pero él, fiel a su táctica de huida:

– “¿Aún no te has dado cuenta?” No soy el sacerdote que lleva el absurdo hasta el punto de definir lo indefinible.

Me di cuenta, muy suavemente:

– Son procedimientos que facilitan la discusión. En verdad, sin palabras definidas, mi compatriota M. de La Palice ya no vería ni siquiera los medios para hablar.

Makima siguió golpeando el campo:

– El lenguaje, incluso el más sintético en apariencia, es un instrumento de análisis. El análisis, para precisar los elementos materiales, destruye lo formal. En el campo de la química sabemos recomponer lo que hemos descompuesto. No es lo mismo en el mundo moral. Los añadidos con los que creemos que se balancean nuestros análisis destructivos no son verdaderas síntesis. Eres el pobre químico impotente para rehacer lo que deshiciste y que dice, ingenuamente: “El agua es sólo oxígeno e hidrógeno; ni el oxígeno ni el hidrógeno son *refrachissants*: por lo tanto, es inútil beber agua cuando se tiene sed.” Eres el niño que quiere saber qué es la belleza, y la desparrama en elementos que también pueden formar fealdad. Eres el loco que quiere penetrar en la esencia del movimiento, y lo detiene para estudiarlo a sus anchas.

Aquí, como para otras conversaciones, repito lo mejor que puedo. Pero no puedo garantizar una precisión absoluta. Mi memoria es excelente; sin embargo, estas locuras incomprensibles, estas tonterías de un catecismo bárbaro que parece rebuznar sí y no en la misma palabra pueden –el lector imparcial comprenderá fácilmente– deformarse en mi memoria.

XXVIII

En la antigua mina de oricalco, iluminada sólo por el brillo del metal, se encontraron todos los náufragos, a excepción de Carlos el Helenista. Este desgraciado se había convertido en un verdadero atlante, en un entusiasta del pueril pueblo, en un renegado de nuestra viril civilización y de nuestra valerosa patria. Pero, afortunadamente, con excepción de él, todos los civilizados estaban aquí unidos por el mismo odio contra los salvajes.

El capitán habló.

“Estamos”, comenzó, “en un país que es enloquecedoramente rico y prodigiosamente fértil”. ¡Pobre de mí! la hosca voluntad de los indígenas hace inútiles las riquezas y la fertilidad. Aquí se desperdicia abundante comida y, sin embargo, en otros lugares, en los países que amamos, cuántas personas se mueren de hambre. Debemos

devolver a la humanidad esta gran isla que le ha sido arrebatada.

Todos aprobaron.

– Debemos aportar al tesoro común los inventos de estos salvajes en óptica y mecánica. Debemos producir y dar fruto en esta tierra todo lo que ella puede producir. Debemos rescatar a sus habitantes de la pereza, madre de los vicios. Calculé y descubrí que, en promedio, ninguno de estos seres indolentes dedica dos horas al día a un trabajo realmente productivo.

Hubo un murmullo de indignación por toda la caverna.

– “Si están de acuerdo conmigo, camaradas, tomaremos este país. Lo dividiremos en provincias, cada una de las cuales será gobernada por uno de nosotros, y proclamaremos un rey entre nosotros.

Hubo algunas protestas:

– “¡No, no, rey no!” No queremos un rey.

“Tienes razón”, prosiguió el orador. Los reyes han tenido su día. Daremos un presidente a la república que formará la federación de las provincias.

– ¡Sí, sí! Está bien eso. Una república y un presidente.

– “Pero no podríamos garantizar con seguridad derechos cívicos a los salvajes”. Es necesario, en su propio interés, acercarlos gradualmente a una noblemente vida humana, reducirlos, ¡bajo un nombre amable que queda por determinar!, a una verdadera esclavitud. Dura necesidad tal vez, pero inevitable.

“¡Sí, sí, debe ser!”

– Cada sobreviviente de la gloriosa empresa tendrá su provincia. Será presidente de la confederación aquel a quien su confianza le conceda la provincia central. Por supuesto, dejaremos a nuestro hijo mayor nuestra herencia real. Porque estableceremos, ¿no es así? Nobleza europea del matrimonio y familia cerrada.

– “¡Bravo, bravo, capitán!”

– Creo que estamos de acuerdo, mis queridos compañeros, en el fin a perseguir. Queremos apoderarnos de este país, salvarlo. Queremos tomar todo este polvo disperso de individuos sin ley y carentes de moral y cimentarlo en una sociedad hermosa, bien vigilada, bien regulada y bien disciplinada. Queremos librar de la locura, la anarquía y la improductividad el más admirable de los dominios humanos que se extienden bajo el cielo. Como quien lleva un barco a puerto, queremos traer de vuelta esta isla al concierto de los pueblos y fijarla, si se me permite decirlo, con las anclas de la civilización y el comercio.

Valientemente realizaremos todo su poder productivo y cambiaremos sus maravillosas riquezas naturales por el oro de los continentes. El trabajo organizado dará veinte veces más de lo que se necesita para nuestra gente regenerada. Nuestras minas de oro son más opulentas que las de América u Oceanía, y el orichalcum, por sus cualidades únicas, sin duda será valioso para la industria. Tal vez esté destinado a reemplazar la plata degradada para la acuñación. Unos años de esfuerzo y, con una Inglaterra infinitamente más rica y más poblada, seremos los árbitros del universo.

La cueva resonó con largos y orgullosos gritos:

– ¡Gloria, gloria, riquezas y larga vida a los reyes de la Atlántida!

El capitán continuó:

– Pero, pueden decirme, camaradas, somos pocos en número para una empresa tan vasta. Error, mis amigos. Cada pueblo está dividido consigo mismo. Siempre hay en la mente del hombre una insatisfacción con lo que es, un noble anhelo por lo mejor. Estas llamadas del futuro, uno trata, en períodos de tranquilidad, de sofocarlas en uno mismo. Pero si surgen problemas, la historia nos muestra regularmente esta fuerza de la novedad de esperanza levantando las naciones y luego disponiendo la multitud del lado de los audaces innovadores. Un pueblo es una revolución latente

que, como el mármol espera a su escultor, espera a su revolucionario. O mejor dicho, un pueblo tranquilo es una masa de dinamita que espera furtivamente el susto.

Se quedó en silencio por un momento para dejar que el sonido de entusiasmo disminuyera. Después:

– “Atención, camaradas, lo que acaban de aplaudir no es una suposición ni un deseo: es una ley de la historia. Somos cuarenta, escondidos y como retirados en un rincón de esta noche. Nuestro grito de batalla nos desplegará, si se me permite decirlo en cien mil. Los cien mil más emocionantes, los cien mil más valientes, despertados a nuestro primer gesto, nos rodearán con sus poderosas voluntades. El viento irresistible de cien mil iniciativas levantará, atraerá, se llevará el polvo creciente de las pasividades vecinas. Dos días después de nuestra primera proclamación, seremos mayoría.

Se detuvo unos segundos en medio de rumores inciertos. Como parecían querer durar, pidió silencio con un gesto autoritario acompañado de una sonrisa amistosa. Y prosiguió:

– “Se dice a veces, camaradas, que Fernand Cortés tomó México con quinientos hombres. Esta mentira de gloria es una justicia hecha a Cortés ya que con quinientos soldados el héroe había emprendido la conquista de un vasto imperio. Pero la verdad de antes, que los conquistadores

deben ponderar, es que la mitad más valerosa de los mexicanos se había alineado con los españoles contra compatriotas vagamente obstinados. Camaradas, nuestra victoria será fácil, porque los auxiliares vendrán de todos lados. Camaradas, nuestra victoria será gloriosa porque nos habremos atrevido. Camaradas, la historia dirá: “Fueron cuarenta héroes los que conquistaron una isla cinco veces más grande que Francia y veinte veces más poblada”.

Los vítores eran una tormenta que sube, crece, parece calmarse y vuelve a empezar.

– “Mis queridos compañeros”, concluyó el orador. – todos hemos guardado nuestros revólveres, y conozco una especie de museo, la casa del historiador Yupanghé, donde duermen innumerables armas poco diferentes de las que todos conocéis. He observado las costumbres de este Yupanghé y sé cómo apoderarme de la cantidad útil de estas armas sin que nadie se dé cuenta. Despertaremos, a nueva vida y gloria, a las nobles durmientes. Seremos los príncipes esperados por todas estas bellas durmientes. Por otro lado, la pólvora y las balas necesarias ya están listas. Dentro de ocho días sabéis que los atlantes se reunirán innumerables para la gran fiesta teatral que dará la fraternidad de artistas de Azaïde. Estaremos armados en esta multitud desarmada; seremos los audaces en esta multitud cobarde. Le propondremos y, si es necesario, le impondremos el saludo.

– “¡Viva el capitán!”

– “Yo”, dijo una voz que venía de no sé qué grieta, no digo: “¡Viva el capitán!” Grito: “¡Viva los cuarenta reyes y viva el emperador!”

Todos éramos, incluso los republicanos de antes, tantos ecos entusiastas:

– “¡Viva los cuarenta reyes y viva el emperador!”

Pero, mientras salíamos, embriagados de esperanza y de gloria:

– “Cuarenta”, me susurró alguien, “es realmente demasiado”. Ojalá treinta mueran en el negocio. De lo contrario, habrá que luchar.

– ¡Oye! –respondí, –muchos se irán cargado de oro. Muchos nuevos reyes estarán ansiosos por vender su reino.

– ¡Silencio! –dijo el capitán, que había oído. Venid conmigo. Nos reuniremos con siete, los siete más seguros, y juraremos solemnemente matar a los demás después de la victoria... Os diré el camino. ¡Comprad reinos! mientras te vas, mi querido Jacques. Los reinos son caros y un buen príncipe es ahorrativo.

XXIX

Los Siete se separaron, saludándose solemnemente con los títulos que acababan de asumir:

- Hola, Emperador de Atlantisl
- “¡Salve, Rey de Amphers!”
- “¡Salve, rey de Euemonia!”
- “¡Salve, Rey de la Muéséide!”
- “¡Salve, rey de Elisippus!”
- “¡Salve, Rey de los Azazedes!”.
- “¡Salve, Rey de Diaprepes!”

Suelo ser un chico bueno, gentil, indiferente a muchas cosas y sin ambiciones revolucionarias. En los países donde hay leyes, obedezco religiosamente las leyes, cualesquiera que sean, y no sueño con quejarme de los límites razonables que imponen a mis apetitos.

Pero aquel día, en el aire refrescado y rejuvenecido por la mañana, me repetí, con una alegría como furiosa, la despedida de mis compañeros:

– “¡Salve, Jacques I, Rey de los Diaprepes!”

Es que, primero, donde no hay caminos, puedes ir a cualquier parte; donde no hay leyes, todo está permitido y se hace imposible distinguir la sabiduría de la locura, lo accesible y el precipicio, la seguridad y el peligro: el hombre se suelta en plena embriaguez. Por encima de todo, Méloé era una Diaprèpe. Unos días más, y la orgullosa y desdeñosa Méloé sería ante mí una esclava que tiembla ante su rey. Un rey siempre es amado. Méloé sería la esclava que tiembla de miedo, que tiembla de admiración y que tiembla de amor.

Pero yo, ¿qué sería? ¿Sería yo el enamorado del primer encuentro estrellado y coronaría de oro y de gloria y de besos la altiva frente? ¿O, recordando atropellos verdaderamente imperdonables, convertiría al niño desdeñoso de ayer en un juguete que pronto se aplaza? Esto mas bien. Entre estas atlantes que eran, en un examen más

detenido, verdaderas mujeres públicas, entregadas a todos los deseos, sin duda podría elegir algunas amantes de una hora con una sonrisa. Pero, para la unión que dura toda la vida, para la unión que dura para siempre, la que crea al hijo y al heredero, por la noble unión que consagran las leyes y solemnizan las ceremonias, esperaría hasta que nuestras relaciones con los pueblos antiguos del continente me permitieran elegir, en las familias reales de Europa, una mujer de mi raza y rango.

Volaba feliz sobre la tierra que me fue asignada. Dije, mirando hacia abajo:

– “Tierra, productos, pirámides y habitantes, todo esto es mío”.

Más que nunca admiré el extraño país. ¡Ay! ¡Cómo, por pertenecerte a ti, se embellece un dominio!...

A veces, gozando de la extensión y de todo mi reino, revoloteaba en las alturas y me parecía que mis ojos alzaban, se llevaban toda esta tierra, como las garras del águila se llevan una presa. A veces me acercaba, ávido de detalles. Así se retrocede para poseer todo lo amado con una sola mirada, luego se acerca para besarle la boca o mordisquearle el pecho.

Nobles llanuras del Diaprépide, fuisteis hermosas y embriagadoras para mí como, en el barco que huía, Helena

para Paris o como Eurídice redescubierta, para Orfeo. Cebada y trigo, océano fecundo encerrado en los acantilados verdes de los árboles, agitabas tus pesadas y anchas olas de oro amarillo, tus pesadas y anchas olas de oro rojizo bajo los vientos. Cabellos oscuros de las palmeras, en mis ojos se movía el cabello mismo de Méloé y, entre las enredaderas, un vestido flotante que se entreabre y se cierra, el tembloroso pudor de tus racimos me hizo soñar con pechos temblorosos.

Me dejé caer entre setos de arrayanes y bebí los céfiros de la miel. Luego caminé un rato bajo un callejón de canelos que, bajo el peso de las flores, se doblaban en porches de sombra y perfume. Otros cerezos se mecían, ramos vivos de hojas verdes, flores blancas y frutos rojos. Los arroyos murmuraban, sin cesar, mi felicidad, mientras mil pájaros, con un canto variado, ya cesante, ya reanudado, proclamaban la enloquecedora diversidad de mis alegrías y un río cantaba ampliamente mi gloria. Entre los pastos de la orilla, las aves del paraíso saltaban, como un festín de colores, y los pavos reales hacían vibrar con un ruido casi metálico las joyas de sus redondeadas colas sobre ellos como un dosel deslumbrante, otros, posados en ramas bajas, dejaban esparcir su belleza. Salí y descendí tranquilamente al suelo. Como los brocados de un manto real, volaron colibríes, familiares, alrededor de mi cabeza, corona momentáneamente desatada, surgiendo momentáneamente del bosque de canelos y cerezos. Soñé

largo rato bajo gigantescos naranjos que se extendieron por encima de mí.

No sé qué cielo esmeralda se iluminó de estrellas cándidas como promesas y se iluminó de pesados y magníficos soles dorados como una gloria realizada.

XXX

La presencia de un atlante me resultaba insoportable. Odiaba el desprecio de Méloé por todos, que me dolía, no como sentimiento individual, sino como repugnancia y desprecio de toda una raza. ¡Es tan natural que los salvajes crean inferior al extranjero hasta el día en que ese extranjero se manifiesta como el rey que adoramos! “Unge al villano, él te señalará; agarra al villano, él te ungirá”. Por prudencia, los conspiradores no debían volver a reunirse hasta la mañana de la Revuelta, por unos momentos, para compartir armas y municiones. Sólo podían guiarme mis odios, mis deseos, mis esperanzas.

Siempre veía a Makima, por miedo a despertar sus sospechas. Pero solo era feliz cuando podía extender ante mis ojos el futuro y su belleza difusa, como una hoja de luz que flota gozosamente. Mi vuelo continuo a veces visitaba

mi reino, a veces las otras partes de la isla: un buen rey no debe ignorar los recursos de sus vecinos.

Un día, había vagado muy lejos. Ebrio de velocidad, ebrio de altura, me deslicé por las frías y excitantes regiones del aire. Llegué a una costa desconocida y, a poca distancia de la Atlántida, vi dos islas y tuve la curiosidad de visitarlas.

Bajé a la primera. Pero, a una paraca del suelo, me detuve, escuchando y tratando de ver. El maullido de un tigre se elevó y la atmósfera tremendamente inquieta estaba cargada con el olor de los animales salvajes. Entre dos grandes árboles, una vid se estremeció y resbaló; mis ojos, vacilantes al principio, reconocieron a esta enredadera demasiado viva como una serpiente. Atlantis no contenía animales peligrosos. Me sorprendió encontrarme con esta amenazante fauna a tan corta distancia.

Con la mano en mi cinturón, listo para cualquier maniobra de vuelo, examiné, desde bastante altura, además, la isla de las fieras. Un objeto pesado y violento cayó a mi lado con un silbido. Hubo un sonido de ramas rompiéndose, luego un estruendo de explosión y, en un gran ramo de llamas, fragmentos negros dispersándose.

– ¡Una bomba!

Suposiciones sombrías cruzaron por mi mente. ¿Descubrieron los atlantes la conspiración? ¿Serían, con

armas perfeccionadas y jaurías de feroces animales, como atacarían a cada uno de los conjurados? ¿Esa apacible dulzura tan alabada por Makima podría ser sólo hipocresía o, vagamente sincera y desaparecería a la primera prueba? Rápido, huyo a la otra isla.

Estaba como máximo a veinte paracas de la isla de las fieras cuando sentí que mi vuelo se detenía ante un obstáculo invisible. Nada frente a mí excepto la vasta luz del día y, sin embargo, mi cuerpo se tambaleaba. ¿A que?...

Instintivamente mis manos hacían en el aire el gesto con que un nadador se abre paso. Como si presionara un objeto resistente, mi cuerpo fue lanzado suavemente hacia atrás. Intenté veinte veces forzar el paso; veinte veces fallé. Quise cambiar de dirección: el obstáculo invisible me obligó a retroceder un poco como si, en una noche aterradora, hubiera tanteado contra la concavidad de una pared circular.

“¡Sucio país amañado!” –susurré. Aquí estoy ahora prisionero de una prisión invisible. ¡Oh eso! ¿Me habrían condenado a vivir entre tigres, entre serpientes y entre bombas explosivas?

Un proyectil, precisamente, vino a pasar por encima de mi cabeza, muy alto, tal vez treinta paracas. Iluminó mi mente.

“¡Gracias, bomba! –Este muro invisible, que no te detiene, por lo tanto no sube a las estrellas... ¡Con tal de que no se

complique con un techo invisible!... Pero no, ya que puedes, querida bomba, caer en el suelo.

Salté a una altura prodigiosa y, por un camino libre, gané la isla desconocida que me parecía la salvación.

Estaba destrozado por demasiadas emociones y no había comido ni bebido durante muchas horas. Agotado, indiferente a todos los peligros, me dejé caer sobre la arena de la orilla.

XXXI

Un pueblo curioso rodeó mi cansancio. Parece ser de raza atlante; pero sus modales ofrecían algunas singularidades.

Los hombres iban vestidos con una especie de seda negra y una diadema negra alrededor de la frente. Algunos sostenían un arma muy corta en sus manos; otros llevaban la misma arma colgada al hombro. Las mujeres caminaban con el pecho descubierto, pero la parte inferior del cuerpo cubierta con una enagua amarilla ceñida a las piernas.

En el suelo y en el aire, la multitud se agolpaba, ruidosa. Muchas de las palabras parecían estar dirigidas a mí. Estas personas hablaban el idioma atlante: al principio o al final de las frases, que parecían interrogarme, reconocía a menudo la palabra: *nelti*.

Me puse de pie y declaré, con un gesto de impotencia:

– Soy francés y no entiendo su idioma.

Un anciano vino a mí desde el rebaño. Y me dijo:

– “Sé mi invitado. Pocas personas aquí podrían conversar contigo.

Me hizo preguntas rápidas y tradujo mis respuestas a la multitud como quien arroja trozos de carne a un paquete. Luego caminamos hasta su casa, que estaba en el barrio.

El país parecía menos rico y menos feliz que la Atlántida. La vida, sin embargo, debe haber sido fácil allí.

Tuve el placer de sentarme en una mesa y disfrutar de una comida adecuada. Una joven, hija del anciano, nos sirvió diferentes platos, entre los cuales, ¡oh alegría! un pescado de carne delicada y una excelente pierna de venado. Así que me encontraba, finalmente, en un mundo civilizado.

Apaciguada mi hambre y satisfecha la curiosidad de mi anfitrión, le pedí a su vez algunos datos sobre el país y sus habitantes.

Me respondió:

– Esta isla, la isla de Babrin, todavía estaba, hace treinta siglos, completamente deshabitada. Hace cuatro mil años,

los atlantes, liberados de la servidumbre y de las ciudades, habían alcanzado el apogeo de su poder intelectual y de su belleza moral. Entonces comenzó su decadencia. Se estiraron locamente a las bestias las ideas de hermandad que sólo son correctas para la raza humana. Pronto la mayoría se abstuvo de comer todo lo que había pasado por la vida y su ternura senil les dio a los animales el nombre de primos. Nosotros, babrinois, descendemos de aquellos que supieron repeler estas locuras sentimentales. Esta minoría, cada día menospreciada, era cada día más despreciada por el resto del pueblo. Cada vez con más frecuencia, en las reuniones estelares, las mujeres rechazaban a nuestros antepasados, llamándolos, con una intención insultante: “comedores de carne”, “comedores de vida”, y también, los pobres seres contradictorios, “comedores de muerte”, y hasta, los pobres aterrorizados, “¡asesinos! Pronto, quienes se abstuvieron de comerse a los “primos” afirmaron que llevábamos con nosotros a todas partes un hedor intolerable, “el olor del tigre”. Además, en cada ocasión, “las comedoras inocentes”, “las respetuosas de la vida”, adoctrinaban a nuestras amigas, nuestras hermanas, nuestras hijas. Su propaganda, logrando fácil éxito con estas mentes débiles y estos corazones escrupulosos, nos aislaba cada vez más. Algunos, disgustados por las continuas defecciones de las mujeres, predicaron contra las mujeres, y hace mucho tiempo, en un claro de Euemonia, hubo reuniones de naciones estrelladas donde sólo se reunían los hombres. Otros propusieron, para que nuestro pueblo no

pereciera por el abandono de las mujeres, que nos separáramos de los “respetores de la vida”. Por lo tanto, la mayoría de los carnívoros se refugiaron en la isla de Babrin. Desde hace tres mil años somos una nación que desprecia a los de la Atlántida y espera pacientemente que, como nos prometen ciertas profecías, estos primos animales vuelvan a la animalidad. Entonces, de regreso a la isla grande, la repoblaremos con hombres.

Había podido observar muy poco en Babrin. Sin embargo, la intelectualidad de mi anfitrión me parecía, a pesar de mi odio por los atlantes, claramente inferior a la de Makima. Lo interrogué y supe que los babrinianos aún no habían podido descubrir el secreto del pantoscopio y el onirógeno. Los cinturones que hacían tenían menos fuerza que los de los atlantes. A veces acudían a sus vecinos para conseguir un cinturón en una fraternidad. También les tomaron prestados libros extranjeros, porque no sabían imprimir a distancia. Sentían, además, la más viva repugnancia por tales expediciones. Los atlantes los miraron con una intolerable sonrisa de superioridad. Ofrecieron lo mejor que tenían, diciendo: “Toma más bien esto, nasca. A veces, los babrinois respondían: “No soy un primo de cuatro manos o cuatro patas, *nelti*”. Soy un hombre como tú. Soy tu hermano. Y el otro: “Puedes convertirte en mi hermano, primo, cuando quieras”. Te falta, para ser hombre, consentir en una vida humana. Oh nasca voluntario, levántate así a ti mismo, realízate y sé mi hermano. Varios se dejaron seducir y no

regresaron. La dulzura es un pegamento del que es difícil deshacerse.

Los babrinianos, inferiores en tantos puntos, poseían, en cambio, artes de pesca de admirable ingenio y armas extraordinariamente perfeccionadas.

“¿Por qué”, pregunté, “no imponéis vuestras costumbres a los atlantes degenerados por la fuerza?”

El anciano hizo un gesto de horror:

– “Obligar a un hombre a algo”, declaró, “¡pero ese es el mayor de los crímenes!”

Él dijo:

– ¿Degenerados, los atlantes? ¡Sin duda! No lo suficiente, de todos modos, para ser constreñido. He leído, en libros franceses, que uno encuentra en su país gente lo suficientemente cobarde como para ceder ante la fuerza, gente lo suficientemente cobarde para obedecer. Nunca lo creí. Siempre he observado imaginaciones tan estrafalarias, imposibles, en sus escritores, ¡y no sé qué manía de hablar de los hombres como se habla de las bestias! A veces he supuesto que vuestros escritores son narradores de fábulas y que ingeniosamente, bajo nombres de hombres, nos presentan animales. Hay mascotas; No puedo creer que haya, aun en un país salvaje, hombres domésticos.

- “¿Así que nunca hacéis la guerra?”
- “¿Estás loco, *nelti*?”
- “Entonces, ¿por qué hacéis armas?”
 - Para matar tigres, leones, serpientes. Y también para cazar los animales con los que el hombre no ha hecho alianza.
- “¿Vivís principalmente de la caza?”
- Vivimos de pan, arroz, fruta, pescado y caza.
- “¿No conocéis el arte de criar y engordar animales comestibles, aves, cerdos?...”
 - Criamos gallinas, porque nos gustan los huevos. Tenemos vacas, porque nos gusta la leche. Los caballos y los bueyes nos ayudan en nuestro trabajo. Todos estos animales, que dan algo y que viven en comunidad con nosotros, son amigos. Espero que no nos supongas capaces de la traición de matar a estos queridos y útiles compañeros y devorarlos. No tengo ningún deber hacia el animal salvaje: el parentesco natural que la gente de Atlantis imagina entre el animal y el hombre es un sueño babeante de degenerados. Por otro lado, las amistades de elección, las alianzas contratadas, los servicios mutuos, crean entre nosotros y los animales domésticos una relación artificial

que implica el respeto a la vida y la sensibilidad de nuestros aliados.

Estaba sonriendo. Estas personas, que se creían libres de los prejuicios atlantes, todavía me parecían muy tímidas y muy ingenuas. Me levanté con el orgullo burlón de un amo de esclavos ante el pobre plebeyo que se cree libre y que no tiene a quién mandar. Declaré:

– “No lo miramos tan de cerca, somos personas civilizadas y criamos animales para comerlos. Muchos se vuelven deliciosamente gordos y carnosos.

Sentí derretirse en mi boca el feliz recuerdo de cierto capón...

Los Babrinois exclamaron:

– “¡Pero el animal que estoy criando es mi anfitrión, y no puedo traicionar a mi anfitrión!” Si me da leche, huevos, lana o trabajo, también se convierte en mi benefactor...

– “Le proporcionas comida y le construyes establos: estás libre”.

– ¿Un intercambio de servicios no te parece crear solidaridad entre dos seres?... ¡Qué cerebro tan bizarro!...

– “Tus escrúpulos no deben hacer que la carne sea fácil de conseguir.

– Amamos la carne, pero no hasta el punto del crimen. Escucha. Leí que amáis el oro por encima de todas las cosas. Algunas de nuestras aves también anhelan objetos brillantes. Sin embargo, si tu anfitrión tiene mucho oro, ¿lo matarás para apoderarte de lo que llamas sus riquezas? Y al hombre que, habiéndoos prestado un servicio y habiendo aceptado un servicio vuestro, se ha hecho dos veces vuestro amigo, ¿lo golpearéis diciéndole: “Los escrúpulos harían demasiado difícil la conquista del oro”?

– “¡Tienes comparaciones singulares y formas singulares de razonar!”

– Sin embargo no contestas, no teniendo nada razonable que contestar.

– Nunca tengo nada que decir a la razón absoluta, ni a la locura absoluta.

– “Supondré entonces, oh mi generoso anfitrión, que tus palabras expresan razón absoluta, y las mías...”

Desvié la conversación, sin permitir que el anciano continuara la frase. Le hablé de mi visita a la isla de las fieras y del obstáculo invisible que había topado mi regreso.

– “¡Otra locura de nuestros hermanos de la Atlántida!” gritó. Ni siquiera matan animales plaga. Afortunadamente, en el pasado solíamos ir con ellos a grandes cacerías de

tigres, leones y panteras. Para mirar bien las cosas, es a nosotros a quienes deben su existencia, estos hermanos que nos desprecian. Pero, hace diez siglos, por algún medio desconocido, han exiliado a todas las bestias sedientas de sangre de sus hogares. Nuestros libros hablan de la vasta huida de las fieras salvajes de un aparente y móvil muro de fuego que no quemaba nada y que aterrorizaba a las malvadas bestias. Una extraña comunidad de vida había acostumbrado a los otros, a los primos, a imitar a los hombres y a huir sólo si huían los atlantes. Además, entendieron nuestras palabras que dicen cosas materiales, y las buenas palabras los tranquilizaron. Se fueron, como los atlantes, al pasar sobre ellos el fuego formidable e inocente. Las bestias feroces, huyendo en un silencio desconcertado, atravesaron a nado la isla Tibabrin, la que acabas de llamar “la isla de las fieras”. Los atlantes, entonces, rodearon esta isla con algo que llaman “un círculo de fuerza repulsiva”. Sólo se puede entrar o salir de este círculo a una altura de treinta paracas. Los mejores cinturones de Babrinoise se desinflan mucho antes de este mareo. Para que nuestros hermanos intolerantes nos priven de las cacerías que fueron el mayor gozo de nuestros antepasados. Por suerte, tenemos buenos cañones y lanzamos bombas entre los vivos hostiles que silban, rugen y aúllan.

XXXII

Desde mi excursión a Tibabrin y Babrin, el cielo de la Atlántida estaba animado y entristecido por extrañas tropas de hombres armados, vestidos con un saie negro y con la frente vendada. Los reconocí con un terror inexplicable. No sé qué instinto me aconsejó sorprenderme y pedirle una explicación a Makima.

“Son”, dijo, “los habitantes de una isla vecina, carnívoros, asesinos de asesinos, semicruales que, para nuestra vergüenza, ¡ay! fluyen de la misma raza que nosotros. Nunca los había visto en tropas sobre el país inocente. Incluso hacía falta un deseo muy fuerte por un buen cinturón o un libro nuevo para que uno de ellos nos visitara.

Él continuó:

– En el pasado, bestias carnívoras vagaban por nuestros bosques y bandas de estos babrinois venían a cazarlos. Nuestros antepasados huyeron, llorando de humillación, el odioso espectáculo en el que el hombre era tan malvado como el tigre o la pantera. Hace tiempo que exiliamos a las bestias a la isla de Tibabrin, y las semibestias, las nasca–nelti de Babrin, no habían vuelto a aparecer.

Reanudó:

– Los animales que aman la sangre tienen un olfato extraordinario. ¿Qué están buscando? ¿Estaríamos amenazados por una invasión de bestias feroces? Sin embargo, si el muro de fuerza repulsiva tuviera una brecha, seríamos advertidos...

Él concluye:

– “¡Vamos a interrogarlos!”

No entendí la conversación que naturalmente tuvo lugar en atlante. Sin embargo, me asustó. Los babrinois hablaban todos juntos, con gritos violentos, y sus gestos amenazadores se dirigían hacia mí.

Makima me arrastró lejos de ellos.

– “El amor de sangre”, dijo, “es una demencia, la madre de las demencias”. Estas personas, siempre soñando con peleas o, como dicen, “asesinatos de asesinos”, esperan

encontrar fácilmente a alguien peor que ellos. Semibestias, fácilmente ven a otros hombres como bestias completas. El verdugo desea conocer a los culpables; su imaginación es vientre apresurado del que brotan siempre sangre y monstruos. Los pobres náufragos que hemos recibido fraternalmente y que el baño profundo de la inocencia prolongada ya ha hecho casi tan humanos como nosotros, estos locos nos los señalan como un peligro espantoso. Parece, Jacques, que formas parte de unos cuarenta aventureros capaces de matar a ochocientos millones de hombres. Afortunadamente, estos valientes babrinianos esperan nuestra salvación. Uno de ellos afirmó con palabras y con burlas: “Habéis ahuyentado a los tigres que desgarran de cerca, pero habéis acogido a los tigres que saben matar de lejos. Y agregó, en medio de los vítores de alegría de sus compañeros: “Pronto nos darán la oportunidad de una buena búsqueda”.

El viejo se echó sobre mi cuello, me besó:

– ¡Ay! *nelti*”, gimió, “las personas que aman las peleas son unos locos muy ofensivos.

* * *

Creí necesario informar al capitán del peligro que nos amenazaba. Pero él, frotándose las manos:

– ¡Tanto mejor, Rey de los Diaprepes!... Eso sacudirá el patriotismo atlante. Todo el país, despertado con un sobresalto, se levantará a nuestro alrededor, asustado y entusiasta, para repeler la invasión extranjera.

XXXIII

Se acercaba la hora de la acción. En el aire y en las gradas recortadas en medio de la montaña de Azaide, la multitud se apretaba innumerable. En medio del escenario, alrededor del altar del incienso, el semicoro terrestre y el semicoro aéreo giraban en direcciones opuestas entre sí. La estrofa terrestre hablaba de dolores, lloraba lamentos; pero la antíestrofa aérea respondió con alegrías, pobló el cielo con esperanzas crecientes.

Los ritmos y las actitudes eran expresivos para los conspiradores. Habíamos creído necesario formar un grupo compacto y no había ningún nativo entre nosotros para explicarnos la letra.

Los dos medios coros detuvieron su baile y silenciaron su canto. Tres personajes vestidos a la manera de Babrin –pero

que representaban, creo, antiguos atlantes, contemporáneos de la Feliz Separación— arrojaron resonantes palabras por la boca redonda y grandilocuente de la máscara, cuando el capitán dio la señal acordada. De repente como una tormenta que nada anunciaba, nos precipitamos al escenario, empujando a los actores, empujando a los coristas, volcando el altar humeante. Increíblemente, no había nada en la multitud que se pareciera a un tumulto, ni arrebatos de curiosidad, ni movimiento de fuga. Los atlantes esperaban, indiferentes, lo que iba a pasar.

El capitán habló. Pintó un cuadro muy negro de la anarquía que reinaba en la Atlántida. Pintó entonces el glorioso porvenir de la isla bajo un gobierno paternal, en una feliz organización que multiplicaría por cien la producción. Una perorata amplia y alta ofreció finalmente a la Atlántida regenerada el cetro de la Tierra.

Cuando calló, después del largo eco de nuestros vítores, aquí y allá, en un silencio negro, surgieron risas que corrían como chispas. Luego un gran rumor. Los que sabían francés explicaban a sus vecinos. Y las risas se multiplicaron en mil fogones, luego se unieron, subieron hacia el cielo como un vasto fuego de locura.

Aquí un hombre, desnudo como el resto de la multitud, pero de piel blanca, avanzaba aéreamente. Era difícil abrir un pasaje. Una mujer atlante se deslizó tras él.

Carlos se identificó y le dimos un abucheo unánime.

Cuando el silencio se lo permitió, habló:

– Los atlantes –declaró– desdeñaron responder a nuestras locuras. Pero creo necesario, por el honor de la raza blanca, que un hombre blanco hable después del capitán. El cuadro dibujado por vuestro líder, lo proclamo “cuadro de fantasía o más bien de locura”. Afirmó oponer “la simple verdad”. Exaltó la prosperidad material y la fácil felicidad de la Atlántida y se quejó, no sin exageración, de los males que padecen los pueblos Crueles. A cada palabra lo interrumpíamos con negaciones e insultos. Pero los atlantes, a quienes elogiaba, lo escuchaban con la misma indiferencia con que habían escuchado al capitán.

“Hasta ahora”, prosiguió Carlos, “he hablado sólo por usted; Me dirigí a vuestra vil razón calculadora, y mis hermanos de la Atlántida me culparon, sin duda, por demorarme en estas indiferentes consideraciones materiales. Ahora trataré de decirte lo que te diría uno de estos hombres si estuviera acostumbrado a hablar con las fieras.

Apunté mi arma al insultador.

– “¿Deberíamos disparar?” Le pregunté al capitán.

– “¡Un poco de paciencia, rey de Diaprepes!”

Carlos continuó:

– ¿Cuál es tu ambición? ¿Quieres comidas sabrosas, cinturones rápidos, canoas suaves, todo lo que pone una sonrisa en el exterior de la vida? Nadie detiene tu mano cuando va a recoger el fruto del árbol o la obra del hombre. ¿Quieres oro? Llévatelo; cárgate como la bestia de carga que, por los caminos crueles, arrastra un peso inútil. ¿Qué más quieres cuando es todo tuyo?

– “Queremos que esta tierra produzca todo lo que pueda producir.

– Nadie os impide sembrar y plantar.

– Queremos la regla, la ley, la organización que son las únicas que triunfan sobre la pereza natural y permiten la multiplicación de los productos.

– Querrás decir: Quiero mandar y ser obedecido. Pero aquí nadie entiende las palabras que mandan y nadie sabe de la actitud que somete. Cuando el hombre se haya librado de toda codicia, cuando ya no tiemble por las riquezas robadas a todos y cuando la codicia despojada aceche; cuando ya no sea ante el sufrimiento y ante la muerte un animal que huye y se esconde; cuando ya no sea delante del placer una bestia que avanza arrastrándose y babeando; ¿Con qué les daríais todavía miedo y esperanza? ¿Con qué

los domesticaríais? ¿No es así, *neltis*, ninguno de vosotros puede ser domesticado?

Esta vez, los que entendieron acordaron:

– Sí, tienes razón. Sí, Carlos, eres un verdadero *nelti*.

La joven que había seguido a nuestro antiguo compatriota le puso una mano exquisitamente pequeña en el hombro, lo giró a medias y lo besó en los labios.

– “¡Al menos ten la modestia de subir a las estrellas!”
–grité.

Pero Carlos reanudó su absurda declamación:

– Amantes de los viles demonios impotentes e imposibles que sueñan con quemar el mismo cielo con el infierno, sin embargo, hay una cosa que pueden matar. Podéis matar a innumerables. Ninguno de nosotros repelerá la violencia con violencia ni la evitará con huida. Mira, estás entre miles de Cristos o miles de Epictetos, todos capaces de soportar con desdén el daño físico, el daño y la muerte, todos igualmente incapaces de la cobardía de retroceder, de la cobardía de golpear. Pero el asesino de un Cristo o de un Epicteto, ¿no lo sientes? solo duele a uno mismo. Cubrirte de sangre, puedes; pero que los torrentes de sangre derramada doblen ante ti a un solo atlante, no lo esperes. No tendréis el gozo infernal de arrebatarse un grito o de

obtener una actitud de miedo. Os cansaréis de matar antes que nosotros de morir. ¿Estáis lo suficientemente locos como para precipitaros en tantos asesinatos inútiles?

– ¡Basta de hablar! – dijo el capitán.

El disparo de pistola fue la señal de una carnicería horrible a lo fantástico. Con revólveres, puñales, sables, disparábamos contra la multitud inmóvil, arremetíamos, acuchillábamos. Nuestros golpes, vacilantes al principio, pronto se hicieron firmes y audaces, luego violentos y exasperados. Nos embriagaba el olor a pólvora, y el olor a sangre. Lanzábamos gritos indistintos o azotábamos y espoleábamos el coraje con palabras: “Algunas muertes más, afirmamos, y huirán, y aquellos a quienes alcancemos entre la estampida de pánico suplicarán, pedirán clemencia. ¡Ay! ¡tontos, ay! el obstinado tendrá que ceder; nuestra perseverancia y nuestra furia arrollarán su paciencia insensible: “Nuestra ira bramó, echando espuma, contra la resistencia inerte”. ¿Sois, pues, piedras que hay que derribar una tras otra; piedras que nada sienten, que nada entienden? Nos impelía una vergüenza por la que, cada vez más, queríamos la victoria. Si no huyeran, si no gritaran gracias, los mataríamos a todos, sí, a todos. ¡Tontos! Cientos ya habían caído, y ninguno evitó aún nuestros golpes.

La tormenta de rabia creció. Y un estupor se mezcló con ella. He aquí, no contentos con no retroceder, varios atlantes venían corriendo, buscando ser heridos, llamando a la

muerte, echándose en nuestros brazos. De repente, Méloé estaba frente a mí.

– ¡Golpea! –dijo ella –tengo sed de morir.

Me di la vuelta: ella siguió mi movimiento, no me permitió escapar de ella y corrí a librarme de otros asesinatos. Su pequeña mano tomó mi mano armada, condujo mi puñal al pecho izquierdo agitado por una emoción desconocida.

– ¡Húndete! – ordenó su voz.

Retrocedí.

– “¿Por qué no golpeas al que más odias?”

– ¡Ay! Lloré, mi odio es amor. Te amo hasta el punto del crimen, hasta la traición. ¡Ven, Méloé, sé mía!

– Golpea entonces: solo seré tuya muerta.

– “¡No me tientes!” –Lloré.

Y mi cuerpo trató de retroceder, pero mi puñal, como si tuviera una voluntad distinta a la mía, presionó.

Una gota de sangre era, sobre el cuerpo deliciosamente tostado, una perla apenas más roja. Arrojé mis armas y mis labios bebieron la sangre que había derramado. Entonces gemí:

– “¡Perdóname, o más bien perdóname a ti misma!” Sólo tu desdén creó mi crimen. Perdóname, ámame, y seré sanado.

– ¡Loco! –dijo ella, –¿puedo evitar que mates? ¿Puedo destruir tu pasado?

– Podrías, ¡ay! podrías hacer que mi futuro ya no sea esclavo de este pasado que odio.

Pero ella, moviendo la cabeza en un gesto de impotencia:

– “Si te alejaras del mal por amor a mí, no por odio al mal, ¿cómo serías menos malvado?”

Mientras tanto la pequeño Telo corría entre nosotros:

– “Quiero morir”, dijo la voz infantil y entusiasta. Quiero morir de la mano de Jacques, y que mi sangre sea la llama que alumbre a mi amigo.

– ¡Golpead a Telo, Jacques, y disgustaos con el asesinato!

Pero de repente una extraña oscuridad se apoderó de nosotros y gritos de miedo estallaron en el aire.

“¡Reunámonos en el escenario!” –ordenó el capitán.

XXXIV

Alrededor del altar del incienso, que todavía humeaba, volcado, éramos cuarenta. No teníamos más balas; no teníamos más polvo. Nuestras manos se apretaron alrededor de las empuñaduras de sables y machetes astillados. Y el ejército enemigo se cernía numeroso y formidable. Dos o tres mil babrinois, fusil en mano, apuntándonos, ya proyectaban sobre nosotros una sombra sepulcral. Y tenían risas ahogadas que me hicieron pensar en el sonido que hace la tierra cuando se desmorona sobre los ataúdes.

Yo dije:

– Estamos perdidos. Solo queda caer gloriosamente. Mostrémonos dignos del gran nombre francés. Demostremos a los atlantes que los franceses también saben morir.

Éramos diez mirando el cielo oscurecido, dirigiendo una mirada y una sonrisa desafiante al enemigo implacable. Éramos diez: los otros, dispersos, deslizados, estrechos, pequeños, disminuidos, entre los atlantes que los rodeaban, que los protegían de sus cuerpos: “Por aquí, *nelti*. Ven: respetaremos tu vida, o me matarán delante de ti”.

Me dirigí a los diez valientes, inmóviles y tensos:

– “Vamos”, dije, “¡frente a la muerte!”

– “Está bien esperarlo”, respondió el capitán con severidad.

Mientras tanto, entre los babrinianos y nosotros, toda la innumerable gente del Pacífico se precipitaba, gruesas murallas, temblando y tarareando. ¡No, no debo a la piedad de los enemigos a quienes he golpeado el ultraje de la vida! Con un repentino salto oblicuo, me elevé por encima de la multitud. Y grité:

– “¡Disparadme!” Un rey derrotado solo tiene que morir.

Antes de que un fusil pudiera apuntarme, muchos atlantes me rodearon, me encerraron en una prisión móvil y tenazmente protectora. Entre ellos, muy cerca, tocándome, envolviéndome con su cuerpo como un irritante beso de misericordia, la inevitable Méloé.

– “¡Qué derecho asumes sobre mí, tú que no me amas!”
Déjame morir. ¿No sientes que estás lastimando todo mi orgullo? ¿No sientes que eres más cruel aquí que en las copas de los árboles o detrás del cadáver de Tacmar? ¿No sientes que tengo, ¡ay! tan dolorosa necesidad de extinguirme, de ser nada más?... Méloé, te lo ruego, déjame caer en este baño de nada que es el único que puede curar y calmar mi fiebre.

Así que deliraba entre emociones demasiado fuertes para el cerebro y el corazón de un hombre.

Pero ella, sin tener como yo la excusa de una agonía que se quiere y que se te escapa, habló aún más locamente:

– “No”, declaró, “usted pensaría que su muerte violenta equilibra sus asesinatos. Dejarías en el orgullo del deudor que imagina haber pagado su deuda. Porque tu estupidez sigue afirmando que el presente puede absolver al pasado. No quiero que mueras con ese mal pensamiento.

– “¿Qué importa mi último pensamiento?”

Entonces ella tuvo esta palabra inaudita de locura mística:

– “Un último pensamiento, ¿no lo ignoras?” es un primer pensamiento.

Me quedé en silencio, aplastado por un círculo de humillaciones y locuras.

Telo también estaba a mi lado, implacablemente gentil. Tal vez con la esperanza de arrancarme de mis ideas locas, comenzó a explicarme lo que estaba pasando.

Makima estaba discutiendo con los Babrinois.

– “Déjanoslo a nosotros”, dijeron los asesinos de asesinos. Ya que permites que te maten, ¿por qué ilógicamente pretendes evitar que matemos a estos?

–Oh hermanos –respondió el anciano–, nuestra feliz muerte corría el riesgo de iluminar a estos seres acostumbrados a matar hombres. Pero a vosotros que, desde hace siglos, habéis respetado la vida humana, este asesinato os haría descender más al infierno de la violencia. Oh hermanos separados de nosotros por un abismo que el tiempo y la reflexión llenarán, no bajéis al otro lado del abismo que una vida nunca alcanza para ascender.

– “Permítanos ser justos.

– “Matar nunca está bien.

No te lanzas frente a nuestros fusiles para proteger a los tigres, que sin embargo sufren como esos Crueles. ¿Por qué defiendes a estos, tigres peores que los de la selva? Las bestias del bosque matan, inocentemente, porque tienen hambre, y las combatimos como enemigos leales. Estos, saciados, asesinados por nada, asesinados por amor al

asesinato, mataron a sus benefactores. Queremos purgar la Tierra de estos monstruos.

– “Hermanos, más bien purgad vuestros corazones del amor al asesinato. El odio y la venganza gritan en vano: “Nos llamamos Justicia. Su fealdad los hace reconocibles. Hermanos, la justicia no mancha sus manos de sangre. Hermanos, mientras no améis, no podéis saber lo que es la justicia, porque los que saben llaman justicia a la balanza del amor. Hermanos, decís con odio: “Son tigres. Pero la esperanza de mi amor te responde: “Hay, perdida en el estiércol y la tierra que se mueven de cada uno de estos tigres, la semilla de un hombre”. Respetar al hombre posible. Respetar al hombre que mañana puede surgir, llorando hoy. Hermanos, el asesino que llora ha sido vencido. Pero el homicida que es muerto es vanidoso: ha creado otro asesino.

La conversación continuaba, extraña, entre seres de justicia brutal y seres de dulzura y amor. ¡Amor, eres locura más obstinada que la justicia y la venganza! Los babrinianos finalmente cedieron. Parte de la tropa armada se alejó insultando a los atlantes y ametrallándonos con amenazas:

“¡Que no se acerquen a Babrin, si valoran su piel!”

Pero muchos babrinianos flotaban en el aire, vacilante. A veces parecían querer unirse a sus compatriotas. A veces se acercaban a los atlantes que les enviaban besos, llamadas,

palabras que yo no entendía, pero cuyo acento me conmovía, me daba, en el nerviosismo inestable que me desgarraba, no sé qué fieras y tiernas ganas de llorar.

Pero los babrinianos, inseguros durante mucho tiempo, se despidieron de sus compatriotas que se habían ido. Arrojaron sus armas; se arrancaron las ligas que sujetaban sus cabellos; se rasgaron la ropa. Y, mientras los vientos se llevaban estos jirones, ellos, en toda semejanza ahora a los atlantes, cayeron, hermanos encontrados, en los brazos de sus hermanos; ambos derramaron lágrimas de alegría.

XXXV

Los días que siguieron fueron abominables. Nuestros antiguos compañeros, furiosos con el capitán y conmigo, no podían recibirnos sin abrumarnos con insultos. Pero la indiferencia de los atlantes que, como ignorantes de nuestros crímenes, mantenían hacia nosotros la misma actitud que antes, nos pareció más insultante que cualquier palabra y nos hizo saltar el corazón de vergüenza, rabia y odio.

A pesar de las amenazas de los babrinois, volamos, nostálgicos, hacia su isla. Esta humanidad más parecida, estos seres cuyas pasiones y justicia podíamos comprender, estos guerreros que sabían matar como nosotros, todo eso nos atraía, patria que nos exiliaba. El capitán elogió a estas valientes personas; luego, hablando de los de la Atlántida, se encogía de hombros:

- “¡Esos no son hombres!”
- “Se creen hombres realizados”.
- “Sí, lo que llamamos ángeles en nuestro país”. Pero quien quiere jugar al ángel juega a la bestia... Así que no.
- ¿No os dan asco, estos miserables que, no contentos con dejarse matar cobardemente, dejan que sean asesinados los seres que más quieren, mujeres, niños, madres? ¡Pero estas son profundidades de locura y cobardía!

En la costa, presenciamos el más descorazonador de los espectáculos. Vuelos de Babrinois, partiendo de la pequeña isla, cruzaron el canal, arrojando al mar estandartes, sais negros y enaguas amarillas.

- “Se están haciendo atlantes”, dije. “¡Ah, la dulzura innoble es verdaderamente victoriosa!”

-La cobardía es la más contagiosa de las enfermedades
-añadió con dureza el capitán.

Decidimos dejar el odioso país. Mi compañero pretendía volver allí con todo un pueblo de colonos. Enseñado por la experiencia, evitaría los primeros errores y las primeras faltas. Se instalaría con su familia en uno de los distritos más fértiles. Construiría una ciudad, establecería un gobierno, organizaría la vida civilizada. El movimiento de un sólido siempre atrae y anexiona polvos vecinos. Los atlantes

vendrían a él, por necesidad, y toda la isla sería invadida poco a poco, abrumada por la razón y el orden.

Aprobé las palabras vagas, porque el capitán ya no podía soportar la contradicción. Pero tenía miedos silenciosos: ¿no serían los colonos, contrariamente a las previsiones de este hombre ambicioso, conquistados por los atlantes? Un mal ejemplo es más contagioso que uno bueno. El hombre que permanece sobrio en un país de borrachos, o sumiso y leal en un país de libertad, o laborioso en un ambiente de pereza, es un carácter raro, una excepción que debe ser despreciada en los cálculos prácticos. ¿Dónde leí esta observación, vergonzosa para la naturaleza humana: “Los hombres civilizados han vuelto voluntariamente a la vida salvaje; un salvaje nunca ha ascendido a la vida civilizada excepto por la fuerza y la coerción”? La fuerza misma ya no podía hacer nada aquí y, a pesar de los generosos sueños de mi amigo, los atlantes me parecían irremediabilmente perdidos. Y entonces el capitán tomó una cuenta realmente insuficiente de los obstáculos y peligros del Mar de los Sargazos.

Cómo una canoa nos llevó en secreto –al menos así lo creíamos– a mar abierto; cómo, a poca distancia del último sargazo, fuimos, a pesar de nosotros mismos, elevados en el aire y vimos, asombrados, nuestro bote volar, como un sueño, en dirección a la isla; cómo nuestros cinturones suavizados pronto se negaron a elevarnos en el aire, pero

nos sostenían en el mar, como con un desdén misericordioso, hasta que pasó un barco; cómo se desinflaron de sus fuerzas restantes tan pronto como pusimos un pie en el barco; cómo desapareció la materia misma durante nuestro primer sueño: encuentro inútil contar estos desafortunados eventos en detalle. Y tampoco contaré los últimos obstáculos para nuestro regreso y fin de nuestras aventuras: mi historia se tornaría tan banal como una novela de viajes.

En Francia, el capitán trató de reclutar colonos para Atlantis. Fue arrestado bajo el cargo de fraude. Me citó como testigo, pero no me encontraba por ninguna parte. La convencida extrañeza de sus palabras lo salvó de la prisión. Los jueces lo encomendaron a médicos extraños, que lo están volviendo loco.

XXXVI

Aunque reinstalado en mi querido país y en mis viejas costumbres, me queda en el fondo algo inquietante, casi infeliz, algo así como el sabor amargo que queda en la boca de ciertos convalecientes.

¡El hombre es un animal tan contradictorio! Echaba de menos la vida civilizada en la Atlántida como el pájaro echa de menos el aire bajo la campana neumática. Y esta existencia irrespirable, ahora, por el choque de cierta fealdad aquí, a veces me hace, por un segundo, arrepentirme. La organización social requerida por mi educación, mis hábitos, mi razón, a menudo ofende mis apetitos. Aquel que quiera tener felicidad y paz mental debería, creo, descender lo suficientemente profundo como para no ver nada más que la vida a la que está condenado, para volverse incapaz incluso de suponer posibilidades

extrañas o no encontrarlas locas y ridículas. La felicidad es confundir, naturalmente o por artificio, lo ideal con lo real. nuestra realidad, obra de un Dios o del Progreso, debe satisfacernos como la manifestación, la expresión, la materialización del ideal. ¡Ay de aquel que ya no afirma la solidez inmóvil de su horizonte...

Conozco una gran palabra: “Sé aburrido”, y una palabra aún mayor: “Echa raíces”. El consejo vegetal de Barrés va más allá del consejo animal de Pascal, y lo complementa maravillosamente.

Haré todo lo posible por obedecer cada vez más estas dos órdenes de prudencia.

Escribí mis memorias para liberarme de su obsesión. También pensé en despertar el asco de los utópicos mostrándoles que su ideal está en algún lugar real, una realidad más pobre y más irritante que la nuestra. El perro joven se corrige tomándolo por el pescuezo y enterrando su nariz en su basura. Los sueños de ciudades futuras son abatimientos que envenenan el aire de la sociedad actual: he metido la nariz inquieta del utópico en un trozo de utopía realizada.

Terminado el trabajo (era necesario, ¡ay!), me siento aliviado de un peso aplastante y preocupado.

De ahora en adelante, seré el sabio que mira todas las cosas desde casa, que se niega a dejar la visión sólida de un francés y un hombre del siglo XX. Nunca consideraré nada bajo el aspecto de la eternidad; No haré el angustioso y humillante esfuerzo de mirar mi vida desde Sirio o incluso desde la Atlántida. Conozco el deber: encerrarse en su recinto y trabajar, entre altos y angostos muros, el querido jardincito. Me gusta la gente buena que admira su país y su tiempo. Odio a los espíritus insociables que niegan su patria o su siglo.

Feliz de no tener ni genio ni aspiraciones, me convertiré cada vez más en un buen Barres pequeño y temeroso de estar encerrado en su caparazón.

Hice la confesión más sincera. Muchas veces he tergiversado, a instancias de mi conciencia, las exterioridades indiferentes. Pero he expresado mis sentimientos y su sucesión con una franqueza siempre igual e ingenua.

Había llegado a la Atlántida dividido entre opiniones inciertas, animado por un excesivo amor al progreso, abrumado por un escaso respeto por la tradición. Quedé deslumbrado durante algún tiempo por la aparente felicidad de estos pueblos En los mismos momentos en que la seducción me inquietaba y me dispersaba más, puedo

proclamar sin embargo que algo central e inmutable, una poderosa armadura razonable, sana y francesa, siempre resistió en mí y protestó.

Mis ojos se abrieron completa y definitivamente ante las negativas insultantes de Méloé. Mi corazón comprendió, esa noche, que una vida fácil y generosa no basta. Queremos sobre todo una sociedad organizada, una jerarquía donde sepamos nuestro lugar. Donde no hay clases, uno es necesariamente lo más despreciable y lo más doloroso, un desclasado.

El mando es la necesidad básica de la naturaleza humana. En nuestras viejas tierras, el más humilde es feliz: manda a su mujer. Sirviendo fuera, servido en casa, siempre está en una situación definida, siempre conoce sus derechos o sus deberes. Nuestras esposas están felices: dan órdenes a sus hijos. Nuestros niños son felices: incapaces de distinguir lo inerte de lo vivo, ordenan a sus muñecos o a sus soldados de juguete que sean felices. La jerarquía y la disciplina reparten por igual a todos la virtud de obedecer y el gozo de mandar.

Jerarquía, no te diseño, solo yace con una mente conmovida; me parece que también te veo con mis ojos, noble equilibrio, poderosa pirámide de la felicidad! Cada uno se detiene, satisfecho, en el grado que conviene a su mérito; todos conocen los caminos que nos permiten escalar, de acuerdo con nuestras fuerzas y nuestros deseos,

y aquellos que están insatisfechos con su destino actual luchan hacia alegrías más altas y ambiciones más dominantes.

En la Atlántida anárquica, por el contrario, no es posible ningún ascenso social, ningún progreso personal. Moralmente, este país es un pantano, siempre llano, siempre fétido, donde no se traza el camino sano del deber, sino donde cada paso se hunde como el anterior y el siguiente. Laberinto, aburrimiento e infierno. Entre estos ochocientos millones de personas, el viajero está más solo y más desvalido que en la más pequeña aldea. No conozco un pueblo donde, con dinero, no puedas conseguir una esposa. En la Atlántida no hay dinero: se suprime el gran poder humano. Y la mujer no tiene por qué ceder ante ti, ni el hambre, ni el miedo, ni el sentimiento de tu superioridad. En ese dulce país, no tiene necesidad de la protección de un fuerte; e ignora el matrimonio y la consideración legítima que conlleva.

La vida misma de los verdaderos salvajes me parece preferible a la de los atlantes. El hombre al menos puede violar a una mujer allí; entonces tiene la dicha de protegerla de otras agresiones y sentirla apretándose contra él, asustada y agradecida.

“El hombre está hecho para la guerra”, dijo un gran pensador, “y la mujer para la diversión del guerrero”. Más

allá de eso, todo es locura. En esta isla cobarde, donde no hay guerra ni guerreros, todo es locura.

He señalado, y sigo creyendo haberlo hecho bien, una parte del progreso científico e industrial de los atlantes. Ciertamente, lo que he dicho no seducirá a nadie. El lector no tendrá celos, a pesar de los maravillosos instrumentos que poseen, pero que su locura vuelve tan inútiles, de estos pobres seres que viven desnudos, sin oficio y, como los animales más ineptos, indiferentes a la comodidad. Además, a los científicos franceses, mentes tan innegablemente superiores, les bastará que les haya señalado el cinturón de vuelo, el pantoscopio y el onirógeno para que ellos, a su vez, hagan pronto estos admirables descubrimientos. Lamento no ser físico: podría haber dado información más precisa y descripciones más exactas. me consuelo pensando que, gracias a mi incompetencia, la gloria de mis compatriotas será mayor en algún tiempo.

Enviaré mi libro no solo a los estudiosos, sino también a los horticultores. Pasarán pocos años antes de que nuestras ferias agrícolas presuman de los enormes y sabrosos frutos que se han comido en la Atlántida, de aquellos al menos a los que conviene nuestro clima, y antes, en el pantoscopio, Makima se pondrá celoso de nuestras flores.

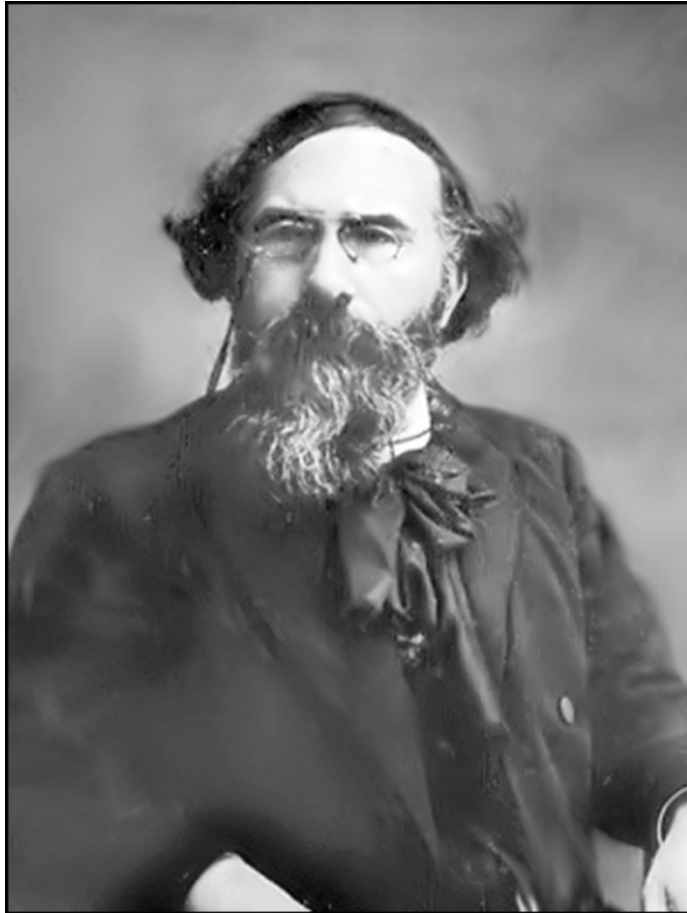
Una última palabra. No firmo este libro y, en la historia, me enmascararé con un nombre que no es el mío. Tomaré todas

las precauciones necesarias y nunca sabremos quién es el verdadero autor de estas páginas.

Las necesidades políticas me imponen esta cautela. Soy consejero general socialista. Pronto seré diputado socialista. Las circunstancias me impiden cambiar mi clientela electoral. Y mis ideas, tal como se pueden adivinar en este escrito, no se corresponden del todo con el programa de mi partido.

Esta confesión, la hago con orgullo. Si no la firmo con mi nombre, es porque la educación de nuestros votantes sigue siendo insuficiente. No entienden que el político defiende una causa que todo azar puede elegir por él y que es derecho del abogado, siempre que sea leal, disciplinado y suplique con elocuencia, no creer una palabra de lo que dice.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

JACQUES ÉLIE HENRI AMBROISE NER (Nemours, Argelia, Francia, 7 de diciembre de 1861–París, 6 de febrero de 1938), conocido como Han Ryner, fue un filósofo anarcoindividualista, pacifista, periodista y escritor.

Nace en un hogar modesto y muy religioso. Consigue hacer estudios y se licencia en filosofía. A raíz de la muerte de su madre, rompe con la religión, pasa a ser francmasón y se interesa por las ideas sociales. Autor de una cincuentena de libros de muy distintas clases (romances, cuentos, ensayo, teatro, poesía), sus trabajos narrativos le llevan a obtener en 1912 un premio literario de la publicación *L'Intransigeant*.

Fue uno también de los pocos anarquistas que participan en el *Félibrige*. En 1896, adopta el seudónimo de Han Ryner, pasa a ser el redactor principal de la revista "Demain" (Mañana) y colabora en numerosas revistas y periódicos: *L'Art social*, *l'Humanité nouvelle* de Augustin Hamon, *L'Ennemi du Peuple* de Emile Janvion, *L'Idée Libre* de Lorulot, así como en *L'En dehors* y *L'Unique* de E. Armand.

Ante la Primera Guerra Mundial, Han Ryner adopta posiciones pacifistas y lucha hasta su muerte por el reconocimiento de la objeción de conciencia. Su pacifismo se expresa, durante la guerra, en sus colaboraciones en *Par-delà de la mêlée* (más allá de la batalla) de Armand y *Ce qu'il faut dire* (Lo que es necesario decir) de Sébastien Faure y más tarde en *Journal du Peuple* (Periódico del Pueblo) de Henri Fabre.

Hombre de múltiples luchas, hizo campaña en favor de la liberación de Eugène Dieudonné en 1913, por la de Armand durante la guerra, por los amotinados del Mar Negro, por

Sacco y Vanzetti, por Nestor Makhno, Lazarévitch, Francesco Ghezzi, etc... Anticlerical virulento, se opone a la influencia y al poder de la Iglesia Católica, sobre todo en materia de educación. Durante los años 30, participa en la Enciclopedia anarquista de S. Faure y en la prensa libertaria francesa e internacional (en particular, española). En 1936, Han Ryner se adhiere al Comité mundial contra la guerra y el fascismo. Muere en París, el 6 de febrero de 1938.

Obra

L'Humeur inquiète (1894)
La Folie de misère (1895)
Le crime d'obéir (1900)
L'homme fourmi (1901)
Les voyages de Psychodore (1903)
Petit manuel individualiste (1903)
Le père Diogène (1920)
Histoire de l'individualisme dans l'Antiquité (1924)
Le Communisme et la Liberté (1924)
Bouche d'or, patron des pacifistes (1934)
L'Eglise devant ses juges (1937)

Texto extraído de Portal Libertario Oaca